



Al Basílica Leresiana: Revista mensual



Sumario

- I.—*In memoriam del Emmo. Sr. Cardenal D. José Maria de Cos, Arzobispo de Valladolid*, el Obispo de Salamanca.
- II.—*Descartes y la Mistica*, Juan D. Berrueta.
- III.—*Estudios de investigación histórica: Los contratos de doña Leonor de la Vega*, A. Huarte.
- IV.—*Un bello recuerdo de la venida de SS. Majestades a Salamanca: Un charro a SS. MM.*, Mariano Arenillas Sáiz.
- V.—*Los sentires de una charra*, Mariano Arenillas.
- VI.—*Una hija de los Condes de Monterrey*, P. Pedro Abella.
- VII.—*Santa Teresa reformadora*, P. Bruno Ibeas.
- VIII.—*Soneto*.
- IX.—*Inventarios de arte salmantino*, Antonio García Boiza.
- X.—*Los ascendientes de Santa Teresa de Jesús*, Juan de Moraleda y Esteban.
- XI.—*Resumen o cómputo de las peregrinaciones que han venido a visitar a nuestra Santa Madre Teresa de Jesús en este año Centenario de su Canonización*.
- XII.—*Obras de la Basílica de Santa Teresa de Jesús en Alba de Tormes: Cuenta general de gastos, año de 1922*.
- XIII.—*Donativos para las obras de la Basílica en Alba de Tormes*.

GRABADOS

- I.—El ilustre literato y poeta D. Mariano Arenillas, a quien se debe la iniciativa de ofrecer un traje de charra a S. M. la Reina D.^a Victoria.
- II.—La V. M. Inés Francisca de la Visitación, Religiosa Agustina del Convento de la Purísima Concepción de Salamanca (21 de Enero de 1640. † 2 de Septiembre de 1715).
- III.—Santo Cristo del Papelón, de quien tantos favores y mercedes recibió la V. M. Inés Francisca, como ella misma lo refiere en su vida. (Madres Agustinas).
- IV.—Habitación donde murió la V. M. Inés, convertida por devoción desde su santa muerte en oratorio particular para las religiosas Madres Agustinas de Salamanca.
- V.—El M. R. P. Bruno Ibeas, O. S. A., orador doctísimo y muy conocido publicista.
- VI.—Palencia de Negrilla (Salamanca). Magnífico retablo de talla y pintura.

H. 252



DIRECTORA HONORARIA

La Serenísima Sra. D.^a María de la Paz de Borbón de Baviera

INFANTA DE ESPAÑA

N. 103 a 105

Salamanca, Enero, Febrero y Marzo de 1923

Año X

IN MEMORIAM

DEL

EMINENTÍSIMO SEÑOR CARDENAL DON JOSÉ MARÍA DE COS
ARZOBISPO DE VALLADOLID

UN LUMINOSO ATARDECER

XIV

LLEGÓ el otoño de 1911, que yo había dedicado casi totalmente a visitar los extensos arciprestazgos que la diócesis de Astorga tiene en la provincia de Orense: promediaba el mes de Noviembre y me encontraba en el pueblo de Fontey, surgido de poco acá en torno de la estación de Rua-Petín (Valdeorras), cuando recibí una carta del señor Arzobispo de Valladolid. En ella me decía que acababa de saber oficialmente que iba a ser creado Cardenal en el Consistorio



que había de celebrarse en Roma el 27 de aquel mes, y que se apresuraba a comunicarme la noticia y a invitarme a la ceremonia de la imposición del solideo rojo que se verificaría en Valladolid a la llegada del Guardia Noble encargado de presentar al Cardenal nuevamente creado esta primera insignia de la alta dignidad de que ha sido investido.

Apresuré un poco la visita del arciprestazgo de Valdeorras y pude terminar a tiempo para llegar a Valladolid dos días antes del señalado para la llegada del Guardia Noble. Era éste un joven arrogante que lucía el vistoso uniforme del Cuerpo a que pertenecía con notable soltura y elegancia.

Se celebró la ceremonia en la Catedral, con gran concurso de gente. Habiéndose divulgado en la ciudad la noticia de que, según las instrucciones recibidas, solamente podría ostentar el Guardia Noble su uniforme de gala en la ceremonia palatina de la imposición de la birreta cardenalicia, varias personas notables acudieron telegráficamente a Roma solicitando licencia para que se le permitiese usar también dicho uniforme en Valladolid. Vino a tiempo la concesión y la muchedumbre, que llenaba la Catedral metropolitana, pudo contemplar el airoso uniforme, en que parecen fundirse un romántico recuerdo de las legiones romanas y la gentileza inconfundible del Renacimiento italiano.

Algunos días después llegó el Ablegado Pontificio, portador de la birreta ¹, y se verificó en la Capilla del Palacio Real de Madrid la solemnidad de imponer esta insignia a los Cardenales creados en el Consistorio de 27 de Noviembre y residentes en España ².

Era el Sr. Cos el que había sido primeramente nombrado al ser creados los Cardenales, por lo que gozaba de mayor antigüedad que los otros dos que recibieron juntamente con él la investidura de la birreta roja. Esta circunstancia le obligó a dar las gracias, en nombre de todos, a S. M. el Rey. Hizolo así en un breve discurso muy sentido en el que aludió a los años que había sido obispo de Madrid durante la menor edad de S. M. y evocó discretamente los recuerdos de los maternales y prolijos

¹ Era éste Mons. Lauri, hoy Arzobispo titular de Efeso y Nuncio en Varsovia.

² Fueron éstos, además del Sr. Cos, los Emmos. Sres. Vico y Almaraz.

cuidados con que S. M. la Reina Madre había procurado fortalecer el espíritu y formar el corazón del Soberano.

Varias circunstancias retrasaron notablemente el Consistorio en que los Emmos. Purpurados españoles recibieron el capelo. Celebróse por fin dicho Consistorio el 12 de Diciembre de 1912, y en los primeros días de Diciembre llegaron a Roma los Eminentísimos Cardenales Cos y Almaraz, a los que tuve la honra de acompañar.

Fuimos primeramente a Barcelona, con el fin de asistir al tercer Congreso Nacional de Música Sagrada que se celebró en la ciudad condal en los días 21, 22, 23 y 24 de Noviembre, y desde Barcelona continuamos el viaje por el mediodía de Francia.

En Roma recibieron los Cardenales españoles en el palacio de la Embajada cerca del Vaticano, situado en la plaza de España, las visitas *di calore* y recibieron el capelo en el Consistorio del día 12. Son las ceremonias de los Consistorios graves y solemnes, de tal manera que impresionan profundamente aun a los que asisten a ellos con frecuencia, pero mucho más a los que, como a mí me sucedía, las presenciaba por primera vez. Ocupa el Papa un alto sitial, al que se asciende por una amplia gradería. Comienza el Consistorio subiendo uno a uno los Cardenales presentes revestidos de *capa magna*, cuya larga cola se extiende por las gradas del trono papal para prestar obediencia al Sumo Pontífice, y en esta ceremonia destacóse notablemente la majestuosa figura del Sr. Cos, que contrastaba de una manera singular con el Cardenal que le seguía, un Prelado austriaco de baja estatura que cojeaba mucho a causa de un ataque reumático y falleció poco después casi repentinamente.

Pocos días después tomó posesión el Sr. Cos del título de Santa María del Pópulo, que le fué asignado por Su Santidad, con arreglo al ceremonial que es uso y costumbre, y a mediados del mes de Diciembre tornamos a España por París, donde nos detuvimos unos días con el fin de que el Emmo. Purpurado celebrase una conferencia con su colega el Cardenal Amette y conociese los principales monumentos de la capital de Francia, la cual no había visitado hasta entonces.

Mientras estábamos en Roma, el Cardenal Rinaldini, quien mientras vivió me manifestó constantemente una estimación y un afecto grandísimo y muy superior al que yo merecía, me confió la noticia de que el Sr. Cos había sido propuesto para el

arzobispado de Valencia y que él había rehusado aceptarlo. El caso ocurrió de esta manera: hallábanse la ciudad y la archidiócesis de Valencia profundamente perturbadas por las agitaciones que sin fundamento sólido, pero con gran estruendo y apariencia de graves complicaciones se promovieron hasta conseguir la dimisión del Rvmo. P. Nozaleda, designado poco tiempo antes por Su Santidad a propuesta del Gobierno para ocupar aquella Sede metropolitana, y era preocupación grave del Ministerio que a la sazón gobernaba, buscar al P. Nozaleda un sucesor que lograra tranquilizar los espíritus inquietos y poner en orden los asuntos de la archidiócesis que habían sufrido graves perjuicios. La Santa Sede que, para evitar mayores males, había admitido la dimisión del Arzobispo preconizado, había dado a su representante en España instrucciones terminantes para que obtuviese del Gobierno la propuesta de un candidato de tan relevantes cualidades que justificase la condescendencia de la Corte Pontificia, y el Sr. Montero Ríos, que presidía el Consejo de Ministros, estimó que nadie reunía en más alto grado que el Sr. Cos las cualidades de tacto y prudencia apetecidas. Del mismo parecer fué el Nuncio de Su Santidad, y ambos, por separado, escribieron al Sr. Arzobispo de Valladolid instándole a que aceptase su traslado a Valencia. Tomóse el señor Cos unos pocos días para dar una contestación definitiva, y al cabo de ellos declinó el honor que se le hacía, dando para ello tan graves razones que así el Presidente del Consejo de Ministros como el Nuncio las conceptuaron muy fundadas y no insistieron más.

El Emmo. Cardenal después de su regreso de la Ciudad Eterna, se ocupó en llevar a la práctica el proyecto que venía elaborando desde dos años atrás, de celebrar un Congreso Catequístico Nacional en Valladolid. Fué éste una lucidísima manifestación de lo mucho que había progresado en España la enseñanza catequística, que como un granito de mostaza había nacido en Oviedo en medio de los tumultos y perturbaciones promovidos por la honda crisis que se llamó *Revolución de Septiembre de 1868*. La semilla había sido sembrada por la actividad fecunda del Sr. Sanz y Forés y cultivada con esmero y delicadeza hasta ser transformada en robusta planta por el Sr. Cos; al cabo de cuarenta y tres años había crecido de tal modo, que era árbol frondoso cuyas ramas se extendían por toda

España; cosa natural era que el primer catequista que había seguido en la enseñanza de la doctrina cristiana, métodos inspirados en la moderna pedagogía, se complaciese en ver de manifiesto los adelantos de la catequesis en el largo período que abarcaba cerca de medio siglo.

Concurrieron al Congreso Catequístico de Valladolid, los principales catequistas de España, distinguiéndose entre ellos el insigne pedagogo D. Andrés Manjón, insuperable en el arte de exponer a los niños con meridiana claridad, las verdades más abstrusas, el genial, entonces famoso Arcipreste de Huelva y hoy preclaro Obispo de Málaga, maestro en la manera de enseñar, con acompañamiento de castañuelas, a los alegres hijos de la *tierra de María Santísima*, los dogmas de la Fe; el Padre Urrutia, fundador del célebre *Catecismo de la Clereca* de Salamanca y otros muchos maestros excelentes y celosos, que en parroquias, escuelas y colegios, estaban consagrados a la meritísima labor de instruir a los niños en los dogmas de la Religión Católica.

El Congreso puso de manifiesto que la labor catequística estaba en España mucho más adelantada de lo que se sospechaba e infundió grandes alientos en los allí congregados para redoblar sus esfuerzos y trabajar con más ardor en ilustrar a las nuevas generaciones, formando en ellas falanges de cristianos conscientes y convencidos de fe robusta, capaces de renovar en los tiempos presentes las virtudes heroicas, la elevación de miras, el amor desinteresado y fecundo en obras de caridad, que distinguió a los cristianos de los primeros siglos.

Pronto vinieron sobre Europa aquellos días caliginosos y amenazadores que precedieron a la gran guerra. La inquietud más angustiosa y la incertidumbre más alarmante se habían apoderado de todos los espíritus. Con espanto se vió, al mediar el verano de 1914, surgir en el centro de Europa, como un volcán de actividad siniestra, en el cuál, como poseídas por un vértigo suicida, se iban precipitando las más prósperas, más ricas y más poderosas naciones del mundo.

Una nueva pesadumbre vino a entenebrececer más el horizonte. El corazón magnánimo y bondadosísimo de Pío X no pudo resistir el dolor de ver que a pesar de sus esfuerzos en pro de la paz, estallaba la contienda más formidable que se registra en la historia del mundo, y tras una breve enfermedad fué a reci-

bir de Dios el premio de sus muchas y grandes virtudes. Era preciso que los Cardenales, no pertenecientes a la Curia Romana, emprendiesen el viaje a la Ciudad Eterna, con el fin de asistir al Cónclave para la elección de nuevo Pontífice. Hallábase el Sr. Cardenal Arzobispo de Valladolid en Avilés, en la casa de campo de sus lealísimos y cariñosísimos amigos de Oviedo, don Policarpo Herrero y D.^a Teresa Collantes de Herrero y desde allí me escribió, instándome para que le acompañase a Roma y me ocupase en los preparativos del viaje, entonces prolijos y difíciles a causa de la guerra.

Emprendí lo más rápidamente que me fué posible la marcha desde un pueblecito de las cercanías de Llanes, en el cual me hallaba disfrutando unos días de vacación en compañía de mis buenos amigos los Condes del Valle de Pendueles y sus hijos y llegué a Madrid, donde al día siguiente de mi llegada se unió conmigo el Emmo. Sr. Cardenal Cos y al cabo de veinticuatro horas, transcurridas en obtener los pasaportes del Ministerio de Estado, salimos en el tren-expreso de Barcelona, en unión de los Emmos. Cardenales Almaraz y Guisasola. En Barcelona se agregó a nosotros el Sr. Cardenal Martín de Herrera y embarcamos en el vapor *Buenos Aires* de la Compañía Trasatlántica, que la generosidad y cortesanía del Marqués de Comillas puso a disposición de los Cardenales españoles.

Llegamos a Génova después de una travesía feliz, aunque no exenta de sobresaltos. Con frecuencia se presentaron a la vista cruceros y torpederos franceses que vigilaban las costas del Langüedoc y de la Provenza y en dos ocasiones temimos que nos detuviesen y registrasen el vapor, causándonos las molestias consiguientes a un registro en tiempo de guerra. Ningún temor podíamos abrigar la mayoría de los pasajeros cuyos pasaportes estaban en regla; pero nos enteramos que entre los pasajeros que habían embarcado en Barcelona, procedentes de la República Argentina, venían dos mocetones alemanes, que al saber que su patria estaba en guerra, se apresuraron a venir a Europa, con el fin de alistarse en las filas del ejército alemán. Encontrando cerrados todos los caminos del Mar del Norte, habíanse embarcado con nombre y pasaporte de dos argentinos que habían quedado en España. Hábiales proporcionado la sustitución de nombres otro argentino, que alarmado ante la presencia de los cruceros franceses, dió cuenta de sus temores al

capitán del barco y el capitán me comunicó lo que ocurría, con el fin de que yo previniese a los Cardenales, por si nos veíamos sometidos a las incomodidades del registro. Afortunadamente el crucero francés al ver la bandera de la Trasatlántica española, nos envió un saludo por medio del telégrafo de banderas y enfiló la proa al Norte dejando libre nuestra ruta. Los alemanes desembarcaron en Génova e ignoro cuál habrá sido su suerte.

Llegamos al anoecer a Génova e inmediatamente vino a bordo del *Buenos Aires* un delegado del Prefecto de la ciudad y puso a disposición de cada uno de los Cardenales españoles, un departamento reservado del tren que dentro de dos horas iba a partir en dirección a Roma y otros tres para los secretarios y familiares de los mismos. Aceptaron los Cardenales con gratitud los corteses ofrecimientos de las autoridades italianas y encomendaron al representante del Prefecto que hiciese presente a éste su agradecimiento.

A eso de las diez de la noche desembarcamos y nos trasladamos al tren, que partió poco después. Llegamos a Roma con tiempo para asistir a dos de los tres funerales solemnes que se celebran en la Capilla Sixtina por el Papa difunto. Los cantores de la Capilla Sixtina cantaron bajo la dirección del maestro Perosi, música muy selecta, con tal maestría que el placer de oirla compensaba cumplidamente las molestias del viaje a Roma en el mes de Agosto y en plena guerra europea.

La elección de Papa demuestra evidentemente el origen divino de la Iglesia Católica. Con tan grande rigor se exige a los Cardenales que prescindan de toda mira baja y mezquina, es tan grave el juramento que pronuncian al emitir el voto, poniendo a Dios por testigo de que eligen al que en conciencia creen más apto, y es tan absoluto el secreto que se les impone, que, según frase del Cardenal Cos al salir del Cónclave, parece que no se ha omitido precaución alguna de las que dicta la prudencia para que se haga una buena elección. Por estos motivos, en los días que precedieron a la elección no pudo conjeturarse fundadamente cuál había de ser el resultado de ésta; mas no por eso dejaron de formarse mil cábalas y combinaciones que corrían de los corrillos y reuniones íntimas a los periódicos y, sancionadas por la autoridad de la prensa periódica, tornaban convertidas en axiomas incontrovertibles a los hogares, a las tertulias de los cafés y a donde quiera que se reunían dos per-

sonas interesadas en la elección del nuevo Papa, y puede decirse que no había romano ni extranjero residente en Roma que no lo estuviese. Estudiábanse con la mayor avidez las palabras más sencillas y aun los gestos de los Cardenales, y sobre tan débil fundamento se hacían suposiciones absurdas. Lo más frecuente era indagar la historia, tendencias y amistades de cada uno de los electores con el fin de llegar por estos medios a conocer hacia dónde se inclinaría en la emisión del voto. La reserva en que, cumpliendo con su deber, se habían encerrado los miembros del Sacro Colegio, no alcanzaba al clero de Roma ni al personal de las Curias, ni al de los numerosos colegios pertenecientes a las diversas naciones establecidos en Roma y cada uno manifestaba sus preferencias. Casi todos se agrupaban en tres distintas tendencias. Inclinábanse algunos al Cardenal Maffi, Arzobispo de Pisa, cuya ciencia es universalmente reconocida y al que se suponía propenso a iniciar una política de benevolencia con el Gobierno italiano, siempre que pudiesen quedar a salvo los derechos inalienables de la Iglesia y su independencia. Otros se mostraban favorables a la elección del Cardenal Ferrata, fundándose en su acertada gestión mientras fué Nuncio en París en circunstancias verdaderamente difíciles, y, sobre todo, en su compenetración con el modo de pensar del Cardenal Rampolla, cuya figura, siempre prestigiosa, se había agrandado después de su muerte. Una tercera fracción consideraba solución mejor la que asegurase la continuación de la política de Pío X y por esto preferían al Cardenal Serafini, al Cardenal Pompili o algún otro de los que estimaban más afectos al Pontífice difunto. No faltaba algún voto suelto en pro de otras soluciones, entre ellas la de elegir un Pontífice no italiano, como muestra de la catolicidad de la Iglesia y proponiendo en este caso al Cardenal Van-Rossum, holandés de origen, pero residente en Roma desde antes de pertenecer al Sacro Colegio.

En esto comenzó el Cónclave, y como no puede admitirse comunicación alguna entre los conclavistas y los que no lo son, quedamos más desorientados que nunca. Desde el primer día de Cónclave no faltaron en la plaza de San Pedro grupos de curiosos que, aun en las horas más calurosas resistían impávidos los rayos ardientes del sol de Agosto. Sobre todo en los momentos en que se esperaba ver salir por una larga chimenea de hierro, que asomaba sobre el techo de la Capilla Sixtina la célebre

sfumata, estaba la inmensa plaza llena de personas de todas clases, entre las que no faltaban extranjeros a pesar de la guerra en que estaban empeñadas por aquel tiempo Rusia, Francia, Bélgica e Inglaterra contra los imperios centrales.

No dejé de concurrir algunos ratos ninguno de los días que duró el Cónclave, complaciéndome en ver el aspecto de la plaza y en oír los comentarios que se hacían entre los concurrentes. Uno de los días, el cuarto del encerramiento de los Cardenales, había pasado gran parte de la mañana en la *Farnesina*, admirando las obras de arte que este palacio atesora, y a eso de las once me trasladé a la plaza de San Pedro. Iba sin ostentar al exterior insignia alguna episcopal, con el fin de pasar inadvertido. Aún no había llegado por la columnata de la izquierda hasta la fuente de aquel lado, en torno de la cual se agrupaban la mayor parte de los curiosos con el fin de disfrutar de la sombra y de la frescura que esparcía en derredor la caída del agua, cuando encontré a un Obispo colombiano, con el que había trabado conocimiento en el *Buenos Aires* durante la travesía de Barcelona a Génova y que tampoco llevaba al descubierto cosa alguna que diese a conocer su cualidad de Obispo.

Reunidos los dos comenzamos a recorrer la plaza, pero al poco tiempo se le ocurrió a mi compañero que nos sería más cómodo alquilar uno de los muchos coches que por allí ofrecían sus servicios, e instalarnos en él con la capota echada. Así podríamos oír sin ser vistos y esperar con mayor comodidad el momento de la *sfumata* que aquel día se retrasaba algo más de lo acostumbrado en los días anteriores. A poco de habernos instalado en el coche el Obispo americano y yo, sentimos hablar acaloradamente detrás de la capota del carruaje. Procedían las voces de varios monseñores pertenecientes a diversas oficinas eclesiásticas de Roma, que discutían acerca de las cualidades y aptitudes de los distintos Cardenales que se suponían con probabilidad de ascender al Papado. Eran la mayor parte partidarios del Cardenal Maffi cuya prudencia y sabiduría ensalzaban hasta las nubes. Contradecían otros esta opinión, exponiendo las dotes de gobierno del Cardenal Ferrata. Alguno intervino con timidez y como dándose cuenta de lo aventurado de su proposición, se atrevió a decir que quizá las circunstancias aconsejaban interrumpir la costumbre de elegir un Papa italiano, y convenía elegir Papa entre los Cardenales pertenecientes a otras

naciones. Aducía varias razones en favor de su opinión y citaba como muy aptos para ser elevados a la suprema dignidad de la Iglesia, a los Cardenales Van-Rossum y Mercier. Levantó este parecer grandes protestas entre los que formaban el grupo; sobre todo uno de ellos mostróse opuesto a la elección del Cardenal Mercier y después de una animada controversia con el que había propuesto la idea, cortó la discusión diciendo: "Si quieren elegir a un extranjero, que elijan al Cardenal Cos, que haría un hermoso Papa".

Poco antes del mediodía del día quinto de Cónclave, se vió al fin sobre el techo de la Capilla Sixtina la *sfumata* blanca. La multitud que llenaba la plaza se arremolinó sobre la escalinata de la Basílica gritando: "*é bianca, é bianca*". Momentos después los servidores del Vaticano adornaron con un hermoso tapiz el balcón central de San Pedro y en diversas ventanas de los aposentos de la morada pontificia que miran a la plaza, comenzaron a aparecer cartelones en que aparecía el nombre del elegido, que la distancia no permitía leer con claridad, pero pronto cesaron las dudas. Por una de las ventanas apareció un gran cartelón en el que estaba dibujada una iglesia y todos comenzaron a decir con gran asombro *Della Chiesa es el elegido*. Su nombre no había sonado en ninguna combinación. Así se demostraba una vez más que Dios rige a su Iglesia por encima de todos los cálculos y previsiones humanas.

Poco después el Cardenal Della Volpe anunció solemnemente desde el balcón de San Pedro que había sido elegido Papa el Cardenal Della Chiesa y había tomado el nombre de Benedicto XV. Algunos decían que quizá por primera vez, desde 1870, el nuevo Papa daría la bendición desde el balcón que mira a la plaza, y un regimiento de Infantería que estaba al pie de la escalinata se preparó para presentar armas, pero prontamente se desvaneció la duda porque desde el Vaticano se avisó que la bendición se daría en el interior del templo. En él entró la muchedumbre que había concurrido a la plaza y esperó la llegada del Pontífice. Apareció el nuevo Papa acompañado de los Cardenales y se acercó a la tribuna de la nave central, desde donde con voz algo insegura y emocionada bendijo al pueblo. En aquel momento los Cardenales a quienes correspondió el lugar más próximo al Papa fueron los Cardenales españoles Cos y Guisasola.

Al día siguiente se presentó a Su Santidad el Sacro Colegio con el fin de hacer lo que se llama *la tercera adoración*, y después de los Cardenales fuimos admitidos los Obispos que a la sazón nos encontrábamos en Roma. Suele el Papa, cuando el Obispo que ante él se postra es personalmente conocido, dirigirle la palabra brevemente; pero como yo conocía al Papa muchos años antes de ser Arzobispo de Bolonia, me detuvo largo rato evocando los gratos recuerdos de su estancia en Salamanca, cuando era Secretario de la Nunciatura en Madrid, y preguntándome por el estado de cosas y personas de la ciudad que él había conocido. Al terminar el acto de la *adoración* me preguntaron varios Prelados italianos si yo había conocido al Papa en fecha anterior. Les contesté que años atrás, cuando ambos ocupábamos cargos de categoría análoga, el Papa el de oficial de la Secretaría de Estado y yo el de Secretario del Obispado de Madrid, sosteníamos relación frecuente y cariñosa. Al salir de la sala *dei paramenti*, algunos de los asistentes me señalaron diciendo: "Es el amigo del Papa,,."

Después de la ceremonia de la Coronación de Benedicto XV volvieron los Cardenales españoles y los que les habíamos acompañado a Italia, a embarcar en el *Buenos Aires*, que esperó en el puerto de Génova nuestro regreso y llegamos a Barcelona sin haber sufrido el menor contratiempo en la travesía, a pesar de que la *gran guerra* rugía con furor cada vez más desatado.

† El Obispo de Salamanca.





DESCARTES Y LA MÍSTICA

HA llegado a mis manos un notable trabajo sobre la filosofía de Descartes ¹. Su autor es uno de los jóvenes profesores que más honran a la mentalidad francesa contemporánea. Es, sobre todo, un excelente católico, de convicción y de sentimiento, y un gran amigo de España, a la que conoce y admira después de frecuentes viajes por ella, en peregrinación de artista y de creyente al Santuario de nuestra *Peña de Francia*.

Jacques Chevalier es al mismo tiempo un entusiasta de su patria. Francia—dice—rara vez ha sido vista como debe ser. País de la revolución, para unos; del absolutismo napoleónico, para otros.

La patria de San Luis, de Santa Juana de Arco, Bossuet, Pascal, Descartes, Pasteur, Casar Franck y el mariscal Foch, es la patria de la pasión por la lógica clara—dice Chevalier—de la osadía de pensamiento y a la vez amante de la tradición y de la justicia, de la verdad y del bien.

Descartes ha sido deformado por sus discípulos.

El siglo XVIII no ve en Descartes más que el aspecto revolucionario de dudar de todo, para negarlo todo.

Se le presenta como el filósofo del escepticismo absoluto. Y no es así. Descartes rompe con la tradición de los testimonios de autoridad en materias científicas, pero no en cuestiones de fe y de moral. Y aun en asuntos científicos—decía—no a todos les es conveniente la duda metódica. Muchos necesitan la autoridad científica que razone por ellos. Si dudaren una vez, duda-

¹ *Descartes*, por Jacques Chevalier, profesor de la Universidad de Grenoble (París. Librería Plon).

rían siempre y en todo. Lo mejor para esos—dice Descartes—es conformarse con lo tradicional.

Pero Descartes duda por una razón fundamental, y lo dice claramente: “por libertarse de la tiranía de los sentidos y del orgullo del espíritu”, que son los dos grandes obstáculos al amor de la verdad.

Y aquí hace notar el docto profesor Chevalier, que ese “libertarse”, que busca Descartes, es equivalente a la “purificación de los místicos en la *Noche oscura del alma*, de San Juan de la Cruz”.

Precisamente San Juan de la Cruz, que como filósofo dijo la profunda frase: “un pensamiento del hombre vale más que todo el mundo”, como místico escribía lo siguiente: “así como los vapores oscurecen al aire, y no dejan lucir al sol, o como el espejo tomado del paño, no puede recibir en sí serenamente el bulto, o como en el agua envuelta en cieno no se divisa bien el rostro del que en ella se mira, así el alma que está tomada de los apetitos, según el entendimiento, está entenebrecida y no da lugar para que él, sin el sol de la razón natural, ni la sabiduría de Dios, sobrenatural, la embistan e ilustren de claro...”

Podría decirse que la filosofía mística que encierra esta otra frase de San Juan de la Cruz: “otras ciencias, con la luz del entendimiento se alcanzan, mas ésta de la Fe, sin la luz del entendimiento se alcanza, negándola por la Fe, y con la luz propia se pierde”, es la misma que Descartes, en su lenguaje expresa en esta forma (al hablar de la sumisión al sentido del infinito con *humildad y generosidad*): “yo no he tratado jamás del Infinito, más que para someterme a él”.

Comentando a Séneca, escribe Descartes: “hablando en cristiano, sabiduría es someterse a la voluntad de Dios, y seguirla en todas nuestras acciones”.

Y habla de la necesidad y eficacia de la oración “para que consigamos lo que Dios ha querido de toda eternidad que obtengamos por nuestras súplicas”. Frase profunda donde se contesta en cuatro palabras a la objeción determinista y menguada de las gentes que componen el vulgo ilustrado, que se mojan del creyente porque pide a Dios que cambie lo que de toda eternidad—dicen ellos—está determinado que suceda.

Descartes, el de la duda universal, según los deformadores de su pensamiento, la primera “afirmación racional”, que esta-

blece es la del alma inmortal; la segunda es la de Dios infinito.

El método de Descartes se reduce a *restablecer* las antiguas, eternas verdades.

La más alta y perfecta moral—dice el filósofo francés—“es el último grado de la filosofía”.

Y la moral, añade en otro lugar, “consiste en conformarse con la voluntad de Dios, que ordena las cosas en vista de lo mejor”.

Además afirma que creía “muy firmemente en la infalibilidad de la Iglesia”.

Y es de notar que la Iglesia católica sólo puso las obras de Descartes en el *Índice* a título de *donec corrigantur*. En cambio los calvinistas las prohibieron en absoluto.

Creo que los racionalistas o los que se llaman a sí mismos librepensadores, si estudian con ánimo “libre” de prejuicios, el notable libro consagrado por Chevalier al filósofo francés, no podrán decir sinceramente: “Descartes, *noster est*”.

Juan D. BERRUETA.





Estudios de investigación histórica

Los contratos de doña Leonor de la Vega.

La linajuda dama castellana a quien nos referimos, fué hija del primer Marqués de Santillana, y mujer del cuarto Conde de Medinaceli, D. Gastón de la Cerda¹.

Dice Amor de los Ríos en su estudio «Obras del Marqués de Santillana»², que el señor de la Vega—título con que generalmente se designó a D. Iñigo López de Mendoza antes de que Juan II le diese el título nobiliario que tan alto supo enaltecer—, atento a los aumentos de su casa celebraba en la villa de Yunque-
ra, a 21 de Noviembre de 1433, los desposorios de su hija doña Leonor, que apenas tenía cumplidos once años, con D. Gastón de la Cerda, primogénito de los Condes de Medinaceli. Entregábale en prendas los pueblos de Mena y Villoldo, con todas sus jurisdicciones e imperio; y llegada D.^a Leonor a la «edad perfecta» señalada por los cánones, llevábase a efecto el matrimonio, con beneplácito de ambas familias³.

Como la boda se celebró, el ilustre historiador de la Literatura española no se cuidó de la exactitud de la fecha en que el matrimo-

¹ La 11.^a Serie de documentos del Archivo-Biblioteca de la casa ducal de Medinaceli, publicada a expensas del actual Duque de este título a fines del año pasado—que es digna secuela de la Serie *Histórica* impresa en 1915—, nos ha permitido conocer la obra hasta ahora inédita del conocido historiador del siglo xvii, Baltasar Porreño, titulada «Elogios de los ínclitos Condes y excelentísimos Duques de Medinaceli», que recuerda algunos hechos de la vida del Conde don Gastón.

² Madrid, 1852.

³ Pág. LXI. En nota añade: «Los primeros capítulos matrimoniales se asentaban por ante Nuño Fernández de Tordelaguna (Arch. de Inf. caj. 8, leg. 4, número 4). La escritura de desposorios tiene el número 5, en el mismo legajo.

nio tuvo lugar, ya porque no tropezase con más documentos, ya porque no quiso dedicar más tiempo a aclarar este punto.

Pero la casualidad ha puesto en nuestras manos un documento ¹ referente a este casamiento, que rectifica el supuesto de Amador de los Ríos; quizá sea el último de los contratos celebrados sobre la boda de D.^a Leonor de la Vega, entre el Conde de Medinaceli y el Señor de la Vega; por el interés que tiene el documento en sí, y por la significación de los contratantes, me ha parecido oportuno publicarle a continuación.

El Marqués de Santillana, que, como es sabido, estuvo a punto de perder en su niñez buena parte de sus bienes, «como fue de edad (dice uno de sus panegiristas) que conosció ser defraudado en su patrimonio, la necesidad que despierta el buen entendimiento y el corazón grande que no dexa caer sus cosas, le hizieron poner tal diligencia, que vezes por justicia, vezes por las armas, recobro todos sus bienes» ². Y al tratar de la boda de su hija D.^a Leonor, siguió poniendo en práctica las enseñanzas de los días adversos; después de haberse acordado los capítulos matrimoniales en 1433, todavía la boda no se había celebrado al comenzar el año 1442, y a lo que parece, como dice el documento que trascribimos, «porque era debate entre los sobre dichos señores Conde e Yñigo López que paños e joyas deuia dar el dicho señor Conde a la dicha doña Leonor». Y sin embargo, en esta ocasión apenas se debate tal punto: el Conde de Medinaceli, que a lo que parece por el documento, se había comprometido a dar en arras 5.000 florines de oro ³, mantiene el ofrecimiento, y acepta además que el Almirante de Castilla compre a la novia los paños e joyas que sean menester. Mas para el pago de la dote que el Señor de la Vega prometía a su hija hay tal género de salvedades y condiciones, que si su panegirista ⁴ no

¹ Arch. Hist. Nacional. Documentos del convento de Santa María de Montañana, leg. 272.

² Panegírico inserto con el título «Vida de don Iñigo López de Mendoza» en la obra «Prouerbios... de... Seneca, y de don Yñigo López de Mendoza, Marques de Santillana» (Anvers, 1552), al final, después de los Prouerbios.

³ En el documento que estudiamos se dice que de 60 mrs. Sangrador, en su «Historia de Valladolid» (Vall. 1851), t. I, pág. 128, publica una tabla sobre el valor de las monedas a la elevación al trono de Juan II, y asigna al florín la equivalencia de 50 mrs. La diferencia puede muy bien justificarse teniendo en cuenta la baja experimentada por la moneda en aquel reinado y que determina la ley dada por el mismo Juan II en 6 de Abril de 1442.

⁴ *Vida* (Anvers. 1552).

nos dijera que «era hombre de tan gran corazón que ni las grandes cosas le alteraban, ni en las pequeñas le plazía entender», pensaríamos que el deseo de Iñigo López era no acabar de pagar la dote que ofrecía.

Como especie de hombre bueno eligieron las partes a la persona del Almirante de Castilla, D. Fadrique Enríquez, el noble más poderoso de Castilla la Vieja en aquellos días, y la figura más saliente en la Corte de Juan II después del favorito D. Alvaro. En la casa que aquel magnate tenía en Valladolid ¹ se reunieron en 17 de Enero de 1442, el Conde de Medinaceli y el Señor de la Vega, y ante testigos de significación, como Pero Alvarez de Osorio—primer Conde de Lemus, por concesión de Enrique IV²—, don Enrique Enríquez, que había de llegar a ser primer conde de Alba de Liste ³, el doctor Diego Sánchez del Castillo y el licenciado Pero Díaz de Toledo ⁴, Oidores de la Audiencia del Rey D. Juan, y el licenciado Garci López de Madrid ⁵, el Conde de Medinaceli prometió e hizo

¹ En la Crónica de Juan II se hace varias veces alusión a las casas que el Almirante tenía en Valladolid. En ellas se refugió el Príncipe D. Enrique cuando en 1440, durante la permanencia del Rey en Valladolid, el Príncipe huyó de Palacio, y en ellas estuvo hasta que el Rey accedió a los deseos de su hijo. Cuadrado hace alusión a las casas del Almirante, «honra y prez de Valladolid en el siglo XVI», que no sabemos si ocupaban el mismo lugar que las de su abuelo; y Ortega y Rubio (Hist. de Valladolid, 1881, t. I, pág. 210, nota) apunta que fueron derribadas en su tiempo y que en el solar se há levantado el teatro de Calderón

² Haro, *Nobiliario*, libro V.

³ Haro, *Nobiliario*, libro V.

⁴ La coincidencia de nombre y de cargo, y su conocida amistad con el Marqués de Santillana, nos llevan a identificarle con el Doctor del mismo nombre. Como se trata de una simple referencia del primer Glosador de los *Proverbios* del Marqués, nos contentaremos con remitir a nuestros lectores al *Dic. Hisp. Americ.*, art. DIAZ DE TOLEDO (PEDRO). Por nuestra parte añadiremos que los datos en él consignados pueden documentarse con las notas puestas por Sainz de Baranda al *Cronicón de Valladolid*, publicado en el t. XIII de la *Col. de doc. inéditos*, y con el prólogo que el Sr. Paz y Melia puso al t. XXIX de *Bibliófilos españoles*, «Opúsculos literarios de los siglos XIV al XXI» (Madrid, 1892), donde se inserta el *Diálogo* escrito con motivo de la muerte del Marqués de Santillana, dado a conocer por Amador de los Ríos, pero inédito hasta que se publicó en esta Colección. En algunos particulares de la vida del Doctor, discrepan Baranda y Paz y Melia, que sigue a Floranes. Para el primero el Doctor era sobrino del Relator de Juan II, Fernando Díaz de Toledo; para el segundo era hijo del mismo Relator.

⁵ El *Cronicón de Valladolid*, que acabamos de citar, nos da dos fechas sobre hechos de su vida: que se doctoró en Leyes en Valladolid en 5 de Noviembre

pleito e homenaje en manos del Almirante don Fadrique que el haría todo su poder para que su hijo don Gastón «case e faga bodas para mediado de abril primero que viene con doña Leonor de la Vega», y así mismo lo prometió el señor de la Vega en lo que a él tocaba ¹.

La fecha en que estos contratos tuvieron lugar, después que el Almirante hizo la excursión a tierra de Toledo contra el Condestable y los suyos, narrada con bastante pormenor en la Crónica de Juan II, y que el Señor de la Vega fué derrotado cerca de Alcalá por los partidarios de D. Alvaro; la intervención del Almirante como árbitro en estas diferencias de carácter tan familiar; la coincidencia de ser los dos magnates contratantes del partido contrario al favorito, y el haber entregado ellos ya en garantía de los pactos establecidos antes, lugares diversos de sus señoríos, inclina a pensar que las dificultades tenían significación política, aunque esa significación no podamos apreciarla debidamente porque no conocemos con el suficiente detalle la vida de Castilla en el siglo xv; las crónicas nos dan indicios para pensar que no era indiferente el trueque de una villa o lugar por otro; y de ahí que los nobles, atentos a conservar la preponderancia política, fijasen su atención tanto en los lugares que cedían, como en los maravedís que ofrecían a sus hijos en arras o en dote.

Si la boda no se celebró en Abril de 1442, como se acordó en este contrato, no debió demorarse mucho: en 1443 Iñigo López y el Conde de Medinaceli hicieron pactos para defenderse de cualquier agresión a mano armada ². En 1457 murió el Conde don Gastón, dejando numerosa descendencia ³; y en 1470 el hijo y heredero de don Gastón, después de haber pedido la disolución de su matrimonio con D.^a Catalina Laso, su prima hermana, trataba ya de casarse con la hija del Príncipe de Viana ⁴.

de 1458, y que falleció en Madrid en 17 de Mayo de 1476. En notas puestas por Sainz de Baranda (números 50, 104 y 150) y en la Advertencia preliminar se recogen detalles que omitimos.

¹ El *Diccionario enciclopédico Espasa*, en el artículo LOPEZ DE MENDOZA (IÑIGO), t. 31, pág. 152, dice que el Marqués de Santillana «en 1432 casó a una de sus hijas con el primogénito de los Cerdas». No sabemos cómo podrán justificar tal aserto los redactores de tan decantada Enciclopedia, copiosa en inexactitudes históricas.

² Amador, *Vida*, págs. LXXIV-VII.

³ Amador, *Vida*, pág. CI.

⁴ Archivo y Biblioteca de la casa de Medinaceli, 1.^a serie, págs. 58-60.

Mas no conociéndose la fecha precisa del matrimonio de doña Leonor de la Vega, sólo nos queda para comprobación de cuanto venimos diciendo, el contrato a que nos hemos referido, que firmaron el señor de la Vega y el Conde de Medinaceli, y dice así:

«En la noble villa de Valladolid dies y siete dias de enero año del nascimiento del nuestro señor Ihesu xpo. de mill e quatrocientos e quarenta e dos años este dicho dia estando en las casas del señor Almirante don Fadrique que son en la dicha villa el señor don Luys de la Çerda, conde de Medinaceli, prometio e fiso pleito e omenaje en manos del dicho señor Almirante quel que aparejara e procurara syn poner impedimento alguno que fara todo su poder que don Gaston su fijo case e faga bodas para mediado el mes de abril primero que viene con doña Leonor de la Vega, fija del señor Yñigo Lopes de Mendoca, señor de la Vega, e el dicho señor Yñigo Lopes prometio asy mismo que procurara sin poner ynpedimento alguno e fara todo su poder que la dicha doña Leonor su fija case con el dicho don Gaston, fijo del dicho señor Conde, para el dicho tiempo, e por quanto era debate entre los sobre dichos señores Conde e Yñigo Lopes que paños e joyas deuia dar el dicho señor Conde a la dicha doña Leonor, fué acordado e diliberado entrellos que diese aquellos paños e joyas que determinase e mandase el dicho señor Almirante e sy allende de los paños e joyas por el dicho señor Almirante determinado, los cuales dixiesen ser menester, el dicho señor Almirante determinare e mandare que se conpren mas paños e joyas demasyadas quel dicho señor Yñigo Lopes los compre de los dineros que ha de dar en dote a la dicha su fija e que le sean contados enllo; los quales dichos paños e joyas asi vnos como otros lo aya de conprar e conpre el dicho señor Almirante de los dineros de los sobre dichos en la manera susodicha. Iten quel dicho señor Yñigo Lopes da en prendas al dicho don Gaston e al dicho señor Conde su padre en su nonbre al su lugar de Palaçuelos por los marauedis que restan que le ha de dar en dote con la dicha doña Leonor su fija descontandose los frutos e rentas e pechos e derechos del dicho lugar de Palaçuelos de los marauedis que el dicho señor Yñigo Lopes ha de dar en cuenta de la dicha dote, pero fue acordado que si los sobredichos señores Conde e Yñigo Lopes que sy el dicho señor Yñigo Lopes antes que acabe de pagar los dichos marauedis de la dicha dote quisiere el dicho lugar de Palaçuelos para lo trocar e cambiar por qualquier otro lugar quel dicho señor Conde e el dicho don Gaston sean tenudos a gelo dexar libre e desenbargadamente con todo lo a el pertenesçiente e resciba por el aquello por que fuere trocado el dicho lugar de Palaçuelos e lo tener en prendas por la manera e forma que ha de tener al dicho lugar de Palaçuelos, pero que antes sea el dicho señor Conde entregado de lo por que se trocara que sea despojado del dicho lugar de Palaçuelos. Iten fue acordado entre los dichos señores que sy el dicho señor

Yñigo Lopes no acabara de pagar la parte enteramente de lo que le debe de pagar en cada vno de los cinco años que lo que quedare de pagar en el primero año que lo pague en el segundo año averidero e que asy se entienda en cada vno de los dichos años fasta en fin de los cinco años en tanto que lo que quedare de pagar sea menos del tercio de lo que se ha de pagar aquel año quel dicho señor Yñigo Lopes lo pueda pagar syn pena alguna en el postrimeru año de los dichos cinco años e sy el dicho señor Yñigo Lopes non pagare e acabare de dar e pagar todo lo que resta de la dicha dote en todos los dichos cinco años en la manera que dicha es quel dicho Yñigo Lopes sea obligado de dar e pagar al dicho señor Conde e al dicho don Gaston en su nombre diez mill florines de oro con pena e postura e sy dentro de los dichos cinco años contaderos del día de la boda el dicho señor Yñigo Lopes non acabare de dar e pagar todos los maravedis que restan de pagar de la dicha dote quel dicho lugar de Palacuelos o lo que subcediere en su lugar quede al dicho don Gaston e al dicho señor Conde en su nombre vendido por los maravedis que restare de la dicha paga e por las dichas penas e el dicho señor Yñigo Lopes obligose traer licencia de Diego Furtado su fijo de como consiente que se obligado el dicho lugar de Palacuelos o lo que por el se trocare por quanto es mayoradgo so la dicha pena e el dicho señor Conde obligo e ypoteco por los cinco mill florines de arras que prometio de dar con el dicho don Gaston su fijo a la dicha doña Leonor e sumados a sesenta mrs. cada florin la su villa de Enciso con su jurisdicion ceuil e criminal alta e baxa e con todos los pechos e derechos a ella anexos e pertenescientes e por quanto el dicho señor Conde auia ypotecado por las dichas arras la su villa de Cogolludo el dicho señor Yñigo Lopes prometio de facer renunciar a la dicha doña Leonor su fija la ypoteca que tiene sobre los lugares de Garganta, La Olla, e Pasaron, e Torremenga e consentir en la dicha ypoteca e obligacion de la dicha villa de Enciso otorgaron un contrabto fuerte e firme a consejo de letrados segund quel contrabto de lo susodicho lo padesciere renunciaron las leyes obligaron sus bienes dieron poder a las justicias, &c. Testigos Per Aluarez Osorio señor de Cabrera e Ribera e don Enrique hermano del dicho señor Almirante e el doctor Diego Sanchez del Castillo Oydor de la Abdiencia del dicho señor Rey e el licenciado Pero Dias de Toledo Oydor de la dicha Abdiencia e su Alcalde mayor de las alcadas e el licenciado Garci Lopes de Madrid.—Iñigo Lopes.—Yo el Conde.—Otras dos firmas que no corresponden ni a los contratantes ni a los testigos.»

A. HUARTE



UN BELLO RECUERDO DE LA VENIDA DE SS. MM. A SALAMANCA

CUANDO este número vea la luz pública ya se habrá hecho la entrega oficial del traje de charra que Salamanca regala a S. M. la Reina D.^a Victoria. Tan bella iniciativa salió de labios de un distinguido poeta salmantino, nuestro entrañable amigo e ilustre colaborador de LA BASÍLICA TERESIANA, D. Mariano Arenillas, quien escribió la siguiente poesía para la fiesta celebrada por los estudiantes católicos en honor de Santa Teresa de Jesús, el día 7 de Octubre pasado, a la que asistieron SS. MM. los Reyes D. Alfonso y D.^a Victoria.

A continuación insertamos otra composición del mismo autor que fué muy celebrada en la velada que en honor de la Santa castellana y con la presencia de S. A. R. la Infanta D.^a Isabel, como terminación de las fiestas teresianas del Centenario, tuvo lugar en esta ciudad el día 13 de Marzo y que guarda estrecha relación con la primera.

UN CHARRO A SUS MAJESTADES

Con su premiso, señor:
soy un probe labraor
que os ha cogío mucha ley
y que viene con amor
a saluar a su Rey

y a su Reina. Güen relato
oí d'ella hogaño en las eras,
y perdón si asín la trato;
guapa estaba en el retrato;
pero es más guapa de veras.

No vos quisiera faltar;
como que estoy que no acierto
ni siquiera a escomenzar,
y me estaba por quedar
ahora mesmo como un muerto.

Pero como tó se sabe,
yo sé que mi Soberano
es Rey tan güeno y tan llano,
que más, la verdá, no cabe
pa dar al probe la mano.

Asín que mi relación
ha de salir bien sentía,
que con vuestra tratación
cualesquiera corazón
tié que saltar de alegría.

No hay naide que no lo crea;
¡las penas c'hais socorrió!
Sólo con lo sucedio
mientras la guerra europea
tó el mundo os ha bendecio.

Y hati cuenta que fué ayer
cuando al mísero jurdano
venésteis a socorrer;
¡y en la metá del verano,
con un sol c'había que ver!

Creo que iba la campaña
en la boca con la entraña,
y vos tan terne y tan tieso;
¡como que el Rey c'hace eso
tié que ser el Rey de Español

Pos ¡anda! que pa reinar
onde hay tanto parecer,
pacencia habéis menester;
y que tós quieren mandar
y denguno obedecer.

Asín la gente enriedá
hace las horas perdías,
y en ponerla algo asentá
se malrotan energías
de la mejar calía.

Y es que de Dios s'apartao
el mundo desatinao,
y no tendrá miaja seso

si no se güelva a su lao.
Y que tó consiste en eso.

De mó y manera, que al ver
que lleváis la derecha,
hay c'ayudaros a hacer
que España güelva a coger
otra vez la delantera.

Y c'aprendan lo c'hais hecho
los que son siempre un barbecho
y están mano sobre mano,
sin hacer ná de provecho
ni en invierno ni en verano.

Mandáilos a ésos, señor,
que siquíá al campo s'asomen,
pa que nos cojan amor
y vean cuánto suor
nos cuesta el pan que ellos comen.

Me se hace a mí que palrando
os estoy emportunando,
y ser yo se nesecita
pa estar asín rodeando
sin mentar vuestra vesita.

Que la hemos agradeció
lo está iciendo la ciudá,
c'ha hecho tó lo c'ha podió;
si no hay más, bien lo ha sentío,
no es por falta e voluntá.

La tierra salamanquina
cuando quiere es a contento,
y bien sabe que no miento
la Reina doña Cristina,
que el no verla bien lo siento.

Y lo dicen las canciones
que cantamos a cá paso
en la faena y distraiciones,
adornás por don Damaso
como un ramo en las funciones.

Este que veis novallo
está pregonando amores
y diciendo de lucío
que es ramo de charras flores
y pa los Reyes tejío.

Con que hasta más ver, señor;
que pué que no lo merezca,

y manque torpe parezca,
aquí quea un servior
pa tó lo que sus ofrezca;

—
que si hace falta algún día,
Dios quiera que no, la tranca,
p'allá vamos deseguía;
que el charro de Salamanca
da por sus Reyes la vía.

—
Y ahora que este gozo habemos
de tener la güena estrella
de que entre charros sus vemos
una gracia pidiremos,
y es que nuestra Reina bella,

—
Soberana esplendorosa,
de charra se retratase
—¿pa qué decir otra cosa?—,
que iba a estar, si s'animase,
y a poder ser, más hermosa.

Por el charro,

MARIANO ARENILLAS SÁINZ.





El ilustre literato y poeta D. Mariano Arenillas, a quien se debe la iniciativa de ofrecer un traje de charra a S. M. la Reina Doña Victoria.



LOS SENTIRES DE UNA CHARRA

A S. A. R. la Infanta D.^a Isabel.

Con su licencia, señora
Infanta doña Isabel,
os va a emportunar ahora
una charra labraora,
la mujer del charro aquel

que les dió la bienvenida
a vuestros riales sobrinos
dijendo lo que sabía
y al oír su parlería
estuvon con él tan finos.

Como que la Reina mesma,
sigún él vino a pedir,
de charra se va a vestir
en cuantis pase cuaresma:
y no es esto un por decir.

De mó que mi charrería
andi quiera se presenta
revatada de orgullía,
y con esta vestimenta
soy un poco presumía.

Perdóneme si no sé
con presonajes tratar,
¿Con que, a la cuenta, es usté
la infanta, sigún se vé,
que se oye tanto mentar?

¿La que acobija en su manto
y le consuela en sus lloros
al pueblo que la ama tanto;
y va a la plaza de toros
y a la pradera del Santo,

¿Dónde se la ve en presona,
tan tratable, tan sencilla,
y cara al sol de Castilla,
en vez de la su corona
luciendo la su mantilla?

¿La que por Santa Teresa,
la santa más amorosa,
es pelegrina animosa
que anda, como el Rey, tan tiesa
lo mesmo que si tal cosa?

¡Andal y qué güena que está.
Pero cuánto es el contento
que su vesita nos da.
Ahora es cuando yo más siento
el ser torpe y desmañá.

Que si no yo le diría
como hacen los sabiores,
palabras llenas de flores,
de la más sana alegría
y los más bellos colores.

Bien me dice el corazón:
¿Doña Isabel de Borbón?
Eso es de lo que no engaña
en querer a la nación,
en amar a nuestra España.

A la que bien nesecita
que tóos por ella afanemos
y a levantarla ayudemos;
que es una cosa que enrita
el pensar cómo la vemos:

majá, mirando a sus hijos
cómo entre ellos se maltratan;
malrotan y desbaratan
la hacienda, se hacen canijos
y odios y vicios los matan.

¿Por qué siembran esas guerras,
esas furias y rencores?
¿Por qué no siembran amores,
como hacen en las sus tierras
nuestros charros labraores?

A esa gente de odio llena
y, según dicen, tan sabia,
güena falta le hace, güena,
vesitar Valdejimena
pa curarse de la rabia.

Aluego está la amargura
de que vas a un pueblo y ves
que no es ya ni su feitura
con la moda que precura
güelverlo tóo del revés.

¿Andi fueron las funciones
que los charros corazones
remataban en las eras,
bailándose las boleras
al tocar las oraciones?

Asín que me da coraje,
no lo puedo remediar,
al ver que hasta en mi lugar
no queda más que este traje
de charra que presentar.

Y gracias a las galanas
señoritas que hay aquí,
que se visten tan ufanas
como me véis ahora a mí.
Yo mozo a las sus ventanas

la mejor ronda echaría
y el mejor ramo pondría,
por el ejemplo que dan,
como hacen en mi alcairía
en la noche de San Juan.

Si casadas y solteras
toas fueran de este genial,
no habría tantas ventoleras,
hechas gallinas camperas,
sin poner en el nial.

Y ya que tanto he gozado
en veros he concluído
con lo que dejéis mandado.
A Santa Teresa pido
que os tenga siempre a su lado.

MARIANO ARENILLAS.





Una hija de los Condes de Monterrey

La Madre Inés Francisca de la Visitación, Religiosa Agustina de Salamanca.

(Continuación)

CAPITULO VI

Cómo el Señor la levantó al más alto grado de oración.—Mortificaciones y tenor de vida que siguió desde este tiempo.—Su extraordinaria devoción a la Pasión de N. S. Jesucristo y especiales favores que recibió.

En el camino de la perfección, dicen los místicos, el no ir adelante es volver atrás, y así, los que verdaderamente buscan a Dios en la oración y le aman con todo su corazón, con toda su alma y con todas sus fuerzas, como El quiere ser amado de sus criaturas, ponen en práctica esta máxima infalible. Por su parte, Dios nuestro Señor, como fidelísimo que es, ha prometido oír las oraciones de sus siervos y ayudar a los que verdaderamente le desean agradar en todo, purificando antes sus almas de la escoria de las imperfecciones, disponiéndolas de este modo para recibir sus ilustraciones y favores, hasta considerarlas dignas para celebrar con ellas los místicos desposorios.

Así sucedió con la M. Inés por este tiempo, como ella misma lo refiere a su confesor con estas palabras: "Tendría cerca de treinta años, con poca diferencia, cuando estando una noche durmiendo, me parece serían las dos de la mañana, oí que me llamaban, y al punto me acordé de cuando su Majestad llamó al profeta Samuel, y así respondí lo que este santo: *Loquere Domine, quia audit servus tuus*. Parecióme me dijeron que me levantase a orar, y no tenía licencia para ello; pero en la forma que pude levanté el corazón a nuestro Señor, deseosa de acertar a hacer su voluntad. Entendí quería el Señor de mí mayor

oración y penitencia. Dí cuenta a V. m., y de los deseos que tenía de algunos ejercicios particulares, y me concedió algunos. Desde este tiempo hallé gran novedad en mi interior, siendo muy continuas las penalidades y misericordias.,,

El tenor de vida que observó desde este tiempo fué en todo admirable. Pero a medida que crecían las misericordias, aumentaban las penalidades y trabajos, disponiéndolo así la divina Providencia, para de este modo aumentar los méritos y las coronas de la gran sierva de Dios. El infierno cada vez más rabioso la hacía cruel guerra, no dejándola descansar un momento con sus continuos asaltos y tentaciones, que se estrellaban ante la firmeza inquebrantable de la humilde religiosa. El único consuelo que la quedaba, dada su grande humildad, era que sus compañeras no entendiesen el motivo de sus sufrimientos, atribuyéndolo siempre a su natural enfermizo y a sus continuos achaques. De este modo procuró vivir siempre mortificada, no tan sólo en el exterior, sino que también en el interior, abrazada a la Cruz de Cristo. Para que en todo tuviese algo que padecer, cuando su espíritu quería desahogarse en algunos ejercicios piadosos y en mortificaciones corporales, como nada podía hacer sin el permiso de su confesor, por el voto de obediencia que le había prestado, éste, por quebrantar su voluntad y por darla mayores motivos de merecer, se los negaba de ordinario, concediéndola muy pocos, juntando de esta manera al mérito del sacrificio el de la obediencia. Cuando el Señor la favorecía con sus celestiales consuelos y regalos, aunque muchas veces no los podía resistir la humana flaqueza, ella procuraba ocultar estas gracias, con gran industria suya, alegando motivos de salud; y así pedía licencia a su Prelada para retirarse, cuando Dios nuestro Señor la favorecía en algún acto de comunidad, sirviéndose, con este pretexto, sin ser notada de nadie, de la debilidad de su cuerpo como de velo para encubrir los grandes favores y consolaciones que recibía su espíritu, siendo de este modo dos veces heroica, como lo dice la M. Feliciano de San Agustín, en lo que sentía y en lo que ocultaba.

Todos estos trabajos sirvieron a la M. Inés para ir preparando su corazón para los singulares favores con que el Señor la quería enriquecer. El deseo ardiente que siempre tuvo de imitar a nuestro divino Salvador en los trabajos de su dolorosa Pasión, crecía de día en día más y más, y al suave olor de los di-

vinos consuelos se inflamaba su corazón, no hallando mayor refrigerio que en la continua meditación de los dolores de su amado Jesús. Con este pensamiento suspiraba de día y de noche, y ansiosa de seguir todos sus pasos, quiso imitarle hasta en no desear vivir más de 33 años, y así le suplicaba la sacase cuanto antes de este mundo, si era ésta su divina voluntad.

No tardó el Señor en satisfacer los deseos de su sierva.

Tendría la M. Inés cerca de 33 años cuando recibió del cielo el singular favor que voy a referir con sus mismas palabras. "Por aquel tiempo, dice, comencé a sentir muy vivos dolores en pies, manos y costado, muy de ordinario, y con particularidad los viernes, desde el jueves en la noche. Confieso a V. m., que lo estimé por gran beneficio, porque me asusté mucho en los principios, temiendo alguna demostración exterior y con grandes veras comencé a clamar a nuestro Señor, para que no me lo permitiese. Compadecióse su misericordia de mi flaqueza, y aseguróme que por ella me lo cedería así, y que este bien sería sólo para consuelo de mi alma y cumplirme los deseos de imitar sus dolores. Es cierto que las más de las veces me parecía imposible el sufrirlos en silencio y acudir a las obligaciones; pero, en fin, hasta ahora, siendo muy frecuentes, he podido, y tengo confianza de que, continuando sus misericordias, ha de ser de manera que también se continúe lo que yo estimo por una de las mayores, que es, que todos los trabajos, beneficios y ejercicios míos, sólo sean entre su Majestad, V. m., y yo, y que para esto ha de obrar milagros, como yo he experimentado no pocos, por su infinita bondad." Causó este favor en su alma nuevos afectos de agradecimiento, de admiración y de alabanzas, enriqueciendo de nuevo su corazón con todo género de virtudes y de gracias, dejándola al mismo tiempo tan humillada, considerándose indigna de tan extraordinarios favores, que se llenó de temor y de sobresalto, al pensar que la podía venir algún aplauso, siendo como en realidad lo eran, visibles las llagas. Temiendo que se pudiera traslucir algo, pidió al Señor que no lo permitiera, como hemos visto, y Dios nuestro Señor accedió a las continuas súplicas de su sierva, y con haberla durado este beneficio hasta el fin de su vida, no fué notado por ninguna de las religiosas, como dice la M. Angela M.^a de San Joaquín, si bien es cierto que muchas de sus compañeras advirtieron en ella el sumo cui-

dado que siempre tuvo de llevar las mangas bien largas hasta cubrirse las extremidades de los dedos.

A este favor se siguieron otros muchos, que no puedo menos de referir, para que el lector se forme una idea bastante acabada, en cuanto es posible, de la santidad de la M. Inés. "Una vez acababa de comulgar, dice ella, y me trajo el Señor a la memoria lo mucho que padeció, cuando en su santísima Pasión, para clavar el segundo brazo en la cruz, le tiraron los sayones con tan extraordinaria fuerza. Apenas se fijó esto en mi corazón cuando permitió que yo sintiese alguna parte de este dolor, y me tiraron del brazo de suerte que pareció me le habían desencajado y caí en tierra, pero con silencio y consuelo grande. Padecí mucho en esta ocasión."

"Otra vez me pareció que su Majestad tenía dos coronas en sus manos santísimas y que me daba a escoger, cuál quería en esta vida. Yo, reconociendo mi indignidad, aunque mi corazón se aplicó a la de espinas, por ser semejante a la del Señor, no me atrevía a nada, más que a confundirme y dejarme en su voluntad; esta fué de ponerme la de espinas, con gran consuelo de mi alma, pero con tan vivo dolor de cabeza, que no lo podía sufrir, y me duró este dolor, sin alivio ninguno, muchos días, pero con muy gran presencia mía. Yo veía una espina atravesada por la parte de la ceja izquierda, que me causaba gran fatiga, y sentía que me corría mucha sangre, y me causó gran flaqueza. Pero siendo la penalidad exterior grande, no hubo demostración, por la misericordia de Dios."

A pesar de lo que dice la sierva de Dios de que no hubo manifestación de este favor, no obstante, notaron algo las religiosas, como lo refiere la M. Angela M.^a de San Joaquín, contemporánea de la M. Inés. He aquí sus palabras: "A nuestra M. Inés la veíamos muchas veces con un ojo muy encarnizado y la ceja muy hinchada y que andaba en Comunidad sin hacerse ningún remedio, y nos causaba lástima porque ignorábamos la causa de los favores que el Señor la hacía, y que la había enriquecido con una de sus espinas, como a otra Santa Rita de Casia. Si la llegábamos a preguntar si la dolía mucho el ojo, contestaba que un poquito, pero que era mejor no hacerse nada y que no la quitaba la vista, antes bien se la conservó siempre el Señor muy perspicaz."

Fueron tantos los favores y las gracias de esta índole que el

Señor la dispensó, como ella misma lo refiere a su confesor, que me haría interminable si los fuera a relatar todos. Para terminar este capítulo voy a manifestar, con sus mismas palabras, otro favor singular que recibió de su amado Esposo.

“El día de Jueves Santo, en las tinieblas, me comenzaron los dolores que suelo tener en pies, manos y costado, con bastante viveza, y asimismo en la cabeza, pasando en el exterior gran penalidad, pero conservando el interior recogido y atento a las penas del Señor. Gasté toda la noche en los ejercicios penales, que tenía orden, y anduve los pasos del Vía-Crucis con gran trabajo, por los dolores dichos, y porque me hizo nuestro Señor la merced de cargar sobre mis hombros una pesada cruz. Sentíala y veíala yo, pero no me parece la viese nadie, aunque me encontraran. Duróme todo el tiempo que este ejercicio, que serían dos horas, porque no me podía menear, y así tardé mucho, pero con gran consuelo mío. Acabado el ejercicio, le pedí a nuestro Señor que para poder acudir a lo que debía, si era servido en ello, me aliviase aquel peso, y sentía me lo quitaban, y ví delante de mí una cruz grande, tosca y sin labrar y en ella crucificado el Señor. Temí no fuese engaño del demonio y rehusaba adorarle; pero por los efectos de amor y reverencia que causaba en mi alma, conocí era imagen suya y como tal la adoré con todo mi corazón, deseando fijarla en él. Concedíomelo su Majestad; pero como era tan grande, hallé embarazo. Quitómele su Majestad con darme a entender que su poder ha hecho a la fragilidad y pequeñez de nuestro humano corazón capaz de un Dios tan grande y para recibir sus beneficios; hízomele de que recibiese éste el mío, y así ví fijar en él su santísima imagen, pudiéndome gloriarse con San Pablo en la Cruz de mi Señor.”

Acongojada y afligida un día de lo mucho que hicieron padecer al Señor los pérfidos judíos en los días de su Pasión, y de las ingraticudes que recibe de parte de muchos cristianos por el beneficio de la Redención, temiendo que la suya fuera causa de que fuese tan ofendido de los hombres oyó estas palabras: “*Aliéntate, Inés, que en tu corazón descanso.*”

No creo sea necesario hacer ningún comentario teniendo ante la vista hechos tan extraordinarios, y el piadoso lector convendrá conmigo en que la M. Inés Francisca de la Visitación fué una gran sierva de Dios, una enamorada de nuestro Señor Jesucristo, y este crucificado, pudiendo exclamar muy bien con



La V. M. Inés Francisca de la Visitación, Religiosa Agustina del Convento de la Purísima Concepción de Salamanca (21 de Enero de 1640-† 2 de Septiembre de 1715)

el Apóstol: "Vivo yo, mas no yo, sino Cristo es el que vive en mí, que se entregó a sí mismo por mí."

CAPITULO VII

Es elegida Priora por primera vez.—Cómo cumplió con este cargo.—Caridad y mansedumbre con el prójimo.—Virtudes que ejercitó durante su Prelacia.—Trabajos y tentaciones que sufrió.—Su grande humildad.

Entre consuelos y trabajos vivió la M. Inés hasta el año 1682, en que vemos es elegida por vez primera Priora del convento, el día 3 de Marzo, cuando contaba 42 años. Sus excepcionales dotes naturales, y más que todo sus extraordinarias virtudes, movieron a las religiosas para elegir a la M. Inés por Madre y Prelada de aquella floreciente Comunidad, dejándolo todo en manos de su gran prudencia y de sus no comunes dotes de gobierno. La que siendo súbdita cumplió tan exactamente con sus obligaciones religiosas, colocada en el alto puesto de la prelación demostró con el ejemplo que para todo la dotó el cielo de singulares prendas, aunque en ella parecían como naturales. Así, a su gran celo y ardiente caridad para con el prójimo, juntaba un trato sumamente afable y una santa condescendencia; a una mansedumbre admirable unía una gran fortaleza de ánimo, para no permitir la menor falta en contra de la observancia regular, y una sabia circunspección con que atendía a todas las necesidades del convento; y a una prudencia extraordinaria solía juntar una gran penetración de los espíritus, que era la admiración de todas las religiosas y de cuantas personas la trataban.

Tales fueron las virtudes con que la M. Inés entró a gobernar aquella observante Comunidad, donde tan viva estaba la memoria de sus antecesoras las MM. Fundadoras. No es de extrañar que aquellas religiosas la eligieran cinco veces para Priora, desempeñando en algunos intermedios los cargos de Tornera y de Sacristana, como veremos más adelante. La virtud en que más sobresalió la sierva de Dios, durante su Priorato, fué en la caridad para con sus súbditas, junto con una mansedumbre y condescendencia tales, que se hacía amar y respetar al mismo tiempo de todas, y cuando tenía que mandar alguna cosa, dice la M. Angela M.^a de San Joaquín, solía hacerlo con estas palabras: "Hermanita, hágame la caridad de hacer

esto o aquello,,; y de este modo, dice la referida Madre, todas la obedecíamos con gusto.

Como quiera que la Prelada ha de ser como un espejo donde se miren las religiosas, procuraba la M. Inés exhortar a todas con el ejemplo a la fiel observancia de la Regla y de las Constituciones, de lo cual fué siempre celosísima, siendo la primera en todo, particularmente en la asistencia a los actos de comunidad, y a pesar de su quebrantada salud, observaba todos los ayunos y demás asperezas del riguroso instituto de la recolección.

Fué siempre tan dócil y obediente, aun siendo Priora, que en una ocasión, yendo a maitines, se puso enferma, y reparando en ella una religiosa lega, díjola que se fuese a recoger a su habitación, y la humilde Prelada obedeció prontamente con un ademán de sentimiento por no poder asistir a coro, y al mismo tiempo de gratitud hacia la Hermana que se lo mandaba. Durante toda su vida conservó esta inclinación de someter su voluntad a la de los demás, cosa que en ella parecía connatural, y como fiel imitadora de Sta. Teresa de Jesús, de quien siempre fué muy devota, procuró crecer en esta admirable virtud, haciéndose a todas para ganarlas a todas.

Era tan complaciente y amiga de condescender con los gustos e inclinaciones de los demás, en todo aquello que no se opusiera a la observancia regular, que no había ocasión en que no ejercitase estas virtudes, contrariando siempre su propia voluntad. Refieren algunas religiosas que convivieron con ella, que si iba a la huerta acompañada de alguna religiosa y veía alguna flor que la agradaba, al ir a coger lo suspendía, si es que notaba en alguna de sus compañeras el mismo afecto; así era en todo lo demás. Dotada de una gran paciencia, sufría con santa resignación las impertinencias de sus súbditas, mostrándose siempre a todas con un semblante de inalterable afabilidad. En quince años largos que desempeñó el cargo de Priora, dice la Madre Manuela Feliciano de San Agustín, jamás se la notó la menor desazón y queja, ni en sus palabras, ni en su exterior, por muchas y grandes que fuesen las molestias y contrariedades propias del oficio, y por graves y continuas que fuesen las tribulaciones y enfermedades, que fueron muchas. Una de las muchas veces que estuvo enferma, la llevaron unos huevos cocidos que estaban malos, y se puso a comerlos muy despacio sin

decir una palabra; por el mal olor que despedían conoció la religiosa enfermera lo que pasaba y se los quiso quitar de las manos con gran pesadumbre; entonces la dijo la M. Inés, con inalterable paz y sosiego, que no importaba nada. Lo mismo hacía cuando la presentaban la comida mal condimentada, diciendo que estaba muy buena, y cuando la daban alguna prenda de vestir, no se fijaba si estaba estrecha o floja, pareciéndola que todo estaba bien, tratándose de ella; y si la llegaba a faltar alguna cosa no se inquietaba, ni daba muestras o señales de apetecer nada, aunque estuviese necesitada. Al ejercicio constante de estas virtudes, tan necesarias para la perfección religiosa, exhortaba siempre que podía a todas sus hijas, persuadiéndolas con eficaces razones, y mayormente con el ejemplo, como acabamos de ver, a que padeciesen algún trabajo y mortificación en esta vida, y a que se sufriesen y perdonasen las unas a las otras, por amor de Dios. "Hermanitas, las decía, la que no quiera sufrir un poco en esta vida, tendrá que sufrir mucho en la otra"; añadiendo a continuación que para hacer penitencia no era menester muchas cadenas y cilicios, que la más oportuna y menos expuesta era la de sufrirse las unas a las otras.

Tenía un corazón tan tierno y tan grande la Sierva de Dios, que en él tenían cabida todas sus hijas; así, alegrábase en sus goces y alegrías y entristecíase y compadecíase de sus penas y sufrimientos, y de este modo se hizo naturalmente amable y amada de todas; y aunque Dios nuestro Señor permitía a veces que fuese mal correspondida por tanta amabilidad, nunca notaron en ella la menor muestra de queja o resentimiento.

La caridad para con el prójimo no se redujo a solas palabras y afectos compasivos, sino que también a obras muy excelentes. Por esto socorría con la mayor prontitud y liberalidad las necesidades grandes y pequeñas de las religiosas, pareciéndola todo poco para sus queridas hijas, y esto a pesar de la estrechez del instituto. Muchas veces llegaban muy alcanzados los recursos del Patronato, y ella misma procuraba pedir alguna limosna a sus parientes, no para sí, sino para las religiosas, contentándose ella con lo más vil y despreciado del convento, siendo sus vestidos los más viejos y su mayor regalo el ayuno, casi continuo, de suerte que la que consigo era tan cruel, con el prójimo era sumamente liberal y compasiva.

Premiolla el Señor estos oficios de excelente caridad para con

el prójimo, cencediéndola otros dones y virtudes muy necesarias para cumplir debidamente con el delicado cargo que desempeñaba, siendo estas una gran prudencia y fortaleza, junto con una admirable penetración de los corazones y una sabia circunspección e inteligencia no comunes.

Con estos carismas y gracias celestiales gobernaba la Madre Inés aquella venerable Comunidad, anticipándose muchas veces a las necesidades, así espirituales como materiales, de sus súbitas, remediando de este modo los males del cuerpo y del espíritu y aliviando las penas y congojas de sus religiosas, siendo en esto dos veces liberal en lo que daba y en lo que recibía. A las religiosas que veía o notaba que se hallaban oprimidas por algún escrúpulo o con la conciencia dudosa, que las impedía el ejercicio de la virtud, o las acobardaba para acercarse a los Sacramentos, sin haber dicho una palabra a la sierva de Dios, las llamaba, y leyendo como en un libro en su interior, a unas las decía: "Hermana, vaya a comulgar, que todo eso es sugestión del enemigo para que no se acerque a comulgar." A otras solía decir: "Hermanas: absténganse de tal o cual falta." A las que veía turbadas con trabajos interiores, tentaciones o sequedades de espíritu, las consolaba y alentaba con sabios consejos, y si tenían en ello alguna culpa las reprendía con mucha amabilidad y dulzura. A una novicia que se hallaba interiormente afligida con el pensamiento de que no podía profesar, a causa de una penosa y larga enfermedad que padecía, no sólo la consoló, prediciéndola que pronto había de sanar de la enfermedad, sino diciéndola que profesaría, indicándola el día y algunas de las circunstancias, como así sucedió.

A esta misma religiosa reprendió en una ocasión, con el objeto de que no pusiese en práctica un pensamiento que se la había ocurrido. Iba esta religiosa al refectorio con intención de no comer, sin haber dicho una palabra a nadie, y al ir a recibir la bendición de la Prelada (la M. Inés), ésta la dijo: "¿Por qué no quiere comer? Vaya y coma de todo."

Otra novicia que se hallaba con grandes desfallecimientos del estómago y al mismo tiempo se acordaba mucho de las comodidades y regalos que dejó en casa de sus padres, no estando acostumbrada, por otra parte, a estar mucho tiempo en ayunas, comenzó a entristecerse con estos pensamientos. Un día la llamó la M. Inés desde su celda, y penetrando su interior, para

consolarla la dijo: "Hermanita, vaya a la M. Provisora y dígala de mi parte que la dé algo de comer, y no deje de estar alegre en la casa del Señor." Quedó admirada la novicia viendo cómo la M. Priora había penetrado y comprendido sus pensamientos, y con aquellas palabras tan dulces que la dijo, confiesa ella misma, quedó de tal modo instruída y fortalecida interiormente en su vocación, que perseveró firme en ella hasta la muerte, llegando a ser una religiosa muy observante.

Un día al salir de maitines dijo a una religiosa: "Hermana, mañana quédese en la cama un poco más de lo ordinario." Causó grande admiración aquella advertencia, no sólo a la interesada, sino que también a las demás religiosas, que no comprendían el motivo de aquella particularidad. No fué inoportuna aquella advertencia de la M. Inés, pues al día siguiente la mencionada religiosa enfermó, y por más diligencias que hizo para asistir a los actos de comunidad, no la fué posible.

Me haría interminable si fuera a relatar otros muchos casos semejantes a los referidos. Bastan los dichos para poder formarnos una idea de las grandes virtudes y dones con que la enriqueció Dios nuestro Señor.

La que fué tan amable y caritativa con los sanos y menos necesitados, no podía ser menos con los enfermos. Todo la parecía poco para las religiosas enfermas; no había regalo y consuelo, pequeño o grande, que no las proporcionase, según sus recursos. Sentía las penalidades y sufrimientos ajenos más que los propios, y cuando comprendía que los remedios temporales no eran suficientes para la salud de sus enfermas, como verdadera y cariñosa madre recurría al cielo por medio de la oración para conseguirla de Dios nuestro Señor, y casi siempre solían experimentar algún alivio o sanaban por completo, por los ruegos de la gran sierva de Dios. Por librarse del aplauso, que en estos casos y en otros semejantes se la podía seguir, ideaba su grande humildad, siempre industriosa, algunas excusas, atribuyéndolo todo a la intercesión de los Santos, cuyas reliquias solía aplicar a las enfermas, o ya también a las oraciones de las religiosas, a quienes, siempre que había alguna enferma, suplicaba pidiesen por ella. En comprobación de lo dicho voy a referir un hecho que ocurrió siendo Priora la M. Inés. Padecía una novicia accidentes de corazón tan fuertes, que no podía volver en sí en mucho tiempo, aun después de aplicarla todos los medica-

mentos para el caso. En vista de que no había remedios humanos para conseguir la salud de la enferma, recurrió la M. Inés a los divinos, y para que no la siguiese de ello la menor gloria, dijo a una hermana lega que estaba para morir, que en viéndose en la presencia del Señor le pidiese que quitase aquellos accidentes a la novicia. Dijo la moribunda que así lo haría, y habiendo fallecido dicha religiosa, desde entonces se vió la enferma completamente libre de aquel mal, y jamás la volvió a repetir en los muchos años que vivió.

La caridad no ha de ejercitarse tan sólo con los deudos y amigos, pues como dice nuestro Señor Jesucristo, esto lo hacen también los gentiles y publicanos, sino que debe extenderse a los mismos enemigos, para cumplir el consejo del divino Salvador que dijo: "Amad a vuestros enemigos y haced bien a los que os aborrezcan, y orad por los que os calumnian y persiguen." En efecto: el fuego de la caridad no se extinguió jamás en el corazón de la M. Inés, aun viéndose rodeada de las aguas amargas de las persecuciones y trabajos, dentro y fuera del claustro, antes por el contrario, siempre fué en aumento el fuego ardiente de aquella virtud. Es inexplicable lo mucho que padeció siendo Priora, y con todo eso, ¡cuán resignada estuvo siempre con la voluntad divina, aun en medio de grandes trabajos y tribulaciones!

Tenía la Comunidad algunas cuentas atrasadas cuando fué elegida Priora la M. Inés, y no era fácil arreglarlas en un día. Permitió el Señor, sin duda para probar a su sierva, que esta falta permaneciese oculta algunos años hasta que fué nombrada ella Priora. Este retraso llegó bien pronto a conocimiento del Patronato y del Sr. Obispo, y ambos cargaron la responsabilidad sobre la M. Inés, "cuyo descuido, decían, junto con una insoportable dominación y soberbia de hacerse dueña de la casa, a título de hija del Fundador, era la causa de la ruina espiritual y temporal de la Comunidad." Oyó estos improperios la sierva de Dios con indecible paciencia, sin alegar razón ninguna en su propia defensa, dejando la demostración de su inocencia en manos de Dios. Con esta manera de proceder, sin abrir su boca para defenderse de las falsas acusaciones, aumentaron las sospechas y crecieron los odios y las persecuciones. Pero la venerable Prelada, sobreponiéndose a todas aquellas miserias, se supo mantener siempre tranquila, sin perder aquella serenidad

de ánimo y aquella mansedumbre tan peculiares en la M. Inés, que jamás se la oyó palabra alguna de queja o de disgusto, antes por el contrario se alegraba en las persecuciones y en los trabajos, y no contenta con disculpar a los que la perseguían, se deshacía en alabanzas de sus mayores enemigos.

No agradaba mucho que digamos este modo de proceder a las mismas religiosas, y no faltó entre ellas quien la motejara de cobarde e insensata, por no salir a la defensa en un asunto en el que la verdad y la justicia lo pedían, sufriendo por esta causa una cruel guerra por parte de sus mismas hermanas. Todo esto lo permitió el Señor para acrecentar los méritos de su sierva y para hacer resaltar más y más su inocencia, como así sucedió.

Lo hemos dicho y lo repetimos, fueron muchos los trabajos que tuvo que padecer; pero siempre supo vencerse y dominarse; haciéndose en cierto modo insensible a todos ellos, y por esto sin duda, y más que nada por su mansedumbre, la llamaban *la cordera*, y este nombre la cuadraba perfectamente.

La que no desplegaba sus labios en propia defensa, cuando se trataba de algún asunto relacionado con la honra de Dios y de la Religión, o de la observancia regular, no pasaba por nada, desplegando todas sus facultades en defensa de la verdad y de la justicia. Estas dos virtudes de la mansedumbre y de la fortaleza las supo hermanar tan admirablemente la sierva de Dios, que obligó a decir en cierta ocasión al Cardenal Salazar, Obispo de Salamanca y su confesor por bastante tiempo: "*La Madre Inés ni se enoja ni cede*".

No hubo virtud en que no se ejercitase y en que no procurase sobresaliesen todas sus hijas, animándolas con sabios y saludables consejos y de una manera especial con el ejemplo. Después de su ardiente caridad para con el prójimo, sin excluir a los enemigos, y cuyas llamas se inflamaban más y más en los trabajos y persecuciones, como acabamos de ver, la virtud de que más se preciaba la M. Inés, y que ejercitó de un modo admirable durante su Prelacia, fué la virtud de la humildad, de la cual ya hemos dicho algo en los capítulos anteriores. Llegó a tal grado el deseo que tenía de vivir oculta y apartada de los hombres y del mundo, que no contenta con que su nombre fuese ignorado y desconocido de todos, quería también lo fuese su Comunidad, por la gloria que de ello podría seguírsele, por tan-

tos títulos como tenía para ello. Por eso, sin duda alguna, no la gustaba, y si podía lo impedía, el que nadie escribiese nada de las religiosas, que por su vida ejemplar lo merecían; y si bien es cierto que ella nos ha dejado escrita parte de su vida, fué porque se lo mandaron sus confesores en virtud de santa obediencia, como veremos más adelante. Solía decir muchas veces a las religiosas: "Hermanas, a las que nos hemos retirado voluntariamente del mundo, no nos está bien volver a él, ni aun con el pretexto de servir de edificación, para cuyo fin sobran medios a los que quisiesen aprovechar. Contentémonos con que nuestros nombres se escriban en el libro de la vida, que es a lo que debemos aspirar,,.

No puedo menos de transcribir el siguiente relato que pone de manifiesto la grande humildad de la M. Inés. En cierta ocasión, siendo Priora, la visitó un religioso grave y docto, General de la Orden, y notando en la conversación y en el trato las singulares dotes de que estaba adornada la gran sierva de Dios, exclamó admirado: *¡Dichosa Comunidad, que tal Priora se merece!* Esta expresión, proferida espontáneamente por un hombre tan sabio y prudente, y que no trataba de adular a nadie, causó tal sentimiento en la M. Inés, que la dejó sumida en el más profundo abismo de su propio conocimiento, y llena de una santa confusión, se fué al coro y puesta en la presencia del Señor, se quejó amargamente y le dijo: "¿Cómo permitís que se engañen conmigo?," A estas humildes y amorosas quejas respondió el Señor con estas palabras, que refiere ella misma: "Parecióme me consolaba y decía: *Pues hija, ¿a tí que te va en eso? ¿No es la gloria mía?* Reconocí ser así, continúa la sierva de Dios, y me sirvió de consuelo y conocimiento de cuán ajeno es de nosotros ningún bien, y esto procuro tener presente, siempre y cuando se ofrecen ocasiones de éstas, que hay algunas; y aunque naturalmente me encoge, me alegra por otra parte el que den alabanzas a nuestro Señor por un tan ruin instrumento,,.



Santo Cristo del Papelón, de quien tantos favores y mercedes recibió la V. M. Inés Francisca, como ella misma lo refiere en su vida.--MM. Agustinas

CAPÍTULO VIII

La mandan sus confesores escribir los favores que recibía del Señor.— Aprobación de sus escritos.—La devoción a Santa Teresa de Jesús y y compenetración de su espíritu con el de la Santa Reformadora del Carmelo.—Oficio de Sacristana mayor y su gran celo por el culto divino.—Es elegida segunda vez Priora y Confirmada en el cargo por otro trienio.—Grandes trabajos que tuvo que sufrir.

La grande humildad de la M. Inés, como habrá podido observar el lector, se afanaba porque los muchos y singulares favores que recibía del cielo quedasen ocultos y no se manifestaran al exterior, y así vemos que siempre se lo pedía al Señor en sus oraciones. Mas llegó un tiempo en que Dios Nuestro Señor quiso dar a conocer, a pocas personas por cierto, las gracias que recibía su sierva, para gloria suya, y para este fin movió los corazones de sus confesores que la mandaron referir por escrito los principales rasgos de su admirable vida desde sus primeros años. En un principio se resistió a ponerlo en práctica; pero reconociendo que era voluntad de Dios, obedeció venciendo la gran repugnancia que tenía para ello, sin duda alguna por su extraordinaria humildad.

Veamos cómo nos lo refiere ella misma: "Hace algunos años, dice, que mi confesor me mandó escribiese todo lo que se me fuese ofreciendo, y de lo pasado desde mis primeros años. Yo días antes había tenido movimientos interiores para hacerlo, entendiendo era voluntad de Nuestro Señor, y desechándolo como tentación pasé negándome siempre sin decir nada. Al fin, cuando me lo mandó (el confesor) se lo dije, y aun con toda esa prevención me resistí a obedecer no pocas veces. No desistió nunca, antes tenía gran cuidado en que continuase en este ejercicio, y que me pediría estrecha cuenta si faltaba a él. Nunca me dió más razones de que lo quería así. Más tarde reconocí fué su intento poder comunicarlo y lo logró con gran consuelo suyo y mío, con la ocasión de traer aquí al Sr. Obispo y ser mi Prelado, y con la comodidad de estar yo en el oficio (era Priora por entonces), por la caridad de su Ilustrísima. Sin apartarse del confesor, gustó siempre S. I. de que le diese cuenta de todo lo que se fuese ofreciendo, como lo he hecho, y después de ser de tanta estima y consuelo, al mismo tiempo que de confusión para

mí, fué grande providencia de Nuestro Señor, por la enfermedad tan penosa que envió a mi confesor, que le duró más de año y medio, hasta que por fin murió„.

Con la muerte de su confesor quedó transida de dolor y pena, por lo mucho que estimaba su trato, “que era verdaderamente muy para llevarnos a Dios„.

Resignada quedó con la voluntad de Dios la M. Inés, y bien pronto fueron colmados sus deseos con creces, tomando su dirección espiritual el Ilmo. Sr. Obispo, que tanto estimaba a la humilde religiosa, de quien tenía formado un concepto muy elevado por sus grandes virtudes. Cuan agradecida quedó por este favor singular, nos lo manifiesta ella misma cuando dice: “Grande era la caridad con que su Ilma. cuidaba de mi alma, asistiéndome en los mayores aprietos, sin desdeñarse de confesar a una pobre monja, y en cuatro años que ha que me hace nuestro Señor esta merced, puedo decir que no me he visto a sus pies jamás, que no me considerase a los pies de Cristo nuestro Señor, con notable confusión y reconocimiento. Esto sólo su Majestad pudo haberlo dispuesto„.

El Sr. Obispo, una vez que tomó la dirección de la sierva de Dios, la prohibió que continuase escribiendo, lo cual causó gran confusión a la M. Inés, como lo manifestó más tarde con estas palabras: “Después que faltó mi confesor, me mandó su Ilustrísima que no escribiese; heme sentido movida a representarle ser gusto de nuestro Señor lo haga algunas veces, que para gloria suya conviene la memoria de los beneficios recibidos; en particular un día, estando en prima, acertando a levantar los ojos a una imagen de nuestro Señor, me dijo: *Hija, escribe para gloria de mi Hijo*. Yo procuré recogerme en mi interior, y temiendo no fuese aquello alguna ilusión, entendí estas otras palabras: *Los beneficios que hago a mis escogidos deben cantarse eternamente, y de sus flaquezas se me sigue grande gloria*. Parecióme era esto voluntad de Dios que escribiese enteramente sus misericordias y mis miserias. Al fin me volví a su Majestad, y le dije, como su voluntad se me había de manifestar por la de mi Prelado y confesor, en cuyas manos está mi alma. Fuéme respondiendo: *Yo le moveré*„.

En efecto: poco tiempo después la mandó que le diera cuenta por escrito de todos los favores y gracias que recibiera del Señor, en lo cual se ve que fué movido a ello por Dios nuestro

Señor, como se lo prometió a su sierva. Lo mismo la aconsejaron otros directores y confesores que tuvo más tarde.

He leído varias veces las relaciones que la M. Inés hace a sus confesores, que vienen a constituir su vida interior, aunque algo incompleta, y cada vez me convenzo más de la santidad de la sierva de Dios, y sobre todo de su grande humildad y admirable paciencia. Es una verdadera lástima que no estén completas y que no comenzara a escribirlas desde sus primeros años. El lector podrá juzgar y formarse una idea, aunque algo sucinta, de las virtudes y elevación de espíritu de la M. Inés, por los párrafos que he trasladado íntegros en este trabajo, quedándome con grandes deseos de transcribir alguno más, y no lo he hecho por no hacer demasiado extensa esta biografía.

Por si acaso mi pobre juicio y opinión, respecto del particular, no mereciera crédito por parte de mis lectores, voy a publicar algunos párrafos de varias cartas que dirigieron a la M. Inés hombres sabios y prudentes, algunos de ellos sus confesores, a quienes la sierva de Dios enviaba sus relaciones. El P. Fr. Cipriano de Jesús María, carmelita, la dice lo siguiente: "R. M. Priora: He leído los papeles adjuntos y me parece debe V. R. vivir con gran recelo, porque los favores que en ellos se expresan son recibo y cargo, en que atendiendo a la data y ejercicios de V. R., es alcanzada en gran suma. Por esto juzgo es obligación de V. R. vivir en confusión propia y humildad...—Prosiga V. R. en escribir lo que le fuese sucediendo, y cada vez más agradecida a su Majestad, que me guarde a V. R. como deseo".

El R. P. Fr. Antonio de San Juan Bautista. "Mi M. Priora: He obedecido a V. R. en leer estos papeles, que por orden de la obediencia ha escrito para más fácilmente dar cuenta de su alma a su confesor. No hallo en cosa de reparo alguno. Ordeno a V. R. continúe en apuntar lo particular que se le fuese ofreciendo, para que se conozca más la grandeza de Dios y su bondad, y la miseria de V. R., y que me encomiende mucho a su Majestad, a quien yo suplico la perfeccione y la haga totalmente a su gusto, como su Majestad quiere a sus Esposas".

El P. Fr. Gabriel de Santa Teresa dice: "He leído el contenido de estos papeles, y no encontrando que se oponga a la Sagrada Escritura, al espíritu de la Iglesia y a la doctrina de los Santos Padres, que son los oráculos y reglas firmísimas de nues-

tra santa fe, digo que me conformo con los pareceres y dictámenes aquí puestos, siendo como son de hombres tan doctos y píos y experimentados en materia de espíritu.,,

El R. P. Fr. León de la Madre de Dios la dice: Mi M. Inés: He leído a nuestro P. Fr. Manuel los papeles en que por mandado de los confesores hace V. R. un resumen de su vida. Nuestro Padre Fr. Manuel no ha encontrado cosa que recelar. No tiene que temer V. R. que es engañada del demonio, sino tenerse por muy favorecida del Señor, y no tan correspondiente y agradecida, como piden sus beneficios.,,

Finalmente, el Ilmo. Sr. D. Fr. Pedro de Salazar, Obispo de Salamanca, y más tarde Cardenal de la S. I. R., dirigió a la Madre Inés la siguiente carta que transcribo íntegra: "Hija: He visto estos papeles y en ellos no hallo cosa en que reparar, ni materia que pueda ocasionar recelo alguno. Lo que encargo a V. R. es que viva siempre en temor santo y en amor fervoroso y en agradecimiento continuo, y que procure amar más y más y andar delante de Dios con la mayor rectitud posible, y dando cuenta de todo a su confesor, como hasta aquí. No excuse el dármele también a mí de lo que de nuevo sobreviniere, siendo cosa particular o notable. Remito con mi Mayordomo los papeles y aún mando que me encomiende con muchas veras a Dios nuestro Señor.

Su Majestad me guarde V. R. y me haga santa, como le suplico.

B. L. M. de V. R. su siervo que más la estima.

Fr. Pedro, Obispo de Salamanca.,,

Tal es la opinión que en vida tuvieron de la M. Inés hombres tan doctos y prudentes como los citados, y el juicio que se formaron de sus escritos, todos ellos saturados del perfume de las más esclarecidas virtudes.

Cuando por vez primera llegaron a mis manos los escritos de la sierva de Dios, me pareció estar leyendo la vida de Santa Teresa de Jesús escrita por ella misma, y a medida que me iba empapando en su lectura, más alto era el concepto que me formaba del espíritu y grandes virtudes de la M. Inés, notando una semejanza muy grande, ya por la sencillez y riqueza de sus escritos, ya por los trabajos y persecuciones, ya por las dotes de

gobierno y favores del cielo, con la Santa Reformadora del Carmelo.

No me atrevería yo a establecer esta semejanza y a hacer tales afirmaciones, si la misma sierva de Dios no lo manifestara repetidas veces en sus papeles y lo dijieran antes que yo hombres doctos y virtuosos de su tiempo. Creo no me engaño al afirmar que el espíritu de la M. Inés estaba compenetrado con el de la Santa y Mística Doctora. He podido observar que siempre, desde sus más tiernos años, profesó la M. Inés una devoción especial a la Santa, por cuya intercesión consiguió del cielo grandes favores, tanto en las enfermedades y trabajos que padeció, como en las grandes tentaciones y sequedades de espíritu.

Veamos algunos relatos que hace la sierva de Dios, que transcribo con sus mismas palabras. "Víspera de Sta. Teresa, dice, sentí que el demonio me había clavado un clavo en la cabeza y ví a esta gloriosa Santa que me hizo sobre ella la señal de la cruz, diciéndome: *Hija, Dios te haga fuerte*. Con lo cual, aunque no tuve alivio exterior, en el interior fué muy grande el consuelo." En otro lugar dice: "Habiendo padecido muchos días un gran dolor, ocasionado por un golpe que me dió el demonio en un brazo, y teniéndole muy hinchado, acertó a entrar el Padre Rector a confesar a otra religiosa que gobernaba y estaba enferma; antes de irse gustó de verme y mandó me llamasen. Mostróme una reliquia de la Santa Madre Teresa, y yo con disimulación procuré tocármela, y luego sentí mejoría y se me quitó el dolor del todo." Otra vez, estando enferma de unas malignas calenturas, que la tuvieron postrada bastantes días con grandes deseos de padecer, la trajeron una reliquia de la Santa, que la mandaron las MM. Carmelitas, "y al punto, dice ella, que entró en la celda y me la acercaron, me pareció ví dentro del viril a la misma Santa, que asegurándome de mis temores, me dijo estas palabras: *Unus spiritus et una fides habitabunt in nobis*." Consoláronme mucho estas palabras, y me alenté tanto, que se minoraron las calenturas. Esto fué un viernes, y el sábado ya estuve mejor. El domingo me dieron a nuestro Señor, y al tiempo de traerle y ponerle el sacerdote en el altar se me presentaron N. P. San Agustín y la Santa M. Teresa, entrambos con sus corazones en las manos y como ofreciéndolos a Su Majestad, y de ellos salían llamas de fuego y unas influencias que se fijaban en el corazón de un Prelado superior, que allí se

me mostró, y entendí estas palabras: *Este mi siervo es todo mío. Causóme esto gran consuelo.*„

Entre todos los favores que recibió del cielo la M. Inés, merece especial mención uno singularísimo, que pone de manifiesto la compenetración del espíritu de la Sierva de Dios con el de la Santa Carmelitana. Las grandes ansias de padecer por su Amado iban cada día en aumento, viéndose por este motivo constantemente perseguida por el demonio que la hacía padecer grandes dolores y martirios en la parte exterior. Uno de estos días, cuando más afligida se encontraba por los malos tratos que la daba el común enemigo de las almas, “parecióme, dice ella, experimentar aquella misericordia tan grande, que refiere la Santa M. Teresa le sucedió de traspasarla un ángel el corazón con un dardo. Con harta vergüenza digo esto; pero confundiéndome obedezco, y procuro tener la claridad que debo en decir todo lo que por mí pasa; y si en ello juzga V. m. hay engaño, deseo salir de él, aunque me costara la vida, y así, V. m. lo mire y me consuele de cualquier yerro que yo pudiera enmendar.” En vista de todo esto, ¿quién no ve la gran semejanza de estos dos corazones enamorados de Cristo, que en el padecer y en el amar nunca dijeron basta? Verdaderamente podemos repetir aquellas palabras que la dijo la Santa: *Unus spiritus et una fides habitabunt in nobis.*

En este concepto tuvieron todos cuantos conocieron y trataron de cerca a M. Inés y en particular sus confesores y directores espirituales. No es de extrañar, por lo tanto, que el mismo Sr. Obispo D. Pedro de Salazar, conoedor, como pocos, de las grandes virtudes de la sierva de Dios, la tuviera por otra Santa Teresa, y así se lo repetía muchas veces a las Madres Agustinas cuando iba a visitarlas.

Una vez que cesó en el cargo de Priora, la designó la obediencia para Sacristana, oficio que desempeñó con admirable celo.

Fué siempre su principal cuidado destinar para el culto divino cuantos regalos y alhajas la mandaban de su casa, esmerándose mucho en el aseo y limpieza de todos los objetos consagrados al culto de Dios. Era tan notable el cuidado que tenía de las cosas sagradas, que era la admiración de todas las religiosas y de los mismos capellanes, dedicando toda su industria y

habilidad para el servicio del culto y ornato de la casa de Dios, cuyo celo la consumía, como dice el Real Profeta.

Siendo Sacristana la sucedió un caso muy notable, que ella misma nos refiere en su vida: "El día de Navidad, dice, habiendo recibido los recados de la iglesia, ví que cinco purificadores, que eran los que habían servido aquel día, venían con unas manchitas de sangre muy vivas; no eran iguales, eran pequeñas, pero distintas. Afligíme mucho temiendo si era muestra de tener yo muy desagradado a nuestro Señor, o de algún castigo que Su Majestad quería hacer en mí. Procuré los viese mi confesor, porque no me atreví ni a lavarlos, ni a guardarlos. Mandóme que los diese a un sacerdote de confianza para que los lavase, y que yo no me afligiese. Hízolo el sacerdote, y le costó mucho quitarlas, y aunque lo hizo con agua caliente muchas veces, no se quitaron muy bien."

El respeto que tenía a las cosas destinadas al culto de Dios, hizo también que se lo profesara a sus sagrados ministros, a quienes siempre hablaba de rodillas.

Llegamos al año 1694, y el 29 de Abril es elegida segunda vez Priora, siendo Obispo de Salamanca el Ilmo. Sr. Calderón, y a pesar de la grande repugnancia que sentía para mandar y ocupar cargos elevados, no tuvo más remedio que rendir su juicio a la obediencia.

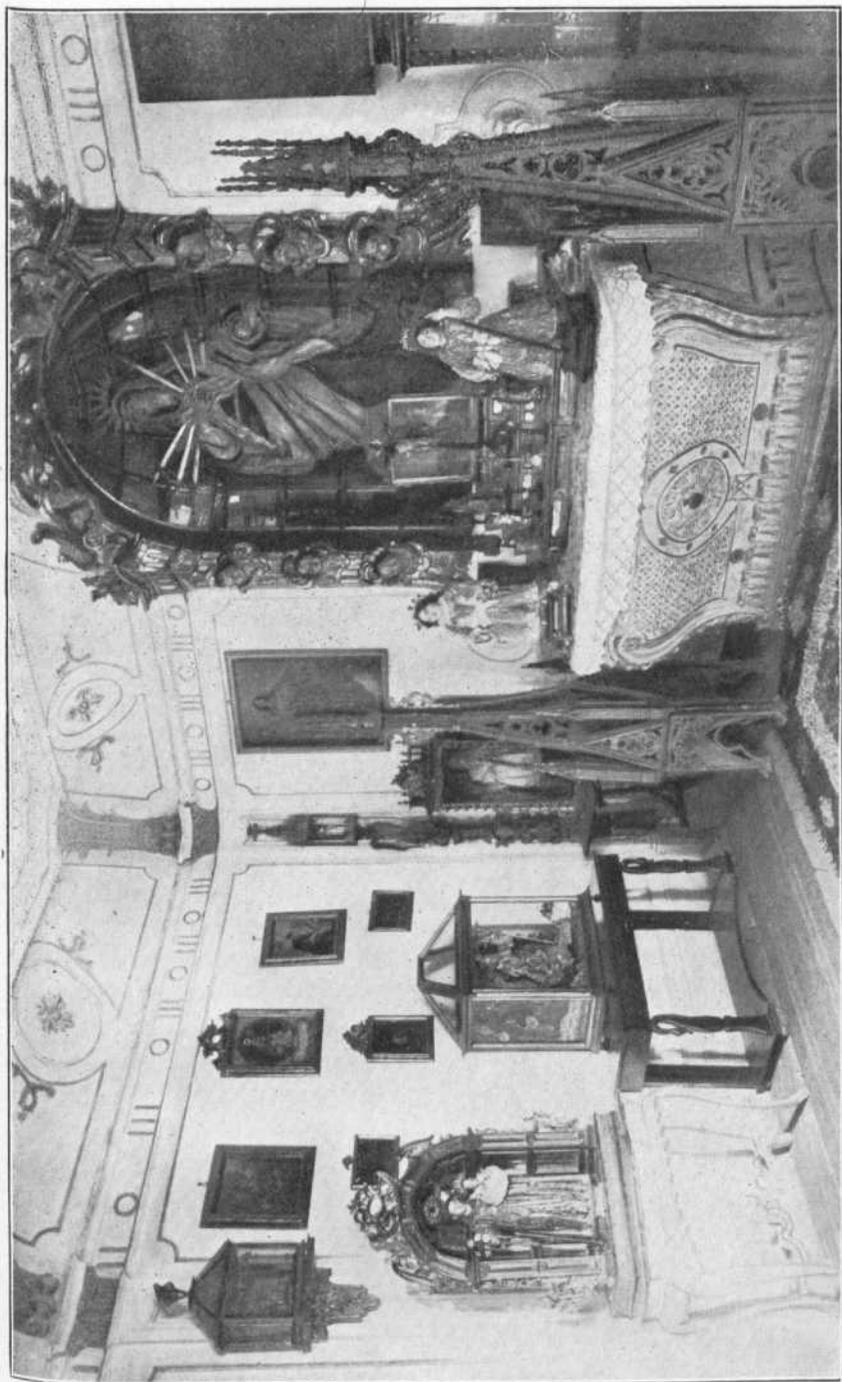
Cómo cumplió con el cargo de Prelada esta segunda vez, lo podemos deducir toda vez que, terminado el trienio, fué reelegida para el siguiente por unanimidad, pues sólo así podía continuar en el oficio. Habiendo llegado a conocimiento del señor Obispo la reelección de la M. Inés, no la quiso confirmar, diciendo que como no era hija legítima no podía ser Prelada, siendo así que ya lo había sido otras dos veces. No satisfecho con no querer admitir la reelección, se fué al convento y en presencia de toda la Comunidad dijo tales cosas de desprecio a la M. Priora, que hirieron grandemente su corazón; con todo eso las oyó de rodillas y con tal serenidad de ánimo, como si no la tocara nada a ella, y aunque las religiosas más graves dieron sus razones al Prelado y expusieron las causas que tuvieron para reelegirla, no hizo caso de nadie, y se marchó sin confirmarla. Llegaron las cosas a tal punto, que fué preciso acudir a la Nunciatura, por mediación de la Excma. Sr. Condesa de Monterrey, prima de la M. Inés, y al poco tiempo llegó la confirmación del

señor Nuncio, causando la noticia grande alegría en la Comunidad, que tanto quería y estimaba a la M. Inés, por sus grandes virtudes y dotes excepcionales de gobierno. Todas las religiosas se compadecieron de ella por este trabajo y mortificación que Dios nuestro Señor la envió, y en vez de enojarse comenzó a disculpar al Prelado, haciendo grandes elogios de él. En vista de lo cual, una religiosa algo enfadada la dijo: "Madre, ¿es posible que después de lo sucedido nos quiera cegar en una cosa tan clara? Y la M. Inés, con gran serenidad de ánimo y mansedumbre, la contestó: "Sí, nos debemos cegar., ¡Admirable ejemplo de humildad y de paciencia en los trabajos!

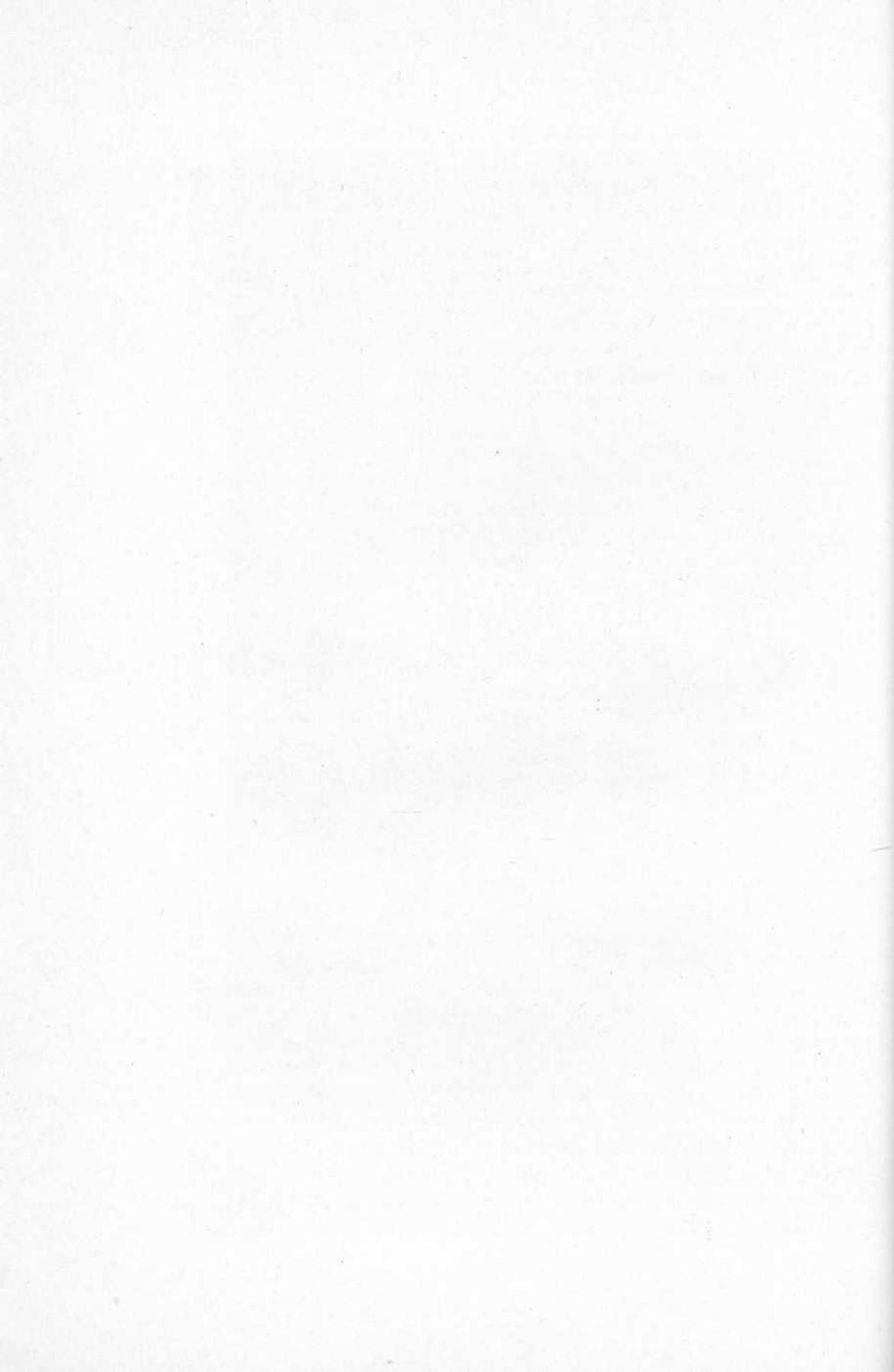
Viendo el demonio los grandes progresos que la sierva de Dios hacía en la virtud, no la dejaba en paz un momento, molestandola constantemente con horribles y espantables figuras y fuertes tentaciones, como ella misma nos lo dice. "Habiéndose me mostrado el demonio muy rabioso por algunos ejercicios que V. m. me ordenó, estando en oración, martes 10 de Septiembre, se llegó a mí con gran furia y figura horrible, y a mi parecer con una manopla de hierro me dió tres golpes en el estómago tan terribles, que me derribó en tierra con mortales congojas y casi perdí el sentido; eché alguna sangre por la boca y vime por cierto afligida, porque, según estaba, no pensé poder bajar al coro ni acudir a las obligaciones de mi oficio.,

"Habiendo estado con V. m., dice en otro lugar, lunes antes de la Ascensión, y mandádome hacer algunos ejercicios penosos, al tiempo que los iba V. m. señalando, se me mostró el demonio con notable fiereza cargado sobre mis hombros, como que me quería ahogar, si los admitía, y aunque mostré algo de flaqueza, me rendí a obedecer. Me maltrató mucho y juntamente me volvió los brazos atrás, y me los desencajó por la parte de los hombros. El dolor fué tan vivo, que casi perdí el sentido y padecí mucho, sin poder hablar un buen rato, como V. m. vió. Con la fuerza de la obediencia volví en mí, pero quedé muy trabajada, y con gran compasión de mí misma, que no me podía valer.,

"Algunos días antes de la elección (sin duda para Priora), continúa la sierva de Dios, se me mostró el demonio muy rabioso, y me dijo que por sí y por las criaturas me había de hacer guerra a fuego y sangre. Me maltrató tanto un día, que no pude levantarme de la cama, ni aun menearme casi en ella., "Un



Habitación donde murió la V. M. Inés, convertida por devoción desde su santa muerte, en Oratorio particular para las religiosas MM. Agustinas de Salamanca



día estando en oración, dice en otro lugar, se me mostró el demonio en figura de dragón con tal fiereza, que me afligió mucho su vista, y haciendo ademanes de querer despedazarme, me dijo, que viese cómo me había perseguido por las criaturas, y que ahora lo haría por sí mismo. Procuré perseverar en la presencia de nuestro Señor, despreciando a este enemigo, y me resigné en las manos de su Majestad con viva fe, de que sin su querer nada nos puede hacer; pero el natural se enflaqueció mucho, porque esta vista y esta amenaza es casi continua.

Me haría interminable si fuera tan sólo relatando las muchas y casi continuas persecuciones que desencadenó el infierno contra la M. Inés; pero creo que bastarán las hasta aquí citadas, al menos por ahora, para que los lectores vean las grandes luchas que tuvo que sostener contra el común enemigo, que tanto se oponía a sus progresos en el camino de la virtud y que tanto la dieron que merecer delante de Dios nuestro Señor.

CAPITULO IX

Terminado el segundo trienio de Priora, es elegida Tornera mayor.—Cómo cumplió con este cargo y trabajos que tuvo que padecer.—Es elegida Priora cuarta vez y acabado el trienio vuelve al Torno.—Sus grandes progresos en la virtud.—Devoción extraordinaria a la Virgen Santísima y favores que recibe de esta Señora.—Devoción particular a algunos Santos.

Cuanto más aborrecía la sierva de Dios los altos cargos, por los grandes deseos que tenía de entregarse por completo al Señor, más requerida era por las religiosas para desempeñar aquéllos, sobre todo los más enojosos; y así vemos que tan pronto como terminó el segundo trienio de Priora, es designada por la Comunidad para el penoso y delicado cargo de Tornera en el año 1700. Para desempeñar con acierto este oficio se requiere no pequeña capacidad y discreción, dotes de que estaba adornada la M. Inés, como lo hemos hecho notar repetidas veces.

Con aquella clara inteligencia que tenía, y que siempre conservó, a pesar de sus muchos años, despachaba con notable prontitud todas las cuentas del Convento que pasaban por sus manos, dando noticia detallada de todo a la M. Priora, y siendo la admiración de los Sres. Administradores de Monterrey, como si siempre hubiera estado encargada del Torno.

El oficio de Tornera la proporcionó no pequeños disgustos y trabajos. Parece ser que por entonces se encontraba la Comunidad muy alcanzada de recursos, y la M. Inés, con aquel don de gentes de que el cielo la dotó, procuraba con su industria agenciarse con las personas conocidas y amigas; y sobre todo con los Administradores, para que no faltara lo más preciso a las religiosas; por otra parte, como ella tenía asignada por su difunto padre una dote especial, se privaba ella de muchas cosas, con tal de que no faltara nada a sus queridas hermanas.

Como en otras ocasiones, Dios nuestro Señor la quiso probar más y más su paciencia para que mereciese, enviándola algunos trabajos y proporcionándola ocasiones de padecer, tanto más dolorosas en cuanto que procedían de aquellas mismas personas a quien tanto amaba y procuraba complacer por todos los medios posibles. Ya queda indicado los grandes aprietos en que se encontraba la Comunidad, cuando ella se encargó del Torno, y cómo se vió precisada a pedir algunas limosnas a personas conocidas y amigas. Con todo eso, y sin intervenir en nada la sierva de Dios, recayó sobre ella la culpa de todo, tanto dentro como fuera del Convento, atribuyéndolo a su mal gobierno durante su Prelacia y al poco cuidado que tenía siendo Tornera. Sinsabores y disgustos de este género fueron muy frecuentes; pero mayor que todos fué el que voy a referir.

Era por entonces Priora la M. Margarita, religiosa de grandes y sólidas virtudes y muy favorecida del cielo. Esta buena Prelada, para que la mortificación fuese más meritoria, era totalmente opuesta al genio e inclinaciones de la M. Inés, dándola con esto motivos para padecer grandes trabajos. Se había formado un concepto muy distinto de lo que en realidad era la sierva de Dios, teniéndola por descuidada y abandonada de las cosas encomendadas a su cargo y demasiado indulgente y manirrota respecto de los bienes de la Comunidad. Por esta causa llegó a negarla lo preciso para hacer las compras, mandándola antes que entregara todo el dinero, y que en adelante la diera cuenta minuciosa y detallada de todo. La faltó un día dinero para pagar una cosa muy necesaria y acudió a la Prelada llena de vergüenza y con grande humildad, y después de exponerla lo que hacía al caso no consiguió nada, a no ser palabras de desprecio y duras reprensiones; habiendo presenciado todo esto otra religiosa, la M. Rafaela, se la saltaron las lágrimas, vien-

do la gran modestia y humildad de la M. Inés, que salió de la presencia de la M. Priora con los brazos cruzados, y sin mostrar el menor resentimiento, se volvió al Torno con las manos vacías, pero no de méritos delante de Dios nuestro Señor.

Fueron muchas las ocasiones que por medio de la M. Margarita, que en opinión de todas las religiosas fué una santa, tuvo que ejercitar la paciencia y la humildad la M. Inés. Varias veces la reprendía públicamente en los Capítulos de *culpís*, y siendo inocente en cuantas acusaciones la hacían, jamás se la oyó pabra alguna de disculpa y de resentimiento contra la Priora, antes por el contrario se consideraba digna de las más duras reprensiones, comprendiendo que todo lo ordenaba y permitía el Señor para que se ejercitara en las virtudes y labrara una gran corona de merecimientos para la otra vida.

Terminado el oficio de Tornera, que tanto la dió que merecer delante de Dios, fué elegida cuarta vez para Priora, el día 10 de Septiembre de 1705, y terminado el tiempo vuelve otra vez a ocupar el cargo de Tornera, no recusando ningún oficio, por penoso que fuese, pues en todas partes y en todas las circunstancias de su vida admirable contemplaba la mano de Dios, que con su Providencia ordena todas las cosas. A medida que pasaban los años, con ser casi continuas las muchas ocupaciones propias de los cargos que la encomendaba la obediencia, que no la dejaban descansar un momento, con todo eso no dejó de adelantar en el camino de la perfección y en el ejercicio de las más sólidas virtudes, viviendo cada vez más mortificada y abatida, y con grandes deseos de padecer cada día más y más por su Amado, quien a su vez la correspondía con grandes y especiales favores y con demostraciones de amor, como se lee en su vida y nos lo demuestra ella misma: "Fuese continuando la paz interior, y el miércoles de Pascua, entrando en el coro a la oración de la mañana, luego que me postré y adoré al Smo. Sacramento, vile en el coro cercado de ángeles, y oí me decía el Señor: *Esta es mi hija muy amada, en quien yo me deleito*. A esta voz reconocí que aquellos espíritus bienaventurados me hacían reverencias. Confieso que me turbé acordándome que estas palabras nos las refiere el Evangelio en dos ocasiones, dichas por el Padre Eterno a su santísimo Hijo, y viendo lo que va de su bondad infinita, en cuanto Dios, y en pureza de obrar en cuanto hombre, a mi miseria, me quejé a Su Majestad y le pedí

no permitiese fuese engañada, pareciéndome imposible tal demostración de amor, con quien tan poco lo sabe merecer. A esto me dijo Su Majestad: *Los favores que a mí me eran debidos por naturaleza, los comunicamos mi Padre y Yo por gracia muchas veces a los que con veras me desean seguir por Cruz; este camino es horrible al mundo, pero sumamente agradable a Dios, y a todos los que así le buscan los amamos con especialidad y nos deleitamos en ellos. No temas que Yo soy. Confieso a V. m. que quedó mi alma derretida en lágrimas y agradecimiento. Me ayude V. m. a saber tener el que debo; y pues el Señor le tiene en su lugar y le da luz, vea si hay aquí algún engaño.*»

“Habiendo llegado el mes de Septiembre, dice en otro lugar, último de mi oficio, no me acuerdo el día fijo, me pareció me decía el Señor, qué premio quería por lo que había trabajado y servídole. Yo le pedí con vivas ansias más trabajos y padecer por Su Majestad. Parece lo oyó nuestro Señor, porque comenzó a haberlos muy grandes y penosos.”

No podía faltar en un corazón tan grande, como el de la Madre Inés, la devoción a la Santísima Virgen. Desde sus primeros años fué siempre tiernísimo el amor que profesó a esta gran Señora, como se desprende de sus escritos, conservándola una extraordinaria devoción y sirviéndola como a Madre de aquel Dios hecho hombre, a quien tanto amaba. Todas sus festividades las celebraba con particular devoción, preparándose antes con varios ejercicios y mortificaciones para dichas fiestas; y con ser tan escrupulosa y enemiga de que no se notara nada de cuanto hacía, conformándose con el espíritu de la Comunidad en todo, la devoción y el amor a la Virgen Santísima no lo pudo contener en su corazón. Así, siendo Priora, mandó que todos los años, el día 2 de Septiembre, día en que se celebraba por entonces la fiesta de Ntra. Señora de la Consolación, Titular y Patrona de la Sagrada Correa, se llevase procesionalmente por los claustros la devota imagen de Ntra. Señora de Nazaret, costumbre que aún se conserva en la Comunidad.

Este amor tan grande y devoción tan extraordinaria no quedó sin ser correspondida por tan tierna y cariñosa Madre, haciéndola a su querida hija singulares favores y especiales regalos, según lo refiere ella misma a su confesor. “En la noche de Navidad, dice ella, me favoreció el Señor grandemente, y

sin saber cómo me hallé junto al Santo pesebre y ví a nuestra Señora con su Smo. Hijo en los brazos y al glorioso San José. No reparé en más, porque estaba sumamente confusa; me pareció que nuestra Señora me ponía al Santo Niño en mis brazos con mucho agrado. Yo le adoré con todo mi corazón y se lo volví, quedando admirada de las misericordias que nuestro Señor y su Santísima Madre usaron conmigo..

Fué también muy devota del Santo Angel de la Guarda, "a quien, como dice ella misma, debo muchos beneficios y asistencia muy sensible", así como también de San Miguel Arcángel, de Santa Teresa de Jesús, como ya lo hemos visto, de N. P. San Agustín, de Santo Tomás de Villanueva, y en general de todos los Santos Principales de la Orden, y muy especial al Glorioso Patriarca San José, como consecuencia de la grande devoción que profesaba a su Santísima Esposa la Virgen María.

CAPITULO X

Extraordinaria devoción a la Sagrada Eucaristía.—Conocimiento que tuvo de este sublime misterio.—Favores que recibió del cielo en sus últimos años.—Persecuciones y guerra cruel que la hizo el demonio.—Pide al Señor trueque su corazón por otro dado por el mismo Dios.—Es elegida quinta vez Priora y terminado el tiempo es reelegida.

A medida que pasaban los años eran mayores los progresos que la M. Inés hacía en el camino de la perfección, pero al mismo tiempo eran también mayores las persecuciones del demonio que la hacía cruel guerra con el fin de estorbarla los ejercicios piadosos y sobre todo, la práctica frecuente de la Sagrada Comunión y el grande amor y extraordinaria devoción que siempre tuvo al Augusto Misterio de nuestros Altares. Sabía muy bien la gran sierva de Dios que en la Sagrada Eucaristía estaba la fuente de todas las gracias y el bálsamo maravilloso que sana todas las enfermedades y cicatriza las heridas que nuestros enemigos suelen abrir en nuestro corazón; pan bajado del cielo que la había de fortalecer en el penoso camino de la vida, y por eso procuraba recibirlo con frecuencia con grande fervor y devoción. A su vez el Divino Esposo de las almas regalaba a su sierva grandemente, concediéndola que gustase de las dulzuras y delicias de este angélico manjar, y que Dios nuestro Señor tiene reservadas para los que se acercan a este Sacramen-

to del Amor con las debidas disposiciones, y sobre todo, con grande humildad, como lo hacía siempre la M. Inés, considerándose indigna de tan grande beneficio. Salía de este convite divino fortalecida para sostener las grandes y continuas peleas contra todos sus enemigos, que rabiosos por los grandes progresos que hacía en la virtud y por los favores que recibía del cielo, procuraban por todos los medios imaginables apartarla de la Sagrada Mesa, ya con visiones espantables, o ya también, llegando a cerrar su boca en el momento mismo de la Comunión, como ella misma lo refiere a sus confesores repetidas veces. En las grandes tribulaciones, en los trabajos, en las tentaciones y sobre todo en las mayores sequedades de espíritu, acudía la M. Inés a su adorable Jesús Sacramentado, contándole todas sus cuitas, y dándole continuas y repetidas gracias por haberse quedado oculto bajo las especies sacramentales por nuestro amor, hasta la consumación de los siglos, para ser nuestro único Consolador y el mejor amigo, hasta la muerte, en esta vida y la prenda más segura de la otra.

Ya hemos visto en otro lugar cómo la M. Inés se dispuso a recibir por vez primera a Jesús Sacramentado, cuando contaba tan sólo siete años y las gracias y favores que el Señor la dispensó en su primera visita. Estas gracias y favores fueron cada día en aumento, y ninguno mejor que ella nos lo podrá decir. Veámoslo: "Estando un día con vivos deseos de comulgar, y no lo había de hacer porque no se abría la reja, comulgó una mujer, y al tiempo de adorar a nuestro Señor para que le recibiese la referida mujer, se encendió mi alma con mucha eficacia y ansia de recibir a Su Majestad; y sin saber cómo, me pareció le había recibido sacramentado con gran consuelo de mi alma y seguridad de que era misericordia suya. Esta gracia la recibí en un sábado del mes de Octubre,„

"El primer día de la Octava del Corpus, dice en otro lugar, me hallé con gran consuelo en la presencia de nuestro Señor Sacramentado, y me hizo su Majestad merced de que esta fuese en todo lugar, mostrándoseme patente, como si estuviera en el coro. Causábame gran reverencia, y hasta que nos recogimos a las celdas no me faltó, quedando siempre el agradecimiento y la admiración de los beneficios divinos y la propia confusión,„

"El lunes (de la siguiente semana) padecí gran sequedad y

desamparo, y estando, después de Vísperas en el Coro, me parecía estaba muy lejos de nuestro Señor en el interior y exterior, y aunque le tenía presente Sacramentado, era como si no le tuviera. Clamaba de lo interior de mi corazón para hallarle, y después de largo rato, estando con esta ansia, me pareció me dijeron, que dentro de mí le hallaría, porque moraba dentro de mi corazón. Recógime en mí, y se me mostró en la misma forma que Sacramentado y como en Custodia, con un claro conocimiento, no sólo de que en ese misterio tan sagrado se nos muestra, estando real y verdaderamente el Cuerpo y Sangre de Cristo, sino también toda la grandeza de su divinidad, y así lo confesé trino y uno, negándome, en cuanto era de mi parte, a lo que el Señor obraba en mi alma, apartándome de la imagen para adorar y confesar el verdadero que estaba en el Altar. Pero no puedo negar que tomó nuestro Señor este medio para consuelo y alivio de mi alma. Fueron grandes y muy vivos los afectos de amor y propio conocimiento.

“Dijimos luego Maitines, y estando el interior muy pacífico y agradecido a nuestro Señor, me hallé molestada con grandes tentaciones, pero sin objeto ninguno. Hízome esto admiración y comencé a afligirme, temiendo que todo lo antecedente había sido obra del demonio. Me consoló su Majestad dándome a entender que mientras estábamos en este mundo, lleno de miserias, aunque el alma reciba grandes beneficios, no hay seguridad ninguna y estamos expuestos a todo peligro. No me duró mucho este trabajo después de encerrar a nuestro Señor. Renovó su Majestad aquel claro conocimiento de este sagrado misterio con gran consuelo de mi alma, que me duró, sin intervalo, los tres días siguientes, aunque exteriormente padecí mucho.”

“Estando un día con vivas ansias de comulgar, continúa la M. Inés, y no juzgando sería de las llamadas, por estar esto a disposición de la Prelada, en los días que señala la Constitución, procuré resignarme y dejarme en manos de nuestro Señor. Movió su Majestad a la Prelada, y me llamó y me mandó comulgar siendo así que comulgaron muy pocas. Luego que le recibí, se me ofrecieron aquellas palabras: *Tenui eum nec dimittam*, y las dije con grande afecto en el tiempo que estuvo nuestro Señor en mí, y se me apareció en forma de niño sentado en mi corazón, y ví grabadas en él las letras de mi nombre, como pin-

tan a Santa Gertrudis. Otra misericordia semejante recibí en otra ocasión.”

Cuando más favorecida y regalada era del Señor, con mayor furia la perseguía el demonio, poniendo en juego todos los medios imaginables de que dispone, por permisión divina, molestandola unas veces con imágenes horrendas y espantables; maltratándola otras en el cuerpo, hasta dejarla muchas veces sin fuerzas y tan debilitada, que a no ser por milagro no podía vivir, y sobre todo, la estorbaba y hasta la impedía con violencia el que se acercara a la Sagrada Comunión. “Habiéndome atormentado el demonio con el rigor que suele hacerlo, metiéndome la palanca de fuego por el cuerpo (esto se lo hizo muchas veces), anduve tres días con gran penalidad y viveza de tentaciones. Estando un día para comulgar, me apretó tanto, que no me pude menear, ni sabía qué hacerme; para levantarme acudí a Nuestro Señor, y me pareció, sin saber cómo, había sido llevada por mi Santo Angel y vuelta al lugar, donde luego me faltó el trabajo, quedando con sumo agradecimiento y confusión de los beneficios divinos. Muchas veces se me pone el demonio delante en figura espantable para impedirme ver a Nuestro Señor; otras atormentándome me dice, que le adore y me dejará y descansaré. Algunas veces al tiempo de comulgar se me presenta con una espada desnuda, amenazándome de muerte si llego; otras ocupando toda la reja con formas que aterrorizan, y lo estoy tanto, y tan pusilánime, que me aflijo mucho, y otras me hallo tan animosa, y suelo decir aquellas palabras de San Pablo: *¿Quis nos separabit a charitate Christi?*, y las que siguen. También me consuelan aquellas otras palabras: *Quia non sunt condignae passionis hujus temporis ad futuram gloriam quae revelabitur in nobis*. También repito muy de ordinario aquellas palabras de David: *Mihi autem adherere Deo bonum est*; y aquellas de Job: *Aunque me mate, esperaré en él.*”

Por lo que más la solía molestar, de ordinario, el demonio, era por la obediencia que tenía hecha al confesor, y así la decía muchas veces que no la dejaría en paz. “Siempre hallo, dice ella misma, que el demonio se muestra rabioso de que me deje tanto en manos de la obediencia, que no haga yo la elección (de confesor), ni tenga arbitrio, y así antes de venir este religioso (se refiere al P. Fr. Juan de Jesús María, su confesor), me afli-

gió un día mucho y me dijo que me perseguía por esto, y fué con una vista y forma tan horrible y hedionda, que casi me dejó sin sentido, y echándome maldiciones y a los que trataba, se fué y quedé bien fatigada.”

El amor como el fuego nunca dicen basta, y los verdaderos amantes no se cansan de padecer por la persona amada, antes por el contrario, experimentan con ello grande gozo y alegría. Esto mismo sucedía a la M. Inés, juntando a los grandes deseos de padecer por su Amado, un extraordinario fervor por purificar su corazón cada día más y más, a pesar de la constante guerra que la hacía el infierno; por esto pedía sin cesar a Dios nuestro Señor que la inflamara en su divino amor y que pusiera en su corazón un sello para que no se lo arrebataran las criaturas, y a poder ser que la diera un corazón más capaz, pues el suyo era muy pequeño para llenarle de amor, conforme sus deseos. En estas súplicas gastaba mucho tiempo, hasta que por fin el Señor oyó y despachó favorablemente las oraciones de su gran sierva, como ella lo refiere a su confesor. “La víspera de año nuevo, dice, me dió gran deseo de que fijase el Señor en mi corazón su dulcísimo nombre, para que se desterrase de él la memoria y sentimiento de estas cosas exteriores. Se lo pedí con grandes veras, y al día siguiente por la mañana, entrando en el coro, hice la misma petición adorando al Señor. Paréceme se me dijeron estas palabras: *Hija, mi nombre es dulce, pero se imprime con dolor, pues a mí me costó mucha sangre y dolor.* Causáronme estas palabras confusión grande, y entre el deseo de conseguir este bien y el amor natural hubo grande pelea. Al fin me resigné en la divina voluntad, y de improviso se cubrió mi corazón de tan gran tristeza y sentimiento de lo pasado por mí, que causó grande aflicción y me hizo derramar abundancia de lágrimas, habiendo sido un día de los más penosos que he tenido con estas memorias, sin ser posible tomar aliento, ni tenerle, para aplicar la consideración a otra cosa.”

Esta gran misericordia quedó muy grabada en el corazón de la M. Inés, y aquellas palabras que la dijo el Señor, *mi nombre es dulce, pero se imprime con dolor*, fueron como brasas encendidas que inflamaron por completo aquel gran corazón ávido de amor divino. A este favor se siguió otro no menor. El día de la Encarnación del Hijo de Dios, meditando este augusto Misterio, principio de la Redención del género humano, crecie-

ron sobremanera los deseos de que el Señor cambiara su corazón por otro dado por sus divinas manos, "para que perdiendo el mío, dice ella, viva en mí solo el de Dios nuestro Señor.", "Gozábase de la gran dignidad de nuestra Señora en ser Madre de Dios, que por su pureza y humildad la hicieron digna de tan gran bien, y púsela por intercesora para el cumplimiento de mis deseos."

"Con estos sentimientos y deseos, continúa la sierva de Dios, comulgué y pasé hasta la tarde en que se descubrió a nuestro Señor, y estando en su presencia, repentinamente me dió un dolor grande en el lado del corazón, y sentí como que me le arrancaban. Parecióme quedar sin vida y con una flaqueza y desamparo en aquella parte, que si nuestro Señor con su misericordia no la sustentara, me hubiera faltado del todo, y creo que si me miraran me hallarían sin pulso. Duraríame más de media hora, encontrándome como fuera de mí, pero gozosa con la esperanza, en medio de estar la naturaleza tan rendida. Hallé lleno aquel hueco que sentía, y parecióme que el Señor me había puesto otro corazón de su mano y que por esta dicha había gozo especial en el cielo, y de este participé yo, porque sin ver nada, entendí se cantaban estos versitos con mucha gracia:

«A la gala de este trueque,
Demos loores a Dios;
Que si corazón recibe,
Su retorno es todo amor.
Si la divinidad se abaja,
Cualquier exceso es menor.
¡Qué mucho que el alma goce
favores inmensos hoy!»

Con no tener nada de poeta, como ella misma lo confiesa, quedaron grabados estos versos en su memoria de tal modo, que no los pudo olvidar nunca. "Reconocí, prosigue la M. Inés, que el corazón que se me puso no tenía raíces ninguna hacia la tierra, sino que estaba libre y suelto; pero fuí prevenida de que esta naturaleza las tiene tales, que suelen prender, y así hay grande riesgo en perder los dones y beneficios de Dios, porque mientras vivimos no hay seguridad, y esta fragilidad nos debe hacer temer y clamar a su misericordia."

En medio de los grandes trabajos y persecuciones del ene-

migo común de nuestras almas, y tan favorecida y regalada del cielo, llegó la M. Inés a los setenta y dos años y a pesar de su mucha edad, vemos es elegida Priora el 12 de Abril de 1712, siendo esta la quinta vez, y terminado el trienio es reelegida el 26 de Abril de 1715, siendo esta la última vez, como veremos en el capítulo siguiente.

CAPITULO XI

Es reelegida sexta vez Priora.— Ultimo año de su vida.—Preparación para la muerte y conocimiento que tuvo de su día.—Su preciosa y edificante muerte.—Sepultura y honras fúnebres.

Terminado el trienio de Priora, como ya queda indicado en el capítulo anterior, fué reelegida nuestra M. Inés en dicho cargo, siendo ésta la sexta vez que desempeñó el oficio de Prelada, con grande contento de toda la Comunidad, y a pesar de su complexión delicada y de su avanzada edad, pues ya tenía cumplidos 75 años, no rehusó ningún trabajo, reconociendo en todo la voluntad de Dios.

Andaba la sierva de Dios muy quebrantada de salud, y como dicen las religiosas que la conocieron, presentía ya que aquel año, que había comenzado, sería el último de su vida; sin duda alguna que el Señor la avisaría para que se fuera preparando para la muerte, si bien es cierto que durante su vida no hizo jamás otra cosa. Es de creer que en estos últimos años redoblaría sus oraciones y ejercicios de mortificación, y que el demonio la perseguiría con mayor rabia que nunca, pero todo inútilmente, quedando siempre victoriosa la humilde Prelada.

Había fallecido por entonces una religiosa muy observante, y poco antes de morir la dijo la M. Inés, "que muy en breve la había de seguir", y desde aquel día, dice la M. Angela de San Joaquín, hubo tantas señales, que todas conocimos que nuestro Señor nos la quería llevar también, porque andaba ya nuestra Madre muy quebrantada y la sucedían muchas cosas".

"Estando un día en Maitines, dice la referida religiosa, oímos tocar la campanilla de la Comunidad y todas nos inmutamos; esto mismo se repitió varias veces, y un día oímos cantar de Requien". Cierta día la encontró una religiosa arreglando los papeles del cajón de su oficio, y la preguntó, qué era lo que estaba haciendo, y ella la respondió, que por lo que pudiera suce-

der, lo quería dejar todo arreglado y cada cosa en su punto. ¡Demasiado sabía ella que ya estaba muy próximo el día en que, desatada de las ligaduras de la carne, se había de juntar para siempre con su Amado!

El infierno, que tanta guerra la hizo sin conseguir nada, la presentó el último y decisivo ataque con el fin de atemorizarla. Unos días antes de dejar este mundo, se levantó muy mala la sierva de Dios; la dijeron que tenía una visita de un religioso, y al ir a bajar al locutorio, lo hizo con mucho trabajo; cuando llegó al claustro que da a la Sacristía, se oyó un ruido extraordinario, tan grande, como si se desplomara un muro, siguiéndola bajo tierra hasta que llegó a la reja. Este ruido fué notado por todas las religiosas y por uno de los Capellanes, y aun fuera del Convento. Terminada la visita, como no se hablara de otra cosa entre las religiosas, que estaban atemorizadas, las dijo la Madre Inés, algún tanto inmutada: "No quisiera que la Sacristana tomara aprensión de lo sucedido."

Desde aquel día no se encontraba bien la M. Inés; pero como fué siempre tan callada y sufrida, no quiso decir nada a nadie, hasta que por fin se dieron cuenta las religiosas del mal estado de su querida Madre; en vista de lo cual la M. Sub-Priora la suplicó que se fuera a la celda y que se acostara, pues no estaba para asistir a los actos de la Comunidad. Con aquella humildad tan peculiar en la M. Inés, obedeció a la religiosa; se retiró a su celda, y se acostó para no levantarse más en la vida.

Viendo las religiosas que la enfermedad que tenía su amada Priora era de cuidado, mandaron avisar a los médicos de casa. Vinieron dos, y después de verla, convinieron ambos que el estado de la enferma era grave; en vista de lo cual aconsejaron a las Madres que lo antes posible se la administraran los Santos Sacramentos, que recibió la sierva de Dios aquel mismo día con extraordinario fervor y devoción y con pleno conocimiento, el que conservó hasta los últimos momentos de su vida.

Tan triste noticia se extendió bien pronto por la ciudad, llegando a conocimiento del Prelado, quien tan pronto como lo supo se fué a visitar a la M. Inés, a quien tanto estimaba por sus grandes virtudes y por la fama que tenía de santidad. Después de manifestar su sentimiento a la Comunidad, se dirigió a la celda de la enferma y viéndola en tan lamentable estado la consoló con sabios consejos, y después de darla su paternal ben-

dición, se retiró sumamente enternecido. Como quiera que la sierva de Dios se daba cuenta perfecta de todo, antes que el Prelado saliera de la celda mandó a las religiosas que llamasen a la sobrina del Sr. Obispo, que hacía poco tiempo había tomado el santo hábito, para que la viese, y fueron tales las palabras y consejos que la dió la M. Inés, que el mismo Prelado quedó edificado y grandemente emocionado de aquella entrevista, y al despedirse de las religiosas, las dijo estas palabras: "Pierde la Comunidad y la Religión una gran columna con la muerte de la M. Inés".

Tan honda impresión causaba el estado en que se encontraba la V. Priora, "que todas las religiosas, dice la M. Angela María, estábamos tan desconsoladas, que no sabíamos cómo ponernos delante de nuestra santa Madre, por las lágrimas de cada una".

Al día siguiente, que era Domingo, 1.º de Septiembre, día de Nuestra Señora de la Consolación, Titular y Patrona de la Sagrada Correa, sacaron en procesión las religiosas la Santa Imagen de Nuestra Señora de Nazaret, a quien tanta devoción tenía la sierva de Dios, y que como recordarán nuestros lectores, ella había establecido esta solemnidad siendo Priora. Para no privar a su amada Prelada de tan extraordinario consuelo, introdujeron las religiosas la Santa Imagen en su celda y tan pronto como la vió la M. Inés, se incorporó como pudo para adorarla, y con grande reverencia y devoción la pidió su bendición, que sin duda alguna se la daría muy copiosa, y dicen las religiosas, que allí estaban presentes, que notaron que su semblante se transformó, dando manifiestas señales de la alegría y contento que en aquellos solemnes momentos experimentaba su corazón, agradeciendo al mismo tiempo a sus queridas hijas por haberla llevado a su santísima Madre y Señora.

Después de Vísperas se agravó la enfermedad, siendo la fatiga mucho mayor que por la mañana. Viéndola en tan deplorable estado las religiosas, que no la dejaban un momento, la preguntaban con frecuencia, si tenía muchos dolores, y ella solía contestar, demostrando en todo grande resignación y paciencia, que sentía unos poquitos. Como quiera que tenía el pleno dominio de sus facultades, no obstante la gravedad de la enfermedad, ordenó que al día siguiente comulgaran todas las religiosas, porque hacía dos años que el Señor se había llevado a



mejor vida a la M. Catalina, compañera suya desde la niñez, quien juntamente con su hermana la M. Beatriz, de la familia de los Manriques, habían ingresado con ella el mismo día en la Religión, como queda dicho en su lugar. Todas las religiosas cumplieron fielmente con el consejo de la M. Inés; acercáronse al día siguiente, lunes, a la Sagrada Comunión, ofreciéndola por los fines indicados, y es de suponer que todas pedirían al Señor por su amada Priora, que cada vez se encontraba peor, pues ya casi no podía hablar, por la gran fatiga que tenía. Este mismo día por la tarde la empezó a salir mucha sangre por las narices, que las religiosas recogían con paños, guardándolos con sumo cuidado, y "que más tarde, como dice la M. Angela, han obrado muchos prodigios, como otros objetos suyos, que por la grande devoción y fe que tuvieron muchas personas en nuestra santa Madre, nos los pedían muchas veces, queriendo nuestro Señor, que, por medio de esta su sierva, lograsen muchos alivio en sus necesidades, así dentro como fuera del Convento".

Aquella misma tarde la fué faltando poco a poco la respiración, y como una candela se fué consumiendo, hasta que por fin se extinguió, con admirable paz y sosiego, como mueren los justos, cuya muerte, dice el Espíritu Santo, es preciosa a los ojos del Señor. Los tres capellanés y los dos médicos del Convento, allí presentes, quedaron edificados de aquella muerte tan dulce y tan santa, y como la habían visto, momentos antes tan sosegada y tranquila, no la creyeron muerta en un principio.

Murió la M. Inés a las cuatro de la tarde del día 2 de Septiembre del año de 1715, siendo de edad de setenta y seis años no cumplidos, habiéndolos dedicado todos al servicio de Dios y de la Religión, y a la santificación de su alma.

La muerte de la M. Inés fué muy sentida y llorada, no tanto por las religiosas de la Comunidad, donde dejaba un hueco difícil de llenar, sino en toda la ciudad, por la fama que tenía de santidad; así lo demostraron innumerables familias, y de un modo especial los Priors de las Comunidades religiosas, viniendo al Convento de la Purísima a manifestar su sentimiento a las MM. Agustinas, por la muerte de su amada Priora.

Quedó su cuerpo tan natural, que más que muerta parecía estaba dormida. Después de amortajada, una religiosa se acercó para cortarla las uñas de las manos y al llegar al dedo del

corazón, dice la M. Angela, la salió un poco de Sangre, siendo considerado por todas como un caso particular.

Deseando la Comunidad tener un recuerdo de su santa Madre, llamaron a un pintor para que la retratase como si estuviera viva, ya que ella no lo consintió nunca durante su vida. Este recuerdo se conserva aún en el Convento y se halla colocado en la entrada del comedor, en la pieza llamada *De profundis*, junto al cuadro del Excmo. Fundador, su padre.

El entierro y los funerales se hicieron al día siguiente con la mayor solemnidad y con extraordinario concurso de toda clase de personas, y poco antes de darla sepultura quiso la Comunidad hacerla una singular demostración de amor y de cariño, llegándose todas las religiosas de dos en dos a besarla las manos, quedando todas bañadas en lágrimas y sumidas en la más profunda pena.

Depositaron su cuerpo en el antecoro, que las religiosas llaman Capítulo, delante del altar, y más tarde colocó la Comunidad en el lugar de la sepultura una lápida con la siguiente inscripción: *Aquí yace nuestra V. M. Inés Francisca de la Visitación, hija del Excmo. Sr. Conde de Monterrey, Fundador de este Convento. Tomó el hábito de cuatro años, habiendo resplandecido en todas las virtudes. Fué 15 años Prelada y murió de setenta y seis años de edad a 2 de Septiembre del año 1715.*

Tan pronto como fué posible se comunicó tan triste noticia al Excmo. Sr. Duque de Alba, D. Francisco de Toledo, primo de la M. Inés, y contestó con la siguiente carta, que dice así: "Señora: La impensada noticia que me participa Vm. de la muerte de mi prima Sor Inés Francisca de la Visitación, me deja, por esta circunstancia y por la particular estimación que mería, con el mayor sentimiento, no dudando de que a Vm. y a esa santa Comunidad, les habrá ocasionado el dolor que me expresa, por la mucha falta que hacían sus ejemplos y prendas al cariño de todas, y espero en la piedad divina estará ya gozando el premio de su santa vida".

"Ordeno a D. Juan Juan Jerónimo Ricarte, que cuando sea tiempo competente, disponga las honras de la difunta en la forma conveniente".

Conforme los deseos del Sr. Duque se hicieron estas honras fúnebres con la mayor solemnidad y esplendor, como solían ha-

cerse a los de la familia de los Fundadores y Patronos, y con representación de todas las clases sociales de la ciudad. La oración fúnebre estuvo a cargo del M. R. P. Fr. José de Villalón, Lector en Sagrada Teología y gran predicador de la Orden de San Francisco, quien, después de ensalzar con grande elocuencia las virtudes de la M. Inés, refirió cosas maravillosas y algunos prodigios obrados por la sierva de Dios después de su muerte. Es de notar que este día, en que tanto se honró la memoria de la M. Inés y se predicaron sus virtudes, fué el 11 de Diciembre, día memorable para la sierva de Dios, por las humillaciones que tuvo que sufrir cuando la reeligieron por vez primera Priora, y que no la quiso confirmar el Sr. Obispo, como recordarán nuestros lectores.

CAPITULO XII

Concepto elevado que tuvieron las religiosas de las virtudes de la Madre Inés.— Avisos que las dió después de su muerte.— Testimonio de una religiosa del tiempo que estuvo la sierva de Dios en el Purgatorio.— Algunos prodigios y gracias obtenidas por intercesión de la M. Inés.— Devoción y estima grande en que es tenida por las actuales religiosas. Fin de este trabajo.

Por lo dicho hasta aquí, no dudo que mis lectores se habrán podido formar una idea bastante perfecta y elevada de la santidad y de las grandes virtudes que practicó la M. Inés en el transcurso de su larga vida; y por si esto no fuera suficiente, voy a transcribir el juicio que se mereció en vida la sierva de Dios por parte de las religiosas que convivieron con ella muchos años en el claustro. La M. Manuela Feliciano de S. Agustín, tantas veces citada y que conoció a la M. Inés, dice lo siguiente: "Catorce religiosas de las que vivimos hoy, conocimos y tratamos a nuestra V. M. Inés Francisca de la Visitación, y somos testigos de la perfección con que la vimos obrar en todo, y si fuese necesario lo podíamos jurar. Lo primero que observamos y tuvimos por medio de las demás virtudes que la vimos ejercitar, fué un valor de corazón y serenidad de ánimo, que jamás la vimos mutación alguna; siempre estuvo tan sobre sí y tan señora de sus acciones, ejecutando en todo lo más prudente y ajustado, de tal modo que muchas veces discurríamos que sin mucho trato con Dios, no podía ser esto, porque tuvo muchas

ocasiones de sentimientos y pesadumbres de mucho peso con los Patronos, con los Prelados y con las mismas religiosas, que como sabían no se había de alterar en nada, con aquella satisfacción se la ofrecían muchas descortesías y todo lo sufría con gran mansedumbre y mortificación, que en las circunstancias de su persona y el aplauso que había tenido en sus principios, se hicieron más sensibles. A todo esto juntaba una gran constancia y fortaleza en todo lo que tenía por justo, y se mantenía en ello sin salir de su paso, que hizo decir al Cardenal Sr. Salazar, que fué su confesor y Obispo de esta Ciudad: *La M. Inés ni se enoja ni cede*. Igual fué su paciencia y mortificación que teniendo natural amor a esta santa Casa, por ser hechura de su padre, el Sr. Conde de Monterrey, con el fin de que gozase lo más que podía ser en lo espiritual y temporal, siendo Priora y Tornera, que es el mayor manejo en nuestro modo de vida, llegó a ver la hacienda en la mayor estrechez, permitiendo Dios, que en su magnanimidad y grande honra de genio, se viese precisada a pedir prestado, aun en cosas muy menudas. Con este mismo espíritu sufrió sus enfermedades, como si fuera de piedra; algunas veces la vimos señalada con unos golpes en el rostro y tan denegrida, que pensábamos era persecución del demonio, y ella lo sufría todo con tal serenidad, que jamás se quejaba ni tomaba alivio alguno, fuera de lo ordinario y común, como si no padeciera dolor ninguno. Fué tan sujeta a la Providencia de la Religión y de la Comunidad en el comer y en el vestir, que jamás escogió para sí ninguna cosa, ni sabíamos qué cosa era de su gusto e inclinación. Era tan humilde, que en los muchos años que fué Prelada nunca la vimos mandar nada, sino que lo suplicaba, y esto era para nosotras un mandato. En la caridad fué extremada, previniendo las necesidades de las religiosas, adelantándose a mirar por su alivio. Fué muy estimada y amada de cuantos la conocieron, y hubo sujetos que la hablaban de rodillas. En una ocasión sucedió venir a Salamanca un hombre *beato* que se tomó grande opinión de santidad, de tal modo que era el oráculo de los estrados de las señoras y de los Conventos de religiosas; por la veneración que todos tenían a nuestra M. Inés, él y otros solicitaron introducirle con nuestra Madre, y por condescender, sola una vez le habló de paso al torno, y con aquella suavidad y disimulo que acostumbraba, le apartó de tal manera, que nunca le quiso admitir a su comunicación,

tanto que llegó a ser cosa de reparo y como de escándalo a los que tanto le celebraban. Al poco tiempo fué preso públicamente por la santa Inquisición. Con todo eso no quiso dar ella explicaciones del caso, sólo dijo que no era sujeto de su gusto, y ésta fué una de las muchas ocasiones en que dudamos era espíritu profético o inteligencia natural, porque uno y otro la había dado Dios, según las experiencias que tuvimos,„.

Tal es en resumen el concepto que se mereció la sierva de Dios por parte de sus religiosas, y en esta estima era tenida por cuantas personas la conocieron y trataron.

Después que Dios nuestro Señor se llevó a mejor vida a la M. Inés, que tan amante fué de la observancia regular, no se olvidó de sus queridas hijas, animándolas cuando cometían alguna falta o había algún descuido en la Comunidad. Poco tiempo después de su muerte se hizo la elección de una nueva Priora para ocupar la vacante que dejó la M. Inés. La nueva Prelada, por respeto y veneración a su antecesora, no quiso habitar en la celda en que murió la sierva de Dios; únicamente dejó allí el cajón de los papeles del oficio, que sólo se permitía tener a la Priora. Habiendo traído a una religiosa un poco de dinero un hermano suyo, quiso llevarlo la M. Superiora al depósito común, y mientras tanto lo metió en el cajón de los papeles. Pasaron unos días, y se la olvidó sacarlo de allí para llevarlo al depósito, como estaba mandado, y un día la avisó de este descuido la M. Inés, dando unos golpecitos en la pared, como solía hacerlo en vida cuando tenía que llamar a alguna religiosa. La nueva Priora conoció al instante que aquello era un aviso que la daba la M. Inés, y se dió cuenta clara de lo que aquellos golpes significaban.

“A mí me sucedió, dice la M. Angela, que viendo que la nueva Prelada se iba a escribir a la celda en que nuestra Madre murió, y que había dejado allí unas cartas, me dió gran curiosidad de ir a registrarlas, porque deseaba saber una cosa. Viendo que por allí no había nadie que me pudiera ver, entré, y no hice más que tomar las cartas en las manos, cuando oigo unos golpes en lo más alto del tabique, y que eran del mismo modo que cuando nuestra Madre llamaba a su celda a alguna religiosa. Levantando yo la cabeza para ver qué era aquello, dije: *Verbum caro factum est*. Dicen que nuestra Madre está en el cielo

y está aquí, y salí más que de paso por el dormitorio, sin encontrar a nadie, y no sabía qué hacer del miedo que me dió,„

A otra religiosa, yendo a coger una pluma a la habitación de la Priora, la sucedió lo mismo.

Al poco tiempo de la muerte de la sierva de Dios, supo por revelación una religiosa agustina del convento de Arenas que no estuvo más tiempo la M. Inés en el Purgatorio, que lo que se había tardado en dar sepultura a su cuerpo, entrando su alma en el cielo en el mismo instante que su cuerpo en la tierra.

Son varios los prodigios y gracias obtenidas, así dentro como fuera del Convento, por mediación de la M. Inés, ya invocándola en sus necesidades, o ya también aplicándose algún objeto suyo al cuerpo. Así lo practicaron y aún lo practican sus hermanas de hábito.

“De estos casos, dice una religiosa, se pudieran traer muchos ejemplos y en el día de hoy sucede esto en la Comunidad con bastante frecuencia. En los grandes aprietos y necesidades, ya sabían las religiosas a dónde tenían que acudir por remedio; el sepulcro de la V. M. Inés era el refugio en todos los grandes trabajos y penalidades, y practicando simplemente un Novenario de Resposos, hallaban siempre que sus súplicas y oraciones eran oídas y despachadas favorablemente por mediación de la sierva de Dios,„ “Sucedió en cierta ocasión, dice otra religiosa, que el Convento tenía un pleito en contra de una parte muy poderosa e influyente, y que al parecer había de ser de larga duración; acudiendo las religiosas por nueve días consecutivos a la sepultura de la M. Inés, el día último del Novenario se hallaron impensadamente, contra toda esperanza humana, que se había retirado en absoluto la parte contraria,„

D.^a Catalina de Augusta, mujer del Sr. D. Alvaro de Castilla, del Consejo y Cámara de Castilla, se hallaba sin sucesión y ansiosa de tenerla, pidió (a las MM. Agustinas) un objeto de la M. Inés. Diéronla una cofia (especie de gorro) y aplicándosela logró el fin deseado teniendo una niña, a quien más tarde siguieron otras dos,„

“Con la aplicación de otros objetos de la V. Madre, logro D.^a Catalina Tamayo, mujer del Sr. D. Manuel Martínez, del Consejo de Castilla, asegurar también la sucesión,„

Como se deduce de lo que dicen las religiosas, fueron muchas las gracias obtenidas por intercesión de la V. M. Inés; pero

ya por la pereza en relatarlas o ya también por la incuria de los tiempos y en particular por los trastornos que sufrió el archivo del Convento en tiempo de la francesada, en que tantos papeles y documentos desaparecieron, como he podido observar yo mismo con grande pena, no me ha sido posible encontrar más de los mencionados anteriormente.

Para cerciorarme más y más de la opinión de santidad en que siempre fué tenida la M. Inés, he preguntado a las actuales religiosas si perduraba aún entre ellas esta opinión, y me han contestado afirmativamente, y que siguen teniéndola grande amor y devoción, y que se encomiendan mucho a su poderosa protección.

Voy a terminar este insignificante trabajo, que ha resultado más extenso de lo que yo pensaba en un principio, por lo cual suplico a mis lectores perdonen por todo y de un modo especial las deficiencias que en él hubieren encontrado. Como quiera que se trata de una gran sierva de Dios, oculta en la oscuridad de los tiempos y en la rigidez de los claustros, y en mi humilde opinión de una gran santa, someto mi pobre juicio en todo cuanto he escrito al de la Iglesia, Maestra infalible de la verdad, reconociéndome por uno de sus más fervientes hijos, pronto a obedecerla en todo cuanto ordene y mande.

Quiera Dios nuestro Señor que este mal pergeñado trabajo sirva de estímulo y despierte los ánimos de alguna persona influyente y docta, para que tengamos la dicha de ver aquí en la tierra, sino los presentes, al menos los que nos sigan, a la V. Madre Inés Francisca de la Visitación ceñida su frente con la aureola de la santidad, de la cual, sin duda alguna, estará ya gozando desde hace mucho tiempo en las mansiones de los bienaventurados.

Mirabilis Deus in Sanctis suis, et soli Deo honor et gloria.

P. Pedro ABELLA,

Agustino.

Salamanca, 20 de Mayo 1922.



SANTA TERESA, REFORMADORA

(Notas a vuela pluma)

Como reformadora es poco conocida Santa Teresa del pueblo cristiano; a pesar de que, acaso sea en esa fase en la que más deslumbra su grandeza espiritual, casi única, o como dice un historiador suyo, en la que «más admirable se muestra su espíritu».

Al reformador le distinguen, principalmente, dos notas: la rotundidad del pensamiento y la firmeza de la voluntad o de la decisión. Concibe con claridad y energía de obseso y obra con la pujanza irresistible del conquistador. Pensad en todos los reformadores que han dejado algún rastro en la Historia, desde Inocencio III hasta los fautores de la actual renovación rusa, y en todos hallaréis una voluntad férrea puesta al servicio de un entendimiento luminoso, con luz de estrella fija. Desconocieron los claro-oscuros en la comprensión y los titubeos en el desarrollo de la actividad.

Que Santa Teresa poseyó inteligencia de primer orden, por aguda y por viril no hay, a buen seguro, quien lo dude. Basta hojear sus áureas obras para convencerse de ello. A cada página se da con una idea original o con un relampagueo de ingenio. Más que con mujer piadosa y enclaustrada, creéis estar en contacto con un metafísico sagaz y profundo.

Algo más se duda, y se puede dudar, de su querer enérgico y constante. A los santos se les concibe, comúnmente, como seres que se doblegan en todo y por todo, a los que les mandan. Un santo que defiende tenaz un derecho o impugna con valentía un vicio,

apenas se concibe. El vulgo confunde la santidad con el aniquilamiento budista del querer; hace de la virtud una cosa enmelada o dulzarrona, una especie de tocino de cielo de la voluntad. Si leyese las diatribas que San Bernardo y San Pedro Diamán lanzan, en algunas de sus homilías, contra determinadas clases y personas, se santiguaría escandalizado, y si hojease algunas cartas de San Jerónimo le costaría trabajo comprender cómo ha podido declarársele santo.

Santa Teresa no es la monja dúctil que se cree. Sin mostrarse tozuda, es firme con los de arriba, y sin ser altanera, es rectilínea con los de abajo. Persuadida de la razón que la asiste no cede nunca, aunque tampoco se muestre, por eso, esquinada. Los episodios referentes al General Rubeo y al P. Salazar, así como el relativo a la elección de Priora en la Encarnación, muestran que fué un espíritu rectilíneo e indomable; pero abierto a todas las consideraciones que merece la debilidad humana, generoso y compasivo con el ignorante y el delincuente, no orgulloso, grave, sin afectación con el endiosado; extremadamente dulce para el humilde y atractivo para todos porque a todos hacía suyos, aunque fuesen adversarios, con el influjo misterioso que emanaba de su ser. Dominaba sin humillar, que es la manera más sabia y eficiente de ejercer señorío sobre los hombres.

Pues estas dos cualidades las puso nuestra santa a favor de la reforma de su orden en todo momento, desde el que su sobrina María Ocampo, la abrió las perspectivas luminosas de la Nitria y la Tebaida con la lectura del *Flos sanctorum*. No hubo, desde entonces, pensamiento que más la embargase. En sus oraciones encumbradas, en sus epístolas llenas de gravedad y donaire y en sus conversaciones atrayentes la idea de la reforma ocupa lugar preferido. Leed sus cartas y el libro de sus fundaciones y veréis de qué manera tan absorbente la llenaba el espíritu.

Y por ocupársele o llenársele así la hizo también estar en constante movilidad. Estando en casa, ora, aconseja, escribe, contrata, gestiona, corrige y gobierna sin descansar un punto, y fuera se entiende y platica con Obispos y grandes o con mercaderes y golfillos. La dijeron corretona y lo fué; pero como lo son los Apóstoles. Recorrió muchas provincias españolas, a pesar de lo penoso que entonces era el viajar, y recorrió calles y casas para reformar espíritus y allegarse apoyos con que llevar a fin su reforma.

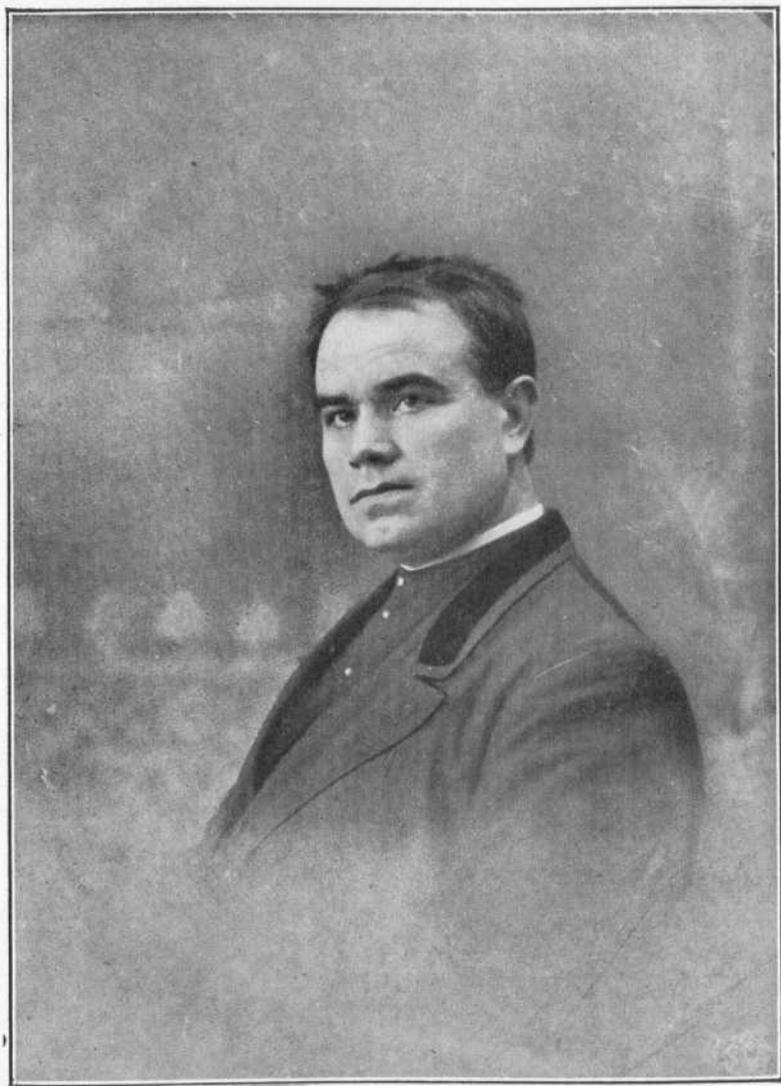
Pero donde más resalta la particularidad de su carácter, modo de su actuación voluntaria, es en el soporte de las contradicciones que la reforma la hubo de acarrear. Las tuvo de toda clase y calibre. Se vió abandonada de allegados, rehuída de convencidos y entusiastas, calumniada y perseguida de compañeros en la Orden, oprimida y descalificada de poderosos y puesta en trance de tropezar por sus mismas monjas que no dejaron de colocarla algunas chinitas en el camino. ¿Creeis que desmayó por eso, o que lo soportó entre ayes y quejumbres cavilosas? Hubiese sido natural y dispensable lo primero y presumible lo segundo, a falta de lo anterior, porque se trataba de una pobre mujer que, además era *pobre* monja. Sin embargo, nunca se la advirtió decaimiento, ni rebeldía llorosa. Su serenidad guardó el mismo nivel en los éxtasis que la subían por encima de las cosas, y en las invectivas que la ponían por bajo de la mujer más despreciable. La carta que escribió a una amiga pidiéndola una campanilla y dos misales, cuando las revueltas por la fundación de San José eran más vivas, es acreedora a un poema por comentario. Y la *salida* que tuvo para con el P. Jerónimo Gracián cuando éste, intimidado, la reconvenía por las frases de cariño con que le honraba, merecería algo más. Porque las circunstancias no eran, seguramente, para mostrar gracejo y gallardía de espíritu, pesando sobre los dos la innoble calumnia con que a los dos zaherían, por entones, sus desacordados y ruines enemigos. Y es que la Virgen de Avila era al modo de esas hadas de ensueño, que pasan por la oscuridad y la hediondez serenas y llenándolo todo de luz y de alegría, como invulnerables a toda contaminación y superiores a todo desorden.

Santa Teresa fué una de las Santas más gloriosas del Cristianismo y uno de los entendimientos más luminosos de la Humanidad; pero fué también uno de los caracteres más rotundos, más *formados* de la Historia. Como santa la han honrado y aplaudido cuantos han percibido en la virtud un reflejo de la divinidad y una superación de la naturaleza humana, como doctora la enaltecen y admiran cuantos son capaces de apreciar el valor de la sabiduría y los relampagueos del genio, como *carácter* son pocos los que se han parado a estudiarla y menos, acaso, los que la comprenden. Quien analizando los tres aspectos de ella quisiese decidir en cuál de ellos es más grande, se vería muy apurado. Yo, desde luego, dudaría en dar la preferencia al doctoral. Y respecto al de su santidad con ser tan importante... humf... Lo veréis si alguien de inteligencia masculina y

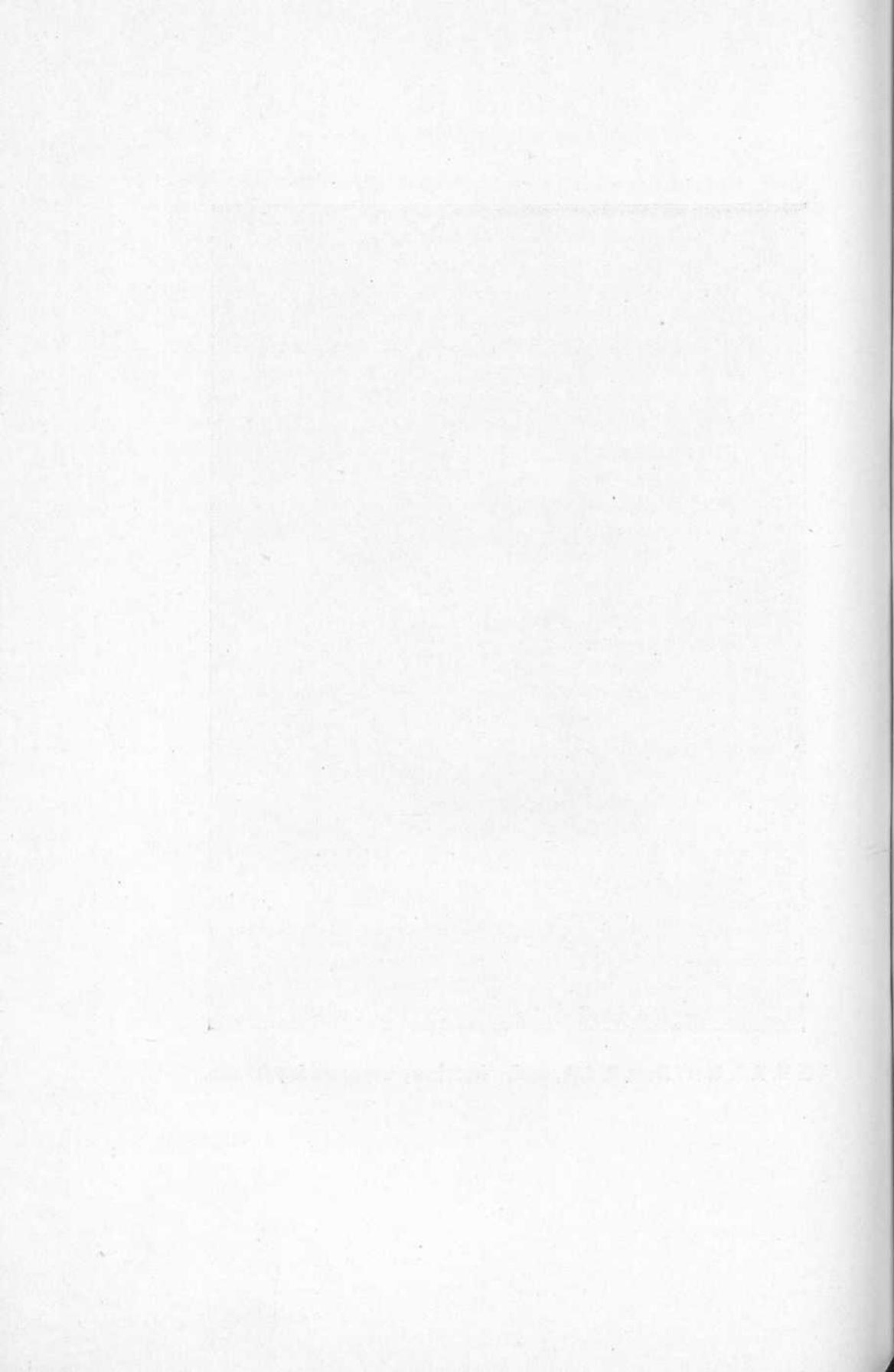
sensibilidad delicada, se propone escribir sobre los héroes cristianos un libro por el estilo del que Carlyle dedicó a los no cristianos. Desde luego que Santa Teresa ocuparía el primer lugar por héroe y por héroe amable. Pues lo que es raro, siendo Santa Teresa un *ca·rácter*, un héroe, no se hizo temer o respetar como los héroes sino amar. Como ha dicho un crítico francés «verla y no amarla debía ser imposible».

P. Bruno IBEAS.





El M. R. P. Bruno Ibeas, O. S. A., orador doctísimo y muy conocido publicista.





SONETO

(De don Francisco Navarro, inserto en el
Retrato de las fiestas a Santa Teresa, de
Luis Díez de Aux, p. 101.)

Amó Teresa al Verbo celestial
con amor sabio, fuerte, y varonil,
y como para unir es tan sutil
una unión de los dos hizo inmortal.

Su Sunamitis era y como a tal
la amaua más que a Serafines mil,
en cuyo campo el celestial Abril
esparció de sus flores el caudal.

Fué del Sacro Daudid esta Micol,
más bien querida que la de Saul
del que mató al Gigante en Israel.

Pues de su cruz un clavo le dió el Sol
de Justicia, diciendo, cielo azul,
serás mi honor zelando mi Raquel.





INVENTARIOS DE ARTE SALMANTINO

Los retablos de Palencia de Negrilla.—El castillo de Villanueva de Cañedo.—Los retablos de Calvarrasa de Abajo y de Valdecarros.

Es la dilatada llanura armuñesa, abierta playa en que parece extinguirse la última ola del arte salmantino, de este arte nuestro que llega a Salamanca por la *vía argentea* la calzada de la Plata, pasa sobre el puente de los Emperadores de Roma, sube hasta la torre del Gallo con el arte francés del primer Renacimiento, avanza por las naves de la Catedral Nueva de los días de la Contrarreforma y pasando por la mole barroca de los Jesuítas, se detiene en la Plaza, obra civil, de ciudadanía, donde el espíritu observador de D. Miguel de Unamuno ha señalado en las dovelas del arco contiguo al que da acceso a la calle de Toro la cifra 1789 en caracteres rojos, que es la fecha de la toma de la Bastilla... y luego se derrama por caminos que pasan junto a la Plaza de Toros, los Cuarteles y la Estación, a perderse en los límites de Valladolid y Zamora.

En esa Armunia, tan desfigurada de lo que fué en lejanas épocas, aún se pueden visitar preciadas joyas de nuestro arte. Retablos como los de Villaverde y Palencia de Negrilla, la cruz de los Villares, la casulla de Calzada, el Castillo de Villanueva de Cañedo...

Hay en Palencia de Negrilla tres retablos, uno principal y dos laterales, que dudo haya nada en la provincia a ellos comparable, excepto el de Nicolás Florentino de la Catedral Vieja, que si le aventaja en número y excelencia de las tablas, en cambio, no tiene la riqueza de tallas y relieves de los de Palencia, aunque, repetimos, son de época distinta.

El retablo mayor de Palencia es de grandes proporciones, pero, tan armonizado, tan ajustado, que ofrece un magnífico conjunto, en el que los fuertes dorados de las cornisas, columnas y pináculos,

constrastan notablemente con los tonos apagados, casi monocromos—ocres, negros y verdes—de las veintiocho tablas de finísima factura, que delatan una muy notable antigüedad, con respecto a la traza y adornos del suntuoso marco que las cierra y encuadra. Quizás las tablas fueron pintadas por un artista italiano del *cinquecento*, tal vez el Colonna que aparece en documentos del Archivo de Protocolos, pero las tallas y relieves son, evidentemente, posteriores, pues así lo delata el plateresco decadente que exorna, columnas y frisos, en los que parece adivinarse ya el empuje de la decoración nueva, el barroco.

No sería aventurado asignar como fecha de la imagenería la primera mitad del siglo XVII y el relieve que aparece en uno de los retablos laterales que parece representar a Santa Teresa llevando en la mano el corazón herido, podía ser un dato que fijase como posterior a 1614 su factura.

De todas suertes resulta un poco desconcertante dilucidar esta cuestión, que sin duda esclarecerán las afortunadas buscas del Archivo de Protocolos.

Si la empresa no ofrece serios peligros debía preocuparse la autoridad eclesiástica de colocar los retablos pequeños a los lados del principal y formarían un conjunto bellísimo, y no como están ahora puestos a los lados del gran arco que separa la capilla mayor del resto de la nave de la iglesia y quitar, por lo tanto, los dos retablos barrocos que están en el amplio presbiterio al lado del portento que preside y autoriza el templo.

Otro de los curiosos restos de la pasada grandeza, que visitamos hace pocos días, es el castillo de Villanueva de Cañedo, cuya breve y jugosa descripción ha hecho ya la pluma del maestro de maestros D. Manuel Gómez Moreno. No voy a repetir lo que tan sobria pero doctamente escribió el maestro, pero sí quiero consignar mi lamento por el estado de abandono en que se encuentra tan preciosa reliquia, que no sería aventurado suponer que está condenado a morir como tantos otros castillos que no han sabido sus poseedores conservar con el interés que merecen. El Castillo de Villanueva de Cañedo, aun después del incendio que redujo a cenizas primorosos artesonados, aún podría y debería ser restaurado, mucho más si se tiene en cuenta la opulencia de sus dueños, que podían contar con una bellísima residencia de campo en uno de los sitios más pintorescos de la provincia salmantina.

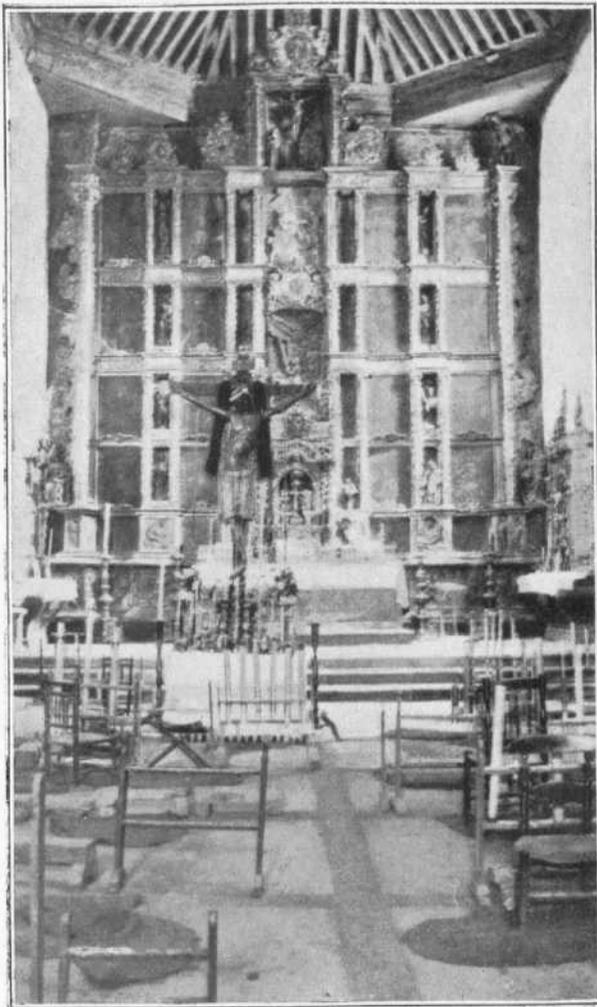
Ya hasta han comenzado a utilizar piedra del derribo en hacer casas modernas y eso que todo el foso es una pura entraña de piedra de donde salió seguramente la que utilizaron para edificar el suntuoso castillo Palacio de aquel conspicuo Mecenas el Arzobispo Fonseca, que paseara un tiempo por aquellas galerías de fina traza con balaustradas de claraboyas góticas su prestancia hidalga envuelta en el fulgor de sus vestes de alto dignatario de la Iglesia; por donde hoy corren sabuesos y cluecas con pollos, si no se encuentra alguna adusta y altiva montaraza, a quien importunan los curiosos que visitan la vieja y casi arruinada antigua mansión señorial de los FONSECAS.

Otros dos magníficos retablos tenemos que añadir a los de Palencia de Negrilla. Se encuentra el primero de que hoy vamos a hablar a nueve kilómetros de Salamanca, en la carretera de Madrid, y el segundo a unos once kilómetros de Alba de Tormes, en el camino vecinal de Alba a Alaráz.

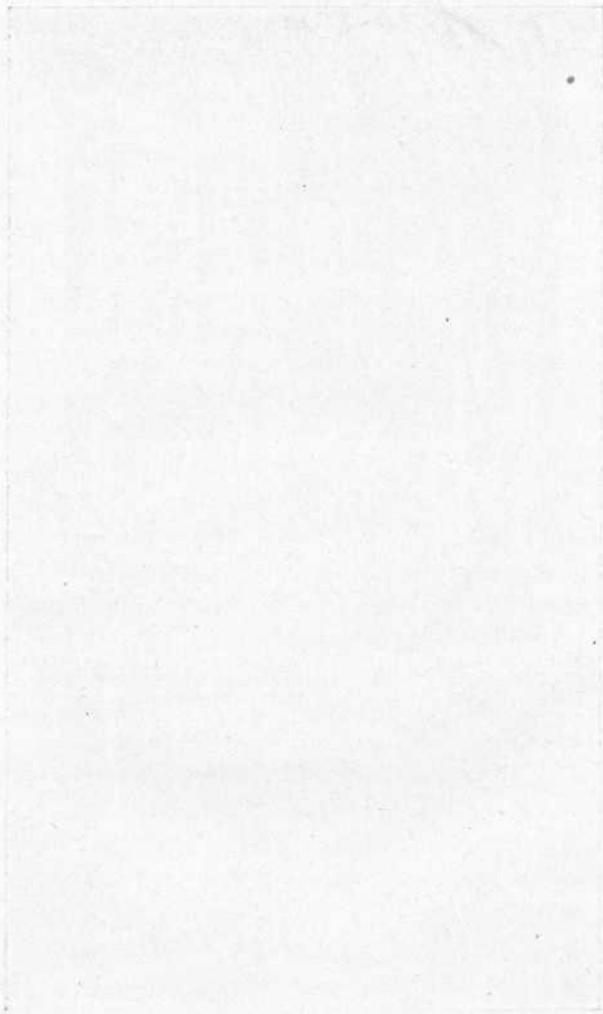
Los dos ofrecen tablas y notable arquitectura con interesantes temas de investigación que deben estimular a los amantes de nuestra riqueza artística. Y antes de pasar adelante debo manifestar que urge inventariar el arte salmantino, siquiera obteniendo buenas fotografías de todo lo más notable por esos pueblos derramado ya que no sea tan fácil traerlo a Salamanca.

Pues si cada vez se huye más de la aglomeración del Museo por cosa muerta, en cambio es doloroso que sea tan incómodo para el estudio este perpétuo caminar por aldeas y villas, en busca de restos artísticos. Los retablos de Calvarrasa y de Valdecarros no deben estar en aquellas iglesias, sino en Salamanca y en un sitio conveniente, por ejemplo, en el crucero de la capilla del Colegio de Irlandeses a los lados del prodigio de Berruguete, el famoso retablo policromado del altar mayor. Y sobre hermostrar la fina fábrica gótica de la capilla, pudieran ser estudiados comparativamente, sobre todo el de Valdecarros, que o es de Berruguete o salió de sus talleres, siendo la obra de un buen discípulo de aquel gran pintor y escultor del Renacimiento español. Además, las obras de arte no se estudian en una visita de unas horas, sino que hay que sorprender detalles, momentos y procesos de técnica que requieren una asidua y reposada contemplación.

El retablo de Calvarrasa es el más antiguo que hemos visto hasta ahora. Es un políptico primitivo de arquitectura puramente góti-



Palencia de Negrilla (Salamanca)
Magnífico retablo de talla y pintura.



ca con doce tablas actualmente; pero que tuvo tres más que han desaparecido y en su lugar se han colocado imágenes y un tabernáculo barroco que permite ver a medias solamente la predela pintada con retratos, posiblemente de los donadores del retablo y el del pintor, pues hay una noble figura de caballero con un picel sostenido en la oreja, como colocan la pluma los oficinistas de hoy. Los asuntos de las tablas que hemos podido leer son los frecuentes en la época: la misa de San Gregorio, la Anunciación, la Visitación, la Flagelación y la Resurrección. Otra tabla representa a San Martín partiendo su capa con el pobre, todo de escuela española pero de gusto flamenco que tanto se extendió por España desde la época de los Reyes Católicos principalmente.

La factura del retablo la suponemos a fines del siglo xv.

Posterior al de Calvarrasa en más de cincuenta años, es el de Valdecarros, cuya arquitectura muestra en su período de esplendor el plateresco y por los motivos suntuarios, calaveras, cabezas de carnero y cintas y trofeos enlazados, parece obra de Berruguete o de alguno de sus mejores discípulos. Es muy notable el tabernáculo por los relieves, tallas y grutescos que lo exornan de fina y segura gubia. Las tablas casi no las pudimos apreciar por la hora avanzada y la escasísima luz de la iglesia; pero aún pudimos ver un Cristo resucitado, noble y severo, una huida a Egipto y algunas tallas que recuerdan evidentemente las de Berruguete. Este retablo de Vaidecarros merecería un detenido examen y buscar con diligencia las imágenes que faltan. Así el San Jerónimo arrodillado que golpea su pecho con una piedra, que vimos en un retablo barroco, debió pertenecer al que nos ocupa, pues además de acreditar una gubia maestra, tiene un evidente parecido con el que existe en Valladolid, según la docta opinión de Paco Cossío, director del Museo de Escultura de la vecina ciudad, nuestro compañero de excursión.

Ojalá se pudieran prodigar estas visitas a los pueblos y aldeas para recoger y estudiar con cariño estos ejemplares del pasado artístico español.

Cuando el Archivo de Protocolos pueda ser utilizado por los estudiosos, en cuya empresa tanto interés ha mostrado la Universidad por iniciativa del cronista, si como es de suponer aparecen los contratos que tan al detalle describen las obras encargadas, se podrá ir documentando este inventario y ayudar a esclarecer nuestra historia del arte salmantino que hoy ocultan nebruras no fácilmente disipables.

Además, es tan grata la sorpresa de encontrar en la iglesia rural estas gemas que no tocó la codicia ni destruyeron los hombres o la fatalidad, que por bien pagado se puede dar quien hasta ellas llega con amor, respeto y emoción.

Antonio GARCÍA BOIZA.





LOS ASCENDIENTES DE SANTA TERESA DE JESUS

Los consanguíneos y sus fincas en Toledo

•Unum est necessarium•
N. S. JESUCRISTO.

•Solo Dios basta•
SANTA TERESA.

I

OCURRE con la simpática espiritual andariega y melíflua "Santa Teresa de Jesús," lo mismo que con otro buen número de bienaventurados y lo que con no pocos atletas de la religión del Crucificado y de la nación hispánica.

En la inteligencia de todos, y aun en la boca, dicho en frase corriente, están el nombre y los hechos de la fervorosa, constante y doctísima reformadora de la Orden del Carmen, así como los nombres y proezas de innúmeros patricios que con sus virtudes cívicas, su desprecio a la vida terrena, su sabiduría, se dignificaron y engrandecieron la tierra que les vió nacer. Pero de la progenie de la primera y de los segundos pocos se han cuidado.

Ahora bien: persuadidos de que deleitarán a cuantos sienten devoción acendrada hacia la santa avilesa, de origen probadamente toledano, reuniremos en este modesto esbozo de estudio, noticias referentes a su progenie y parientes de tan excepcional y privilegiada escritora y enamorada de Dios-Niño, mas algunas otras de las propiedades de aquellos en la imperial Toledo.

Empezaremos por anotar que la toledana rama del apellido "Cepeda," dividida al presente en tres brazos, que sepamos, por su distinción, por su noble abolengo, por su leal ciudadanía, por

sus méritos propios cívicos, alcanzó en la época en que el pueblo daba nombres a las calles de Toledo con títulos peculiares y significativos, allá en el siglo décimosexto, alcanzó, digo, la singular merced de ver otorgar su nombre a una pequeña y estrecha vía pública del Barrio del Cenizar, o del Colegio de Infantes, en atención a existir en la misma calleja una casa de aquel tiempo, que según afirma sencilla tradición constante, perteneció a la familia de la santa que nos ocupamos. Tal origen tuvo el título del "Callejón de Cepeda,,.

En *El Castellano* del 6 de Junio del año de 1914, y con el epígrafe de "La Casa de Santa Teresa,, anotamos la idea de haber pertenecido al padre de la Santa la señalada con el número 14 en la indicada "vía,, corta y estrecha: siendo de advertir que con C y con Z suele indistintamente verse escrito aquí este apellido, CEPEDA.

Al dicho artículo acompañó un esquema de "plano,, de la casa que tiene toda la traza de las de aquella época existentes en la capital carpetana. "D. Alfonso Sánchez de Toledo y Cepeda,, padre de la doctora avilesa, notorio es que había nacido en la ciudad de Toledo, y en ella se hubo criado, perteneciendo a linajuda estirpe; fué de noble sangre, dice el padre Fray Antonio de la Encarnación en la "Vida,, de la autora de "Las Moradas,, impresa en Salamanca en el año de 1614.

En 14 de Noviembre de 1504 ya era vecino de Avila el don Alonso, otorgando allí testamento en favor de su primera consorte "D.^a Catalina del Peso y Henao,, la cual falleció en el año de 1507. Entre los enseres y objetos que figuran en el "inventario,, de los bienes que poseían "D. Alonso y D.^a Catalina, se cuenta "una Gorra nueva de Toledo,, morisca. No olvidaba, pues, el propietario su ciudad natal a juzgar por este nimio detalle.

El abuelo paterno de la inspirada "elegida,, se nombraba don Juan Sánchez de Toledo: y nos asalta la idea y duda de si su segundo "apellido,, sería, como en otros próceres, denunciador de su naturaleza o de su descendencia directa de la rama de los mobilísimos "Toledos,, de la corte goda; bien pudo ser lo uno y lo otro.

El D. Alfonso otorgó "Carta de Arras,, a favor de su segunda esposa "D.^a Beatriz Dávila y Ahumada en la ciudad de Avila en 14 de Noviembre de 1509.

Expuesto queda, pues, concisamente, el tiempo en que se

trasladara a la "ciudad de los Santos y los Cantos," y con él fué o mejor dicho fueron a la antigua "Abula," dos apellidos de calidad de la patria del noble y santo Arzobispo Ildefonso.

Los apellidos "Sánchez y Toledo" eran corrientes, usuales en Toledo en los siglos medioevales y en los subsiguientes, y cuantos le ostentaban procedían de "Ricos-Homes," del principio de la reconquista de España avecindados en Castilla, Navarra y Aragón.

El apellido "Cepeda," en sus varias ramas toledanas, figura—escrito con Z—y en unión de los "Sánchez," y "Toledo," en la "Bula de Confirmación de la Concordia entre Latinos y Mozárabes," expedida por la Santidad de Julio II en las nonas de Marzo—día 9—del año de 1553.

De cuanto precede se viene a deducir sin esfuerzo y con lógica inflexible que el padre y el abuelo de la admirable Santa Teresa procedían y pertenecían de y a la raza y familias de los nobles mozárabes de Toledo, que sufridos y valerosos al par mantuvieron la fe de Jesucristo y su bandera cubierta en la ciudad de triples muros durante la musulímica dominación, y por lo tanto eran "cristianos viejos," temerosos de Dios y guardadores de su santísima "Ley," que es lo que nos proponíamos consignar en primer término.

Que poseyeran algunas fincas más dentro de los muros de la ciudad de Toledo los ascendientes de la Doctora Mística lo comprueban razones varias.

El Padre Fr. Gerardo de San Juan de la Cruz, recién bajado al sepulcro, deseando conocer detalles referentes al progenitor de Santo Teresa, no contento con saber por el testimonio del P. Julián de Avila que a D. Alonso Sánchez le conocían en aquella ciudad de los Caballeros por "el Toledano," indagó en la misma población castellana hasta lograr hallar en el Archivo de los Padres Carmelitas Descalzos, un documento en que se consigna que no sólo hubo nacido en Toledo el D. Alonso Sánchez de Toledo y Cepeda, sino que "perteneció a la Parroquia de Santa Leocadia."

Tratándose de persona de distinción y de noble abolengo, de seguro que no habitaría el D. Alonso una casa ajena por la que satisficiera renta como cualquier desamparado de la fortuna. ¡Lástima es el que el aludido escrito inédito no puntualice la ca-

lle y la casa en que tan linajudo varón morara! ¹ Además de esto, sabemos por sus propietarios que la casa número 15, en la calle del Angel, parroquia de Santo Tomás o Thomé Apóstol, pertenece a los Cepedas toledanos ². La última poseedora que hemos conocido y tratado hasta su óbito acaecido en 27 de Marzo de 1889, era doña María Suárez de Cepeda y Toraño, toledana de virtudes no vulgares, allí nacida en 14 de Agosto de 1823 y bautizada en la iglesia parroquial de Santas Justa y Rufina, como su feligresa de abolengo mozárabe. Era viuda de don Ignacio Sánchez, maestro hojalatero.

También poseyeron estos Sres. Cepedas, la capilla de Nuestra Señora de Montesión en la parroquia de Santo Tomé, y la del Santo Cristo de las Aguas en la de Santa María Magdalena. Documentos propios de esta ilustre familia lo evidencian; un "manuscrito," conservado en esta ciudad, por el testamentario de la familia de los Suárez de Cepeda, el M. I. Sr. D. Cipriano Escudero; capellán Mozárabe, comprueba que los Cepedas poseían capilla propia en Toledo; véase su copia:

•Aquí yace la muy ilustre señora doña Marina de Rivadeneira y Cepeda, hija legítima de los señores Illán Pérez de Rivadeneira y doña Leonor de Cepeda, todos vnos y naturales de la villa de torrijos, Arzobispado de toledo, muger que fué del señor don Albaro Ramírez de Guzmán, natural de la villa de Tordesillas, Obispado de Valladolid, fué su hija legítima la señora doña Magdalena Ramírez de Guzmán, la qual casó con el señor don Fernando Hurtado de las Roelas, vecino y natural de esta ciudad, Regidor perpetuo de ella en el asiento de Caballeros, la qual falleció en la villa de Madrid a 20 de Junio del año 1641 y mandó depositar en la iglesia parroquial de San Andrés de dcha. Villa, donde estuvo depositada hasta 31 de Agosto de 1661 que el señor D. José Hurtado de las Roelas, nieto, hijo de dchos. señores don Fernando y doña Magdalena la trasladó a esta capilla de Sta. Inés en este Convto. de San Pedro Mártir, de donde es patrón dicho su nieto, y donde están enterrados dchos. sus Padres y abuelos. La dcha. doña Marina resplandeció en muchas virtudes de que fué adornada y al tiempo que se trasladó su cuerpo a esta Capilla se halló entero, premiando Dios su virtud con este prodigio, imitando a su tía Sta Teresa de Jesús, prima hermana de la dcha.

¹ Dicho Documento es la ejecutoria de nobleza de D. Alonso Sánchez y de sus hermanos, que eran tres

² Con fundación de una capellanía en el convento de Santa Ursula de Toledo.

doña Leonor su madre. Y en el día 25 de Mayo de 1745 la trasladamos a este sitio, estando entero su cuerpo. Se hallaron presentes los PP. V. y V. de dicho Combto. de S. Pedro Mártir.

En 5 de Jul.º de 1842 se descubrió dcho. cuerpo en una caja de madera forrada de tela negra y dentro de ella una cartera de oja de lata que contenía literal lo arriba escrito en papel simple, y el sgte. día 6 se cubrió por orden superior.

Se descubrió con motivo de apearse un retablo que se hallaba en el arco de la izquierda, de tres que hay en la capilla de la izquierda como se entra de la Iglesia a la Sacristía en el convto. de S. Pedro Mártir en Toledo.

En Julio de 1842.

Francisco Suárez de Cepeda.

•Lo copió Benito estando de guardia en San Pedro, y es su letra. •

(Esta adición es de letra distinta del documento).

El firmante del "manuscrito," era el padre de "D.^a María Suárez de Cepeda," y de "D. Benito," que hizo la copia, y de don Mariano, profesor de Instrucción Primaria.

El D. Francisco fué escribano en Madrid.

Tal era la nobleza de esta familia, que el mencionado testamento, señor Escudero, distribuyó al morir D.^a María, entre los herederos, once "ejecutorias de nobleza,"

De la misma progenie existen noticias y relación de fincas en el pueblo de Esquivias, donde con la familia de la esposa de Miguel de Cervantes eran sus miembros de los más distinguidos.

El aludido señor testamentario posee una "carta," que se ha creído ser de "Santa Teresa," porque así lo dice un "sobre," que la contiene: y no es sino de D. Juan de Guevara que da noticias a la familia de la santa del recibimiento con que fué obsequiado en Valladolid al personarse en aquella ciudad con motivo de un pleito.

La antes mencionada Capilla de Santa Inés comprueba ser la que al presente existe dentro de la Sacristía del templo de San Pedro Mártir; tiene grabada en frente de la entrada, en el zócalo, la fecha de 1604 y ostenta "escudos blasonados," con los "roeles," y las "panelas," alternos—1.º y 4.º con 2.º y 3.º cuarteles—.

La escultura de la Santa titular de tamaño mayor que el natural, se halla colocada en un nicho del atrio del templo.

Ni el "Toledo en la Mano," de Parro, ni la "Guía Artístico-

Práctica,, de Toledo, del señor vizconde de Palazuelos, describen la hermosa Capilla de los "Roelas y Cepedas,, de San Pedro Mártir. Sólo Parro cita que hacia 1840 o 41 fué descubierto el cadáver de D.^a Marina. Un "documento,, más podemos aducir en pro del abolengo toledano de Santa Teresa y sus progenitores: véase transcrito fielmente.

"Certamen 6.^o ROMANCES.—Al que en veinte coplas de un romance, mejor alabe a esta imperial ciudad de madre de Santos y en especial de haber producido los abuelos de la beata madre de lo más noble de ella, por donde le tiene tanta obligación y devoción, y se le muestra agradecida, se le dará "un bolsillo,, extremado; al segundo "una Biblia dorada,,; al tercero "unos guantes de ambar,,.

Los Sres. Suárez de Cepeda o de Toledo y Cepeda poseyeron también otras fincas rústicas al mediodía de Toledo y en el terreno denominado dehesa de Pozuela, de las que existen documentos comprobantes en la catedral primada de esta ciudad. En posesión de cuantos datos anteceden, cabe interrogar, si es probable que el padre de Santa Teresa de Jesús trasladara de Toledo a Avila su residencia por conveniencias matrimoniales, y no por merma de su pingüe patrimonio. Yo me inclino al primer concepto.

Lic. Juan DE MORALEDA Y ESTEBAN.

Toledo, 1923.





RESUMEN O COMPUTO DE LAS PEREGRINACIONES

QUE HAN VENIDO A VISITAR A NUESTRA

SANTA MADRE TERESA DE JESUS

EN ESTE AÑO CENTENARIO DE SU CANONIZACION

Primero de Mayo.—Los Padres y alumnos del Colegio Salesiano de Salamanca, en número de 1000.

3 de Mayo.—Peregrinación de Begoña en número de 300 peregrinos y presidida por Padres Carmelitas.

13 de Mayo.—Peregrinación burgalesa, presidida por el eminentísimo Sr. Cardenal Benlloch en número de 300 a 400. El Sr. Cardenal, al firmar en el Album, puso lo siguiente: «¡Santa singular! Quiero, cual Vos, vivir para amar y amar para vivir... Junto al vuestro deja su corazón el Cardenal Benlloch».

Primero de Junio.—Peregrinación valediana en número de 300, presidida por los Padres Carmelitas de aquella provincia de la Orden.

6 de Junio.—Peregrinación vasco navarra presidida por Padres Carmelitas también, el número de peregrinos 600. Venía parte del Orfeón de Azcoitia y dirigió el coro el R. P. Otaño, Jesuíta.

Del 2 al 3 de Septiembre.—Peregrinación de la Adoración Nocturna Española. Vinieron, además de la bandera de Alba de Tormes, las de Madrid, Salamanca, Valladolid, Zamora, Astorga, Vitigudino, Peñaranda, Nava del Rey y Avila con nutridas representación; dijo la misa y dió la sagrada comunión el Sr. Obispo de Salamanca, predicando el Sr. Magistral.

12 de Octubre.—Peregrinación de las Conferencias de señoras de Vicente de Paúl, dirigida y presidida por el Sr. D. Manuel Boiza, Canónigo de la S. B. C. de Salamanca, vinieron en número de 400.

22 de Octubre.—Peregrinación de la Diócesis de Plasencia, en número de 800, presidida por señores Canónigos de aquella Catedral.

23 de Octubre.—Peregrinación de los Padres Dominicos de Salamanca, con la Orden Tercera y socios del Rosario Perpetuo. Dió la sagrada comunión el Sr. Obispo de Salamanca y ofició de medio

Pontifical el dimisionario del Tonkín, Sr. Arellana Dominico; vinieron 500.

23 de Octubre.—Peregrinación de la Diócesis de Zamora, presidida por el Sr. Provisor de aquella Catedral, en número de 800 peregrinos.

15 de Noviembre.—Peregrinación de Cáceres, presidida por el Sr. Obispo de Coria, con 300 peregrinos. Tuvieron vigilia de la Adoración Nocturna.

13 de Noviembre.—Peregrinación de las señoras de la Acción Católica de Salamanca en número de 200 a 300 presidida por el R. P. Maurilio Pinacho, Jesuíta.

22 de Noviembre.—Peregrinación de la Diócesis de Ciudad-Rodrigo, presidida por el Sr. Obispo, con 505 peregrinos.

Además ha habido otras pequeñas Peregrinaciones, como la del Barco de Avila, presidida por el Sr. Penitenciario de Sevilla, D. Mariano Sancedo. La de Galinduste, presidida por el Sr. Párroco y 35 Sacerdotes de la Unión Apostólica, que vinieron después de haber tenido Santos Ejercicios en Avila.

También han visitado a nuestra Santa Madre, el Sr. Cardenal Bourné con su Secretario y Rector de Irlandeses de Salamanca y otro Sr. Obispo de Escocia con su Secretario y muchas personas ilustres y títulos de España.



OBRAS DE LA BASILICA DE STA. TERESA DE JESUS EN ALBA DE TORMES

Cuenta general de gastos.—Año de 1922

JORNALES

	Pesetas	Cts.
Por jornales de operarios durante el año como sigue:		
Mes de Enero de 1922.....		» »
» de Febrero de íd.....		» »
» de Marzo de íd.....	1.760,50	
» de Abril de íd.....	1.747,50	
» de Mayo de íd.....	1.949 »	
» de Junio de íd.....	1.747,50	
» de Julio de íd.....	1.802,50	
» de Agosto de íd.....	1.930,75	
» de Septiembre de íd.....	1.886 »	
» de Octubre de íd.....	2.235,25	
» de Noviembre de íd.....	1.498,50	
» de Diciembre de íd.....	1.437,25	

MATERIALES

Por materiales, arrastres y otros varios gastos hechos en las obras de la Basílica durante el año como sigue:

Mes de Enero de 1922.....		» »
» de Febrero de íd.....		» »
» de Marzo de íd.....	1.692,48	
» de Abril de íd.....	1.315,68	
» de Mayo de íd.....	1.216,16	
» de Junio de íd.....	1.359,78	
» de Julio de íd.....	1.981,83	
» de Agosto de íd.....	786,40	
» de Septiembre de íd.....	741,55	
» de Octubre de íd.....	1.050,35	
» de Noviembre de íd.....	86,65	
» de Diciembre de íd.....	2.007,50	
<i>Suman los gastos del año 1922.....</i>	30.233,18	
<i>Suma lo gastado según cuenta anterior.....</i>	195.092,22	
TOTAL.....	225.325,40	

DONATIVOS PARA LAS OBRAS DE LA BASILICA EN ALBA DE TORMES

Pesetas Cts.

<i>Suma anterior</i>	52.369	75
Excmo. Sr. D. Luis Maldonado, por legado de D. Rodrigo de Medina (q. e. p. d.).....	8 449	10
Srta. D. ^a María Jesús de Ansótegui, de Bilbao.....	25	»
D. ^a María Concepción de Ansótegui de Rochett, de id.....	15	»
D. ^a Rogelia de Urígüen, Viuda de Escalante, de Santander.....	15	»
D. Vicente de Urígüen, de Bilbao.....	15	»
D. ^a Teresa de Zabalinchaurreta, de Bilbao.....	50	»
D. ^a Mercedes Zunzunegui, de Portugalete.....	15	»
Excmo. Sra. Condesa de Romanones.....	200	»
D. ^a Victoria Iglesias, de Plasencia.....	20	25
Sras. de las Conferencias de San Vicente de Paúl de Salamanca.	200	»
D. Fernando Bautista.....	50	»
D. Tomás Redondo, por donativo de D. ^a Luciana Acebal, de Castro-Urdiales.....	55	»
Recaudado en los cepillos de las obras durante el año 1922.....	217	30
Por medallas y estampas vendidas en las obras.....	157	10
TOTAL	61.853	50

Servicios de la Compañía Trasatlántica

LINEA DE BUENOS AIRES.—Servicio mensual saliendo de Barcelona el 4 de Málaga el 5 y de Cádiz el 7, para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires el día 2 y de Montevideo el 3.

LINEA DE NEW-YORK, CUBA-MÉJICO.—Servicio mensual saliendo de Barcelona el 25, de Málaga el 28 y de Cádiz el 30, para New-York, Habana, Veracruz y Puerto Méjico. Regreso de Veracruz el 27 y de Habana el 30 de cada mes.

LINEA DE CUBA-MÉJICO.—Servicio mensual saliendo de Bilbao el 17, de Santander el 19, de Gijón el 20 y de Coruña el 21, para Habana y Veracruz. Salidas de Veracruz el 16 y de Habana el 20 de cada mes, para Coruña y Santander.

LINEA DE VENEZUELA-COLOMBIA.—Servicio mensual saliendo de Barcelona el 10, el 11 de Valencia, el 13 de Málaga, y de Cádiz el 15 de cada mes, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico, Habana, Puerto Limón, Colón, Sabanilla, Curaçao, Puerto Cabello y La Guayra. Se admite pasaje y carga con trasbordo para Veracruz, Tampico, Puerto Barrios, Cartagena de Indias, Maracaibo, Coro, Cumaná, Curupano, Trinidad y puertos del Pacífico.

LINEA DE FILIPINAS.—Una salida cada cuarenta y cuatro días, arrancando de Barcelona para Port Saïd, Suez, Colombo, Singapoore y Manila.

LINEA DE FERNANDO PÓO.—Servicio mensual saliendo de Barcelona el 2, de Valencia el 3, de Alicante el 4, de Cádiz el 7, para Tánger, Casablanca, Mazagán, Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma y puertos de la Costa accidental de Africa. Regreso de Fernando Póo el 2, haciendo las escalas de Canarias y de la Península indicadas en el viaje de ida.

LINEA BRASIL-PLATA.—Servicio mensual saliendo de Bilbao y Santander el 16, de Gijón el 17, de Coruña el 18, de Vigo el 19, de Lisboa el 20 y de Cádiz el 23, para Río Janeiro, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires el 16 para Montevideo, Santos, Río Janeiro, Canarias, Lisboa, Vigo, Coruña, Gijón, Santander y Bilbao.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables y pasajeros, a quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Todos los vapores tienen telegrafía sin hilos. También se admite carga y se expiden pasajes para todos los puertos del mundo, servidos por líneas regulares.

“La Basílica Teresiana,”

REVISTA MENSUAL

CONSAGRADA A FOMENTAR LA DEVOCIÓN A SANTA TERESA DE JESÚS
Y PROPAGAR EL PENSAMIENTO DEL NUEVO GRANDIOSO TEMPLO QUE SE ALZARÁ
EN ALBA DE TORMES, DONDE SE VENERAN
EL CUERPO INCORRUPTO Y EL TRANSVERBERADO CORAZÓN
DEL SERAFÍN DEL CARMELO

CON LICENCIA ECLESIAÍSTICA

Cada número constará de 32 páginas impresas en papel de las mismas condiciones materiales y tipográficas que el presente, e irá ilustrado con magníficos grabados y elegante cubierta.

El precio de suscripción será el de 10 pesetas anuales y los productos líquidos se destinarán en las obras del nuevo templo en Alba de Tormes.

Las suscripciones en la capital y su provincia pueden hacerse: En la Administración de la Revista, oficinas del Palacio episcopal. Fuera de Salamanca recibirán encargo de suscripciones los señores Delegados diocesanos, cuyos nombres daremos a conocer, y en el extranjero las Comunidades Carmelitas.

En Madrid se reciben también suscripciones en las conocidas librerías de D. Fernando Fe, Nicolás Moya, Gregorio del Amo, Enrique Hernández, Sra. Viuda de Echeverría, etc., etc.

LISTA DE COLABORADORES DE «LA BASÍLICA»

En Salamanca. Dr. D. Antonio García Boiza, Director de LA BASÍLICA TERESIANA, Catedrático de la Universidad. — P. Fr. Juan Arintero, O. P., Mtro. en Sagrada Teología. — Excmo. Sr. D. Luis Maldonado, Senador del Reino, Rector de la Universidad. — M. I. Sr. D. José Artero, Canónigo de la S. B. C. — Dr. D. Juan D. Berrueta, Catedrático del Instituto. — Dr. D. Amalio Huarte, Archivero y Profesor de la Universidad. — D. Fulgencio Riesco, Presbítero y Bibliotecario de la Universidad. — P. Pedro Abella, Agustino. — D. Mariano Arenillas Sáiz Abogado. — P. César Morán, Agustino. — «Damián Morales». — D. Manuel Martín García, «Agacir».

Colaboración fuera de Salamanca. Excmo. Sra. D.^a Blanca de los Ríos. — Concha Espina. — María Echarri. — «Alfonso de Más», pseudónimo de D.^a Antonia Monasterio de Alonso Martínez. Mercedes Gai-brois de Ballesteros. — Marqués de Piedras Albas. P. Graciano Martínez. P. Bruno Ibeas. — P. Silverio de Santa Teresa. — Marqués de Laurencín. Ricardo León. F. Villaespesa. — G. Martínez Sierra. — Juan Antonio Cavestany. — Juan Manuel Sánchez. — José M. Ortega Morejon. — Manuel Gómez Moreno. Juan Comba. — Excmo. Sr. Dr. don Francisco de Francisco, General y Gentil Hombre de S. M. — José Balbontín. — Rafael Calatrava. — Pedro Gobernado. — José Erice. — Miguel Artigas. — Francisco Maldonado. Luis M. de Mendieta Núñez y Velasco. — Eduardo Juliá y Martínez. — Joaquín de Berenguer y Maldonado, etcétera, etc.